

ORIGENES DEL HOMBRE

Los Persas (I)

35

TIME
LIFE

folio

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

ORIGENES DEL HOMBRE

Los Persas (I)

TIME
LIFE
folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé

Autor: Jim Hicks

Asesores: Roger Moorey, Edith Porada, Dale Bishob
y Julián Viñuales

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology, London)

Coordinación técnica: Pilar Mora

Diseño de la cubierta: STV Disseny

Publicado por:

Ediciones Folio, S.A. 4-9-94

Muntaner, 371-373

08021 BARCELONA

© Time-Life Books Inc. All rights reserved

© Ediciones Folio, S.A., 1994

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)

84-7583-474-4 (volumen I)

Impresión:

Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Depósito Legal: B-16734-94

Printed in Spain

Índice de materias

VOLUMEN I

Capítulo primero:

La gigantesca máquina imperial. 8

Secuencia gráfica: Tributo de varias naciones 35

Capítulo segundo:

Un genial organizador 44

Secuencia gráfica: Vida cotidiana de los reyes en las cinco
capitales 63

Capítulo tercero:

Hacia una vida más próspera 70

Secuencia gráfica: El arte aristocrático. 85

Introducción

El año 1971 el Sha de Irán celebró el 2.500 aniversario de la fundación del Imperio persa por Ciro el Grande. Entre los millares de personas que, desde todas partes del mundo, presenciaron por televisión el espléndido entoldado erigido para las ceremonias en Persépolis, solamente un pequeño grupo pudo apreciar verdaderamente los resultados de la monarquía aqueménida establecida por Ciro. “Las leyes de medos y persas no se han alterado” es una frase que llegó a ser proverbio según el libro bíblico de Daniel, aunque otras obras notables de los persas han quedado oscurecidas por las tendenciosas interpretaciones de los historiadores griegos y romanos, los cuales aportaron la mayor parte de la información de que disponemos en la actualidad.

En el año 330 antes de nuestra era, el joven y triunfante Alejandro Magno de Macedonia incendió Persépolis —tal vez en un momento de loca embriaguez—. Con este hecho señaló para siempre, incluso más dramáticamente de lo que él supuso, el final del más grande imperio anterior al romano. Durante muchos siglos, ni el viento, ni la lluvia ni el saqueo de las gentes han conseguido borrar las ruinas de Persépolis, pero tanto el libro bíblico de Ester como los autores clásicos narran la gloria de Persia enmascarada tras la leyenda negra de su libertinaje y brutalidad.

Las ambiciones, proezas y fracasos de los grandes reyes persas empiezan a resurgir a partir de 1931, cuando los arqueólogos inician sus excavaciones en Persépolis. Bajo los cascotes levantados en sucesivas excavaciones en diversas zonas de la región, se fue vislumbrando que detrás de la tradicional imagen ma-

levolente, el viejo Imperio persa presentaba un rostro más atractivo y benigno.

Los esfuerzos de los especialistas modernos han revelado que la leyenda sobre las intrigas de harén y las matanzas en la corte del rey Jerjes, tan bien narrada en el libro de Ester, es bastante real. Sin embargo, examinando escrupulosamente los resultados de los datos arqueológicos y documentos textuales extrabíblicos se hace evidente que las desastrosas enemistades en la misma familia real persa y las corrompidas luchas por el poder en la corte y en las provincias minaron de forma lenta, pero segura, el vasto dominio creado por Ciro; el Imperio que Alejandro destruyó ya estaba agonizando. La melodramática historia de la caída de Persia, al hacer énfasis en el período de declive, contribuye a ocultar sus mejores tiempos.

En sus días de gloria, los persas tenían una buena administración, toleraban las creencias religiosas locales y eran muy sensibles a sus tradiciones sagradas. Admiraban los jardines y ponían gran cuidado en la conservación de la naturaleza; de su palabra "parque" hemos heredado la evocativa palabra "paraíso". La enorme riqueza del rey y de la aristocracia estimulaba un alto nivel de trabajo entre los forjadores de metal y los joyeros, y también inspiraba a los artesanos a trabajar con materiales más frágiles. Una sola pieza, testimonio de su destreza —la alfombra persa de mayor antigüedad—, ha sobrevivido porque fue hallada congelada en la tumba de un caudillo siberiano, hasta el cual había llegado siguiendo una de las rutas comerciales que se extendían desde Persia a través de las vastas extensiones de Asia.

Siendo estudiante, mi primer contacto con los antiguos persas fueron las brillantes narraciones escritas por los cronistas griegos Herodoto y Jenofonte. Gracias a ellos disponemos de gran parte del material histórico contenido en el presente volumen. En el siglo V antes de nuestra era, Herodoto viajó intensamente por el interior del Imperio persa, y relató lo que pudo ver y oír. A fines del mismo siglo, Jenofonte sirvió como mercenario en el ejército del gobernador provincial de Persia, el cual trataba de destronar a su propio hermano, el rey Artajerjes II.

Después, ya adulto, visité Babilonia, primero, y Susa, Persépolis y Pasargada después, y mi agradecimiento a estos dos escritores griegos fue mucho mayor de lo que podía imaginar. Sin sus comentarios, sé que hubiese podido despreciar fácilmente estas frágiles y erosionadas ruinas, tan abandonadas y tan poco atractivas. Pero, según iba recordando las vívidas descripciones —tan diestramente narradas por estos historiadores— sobre las gentes, lugares y acontecimientos, salpicadas con curiosidades acerca de la corte y del ejército, las ruinas iban adquiriendo vida propia.

En las páginas siguientes, el testimonio de esta incomparable presencia humana ha sido combinado con los hallazgos de la moderna investigación arqueológica. El resultado evoca un pueblo no menos importante que los bien conocidos egipcios y babilonios, los cuales fueron conquistados por los persas, e igualmente tan interesantes como los griegos, que conquistaron a los persas y que tanto aprendieron de ellos y de sus antiguos vasallos en el transcurso del tiempo.

P. R. S. Moorey

Ashmolean Museum, Oxford University

Capítulo primero:
La gigantesca máquina imperial



Hallándose el gobernador de un antiguo y poderoso reino de Asia Menor preparando confiadamente la guerra contra Persia, hacia el 547 antes de nuestra era, llegó un mago a la corte y pidió urgentemente al rey que lo reconsiderase, argumentando que los riesgos de tal aventura superaban todas las ventajas. “Mi señor, estáis preparando una guerra contra hombres que visten de cuero —tanto pantalones como lo demás—. Su país es tan árido que comen sólo lo que tienen, nunca lo que quieren. No beben vino; solamente agua. No tienen nada bueno, ni siquiera higos para postre. Por tanto, si les vencéis, ¿qué obtendréis de ellos, si no tienen nada bueno para vos?, y si ellos os vencen, pensad cuántas cosas buenas perderéis.”

Estas palabras de precaución, según el rey, eran irresponsables. Los persas eran apenas una nación y no debían temerse. Hacía poco tiempo que habían abandonado la vida nómada de las estepas para establecerse en una pequeña, salvaje e inhospitalaria región del sudoeste de Asia, habiendo sido esclavos primero de uno y después de otro de sus ya establecidos y más poderosos vecinos. Pero como el obstinado monarca, decidido a ir a la guerra contra Persia, había de descubrir —a costa de su reino y de su vida—, su oscuro origen no amilanó a los persas, cuyo explosivo ascenso al poder barrió toda oposición.

A partir del año 559 antes de nuestra era, los persas necesitaron solamente unos treinta años para salir de la oscuridad y crear el primer imperio del mundo. Durante ese tiempo —menos de una generación— los restantes pueblos, de Grecia a Etiopía, de Libia

a la India, llegaron a considerar al monarca del trono de Persia como único rey. Así, los persas fueron los primeros en realizar un antiguo sueño: establecerse en gran escala a través de todo el Próximo Oriente como una poderosa comunidad administrada bajo la misma lengua —en este caso, el arameo— y bajo una sola ley. El imperio resultante, más de tres millones de kilómetros cuadrados, estaba poblado por unos 10 millones de habitantes.

Los primeros que lograron esta asombrosa centralización del poder fueron los aqueménidas —importante familia persa—. Explotando sus excepcionales dotes de gobierno y dirección, dirigieron su recién unificado mundo hacia una era de mayor comercio y a un más alto nivel de vida, nunca experimentado antes por la humanidad. Durante unos 200 años, bajo la protección de los aqueménidas, tanto las mercancías, como la gente y las ideas, atravesaban las viejas fronteras con relativa facilidad, y en este proceso fueron convirtiendo las grandes ciudades del Imperio, como Babilonia, en verdaderos centros cosmopolitas.

La conquista fue la vanguardia de la expansión persa, aunque a pesar de su destreza militar, los aqueménidas no hubiesen podido mantener su vasto y heterogéneo dominio sólo por la fuerza. Uno de sus más grandes reyes, Darío, escribió: “La espada del persa ha llegado muy lejos”, aunque gran parte de la fuerza que sostenía su espada procedía de un sistema de comunicaciones sometido a continua expansión y mejora, una adecuada estructura de gobierno y, por encima de todo, una sorprendente tolerancia hacia las leyes y tradiciones de los pueblos conquistados; esta indulgencia representó un importantísimo factor, tanto social como fisiológicamente, para asegurar la lealtad y obediencia de los conquistados. También en religión los persas fueron tolerantes. En los primeros tiempos de su historia imperial desarrollaron una fe nacional basada en un panteón en-

Adornada con los rizos característicos de la realeza de los aqueménidas, esta cabeza de joven lleva una corona que semeja las almenas de la histórica ciudad de Persépolis, donde fue hallada la figura. A pesar de medir menos de ocho centímetros de alto, la cabeza refleja la impasible seguridad de los retratos de los emperadores persas. Está hecha de azul egipcio, un material parecido al cristal.

cabezado por el dios Ahuramazda, quien, según ellos, era el creador del cielo, de la tierra y del hombre. Sin embargo, los persas no intentaron imponer sus creencias en otras partes: al contrario, mantenían las creencias religiosas de los pueblos conquistados, con la teoría genial de que de ese modo estos pueblos les devolverían el favor con cierto grado de apoyo.

La sagacidad política de los persas no tiene nada en común con su perfeccionamiento cultural. Sus ideales educativos fueron limitados: "Montar a caballo, tirar al arco y decir la verdad." La originalidad en las artes y las ciencias fue abandonada en gran parte a los demás; ellos quedaban complacidos con apropiarse de los mejores adornos de sus esclavos y reformarlos a su gusto. Examinando las ruinas de la residencia imperial persa en Parsa (mejor conocida por el nombre griego de Persépolis), los arqueólogos han podido atribuir varios de los elementos de su estilo a los babilonios, asirios, egipcios y griegos—todos ellos pueblos dominados por los persas—. Sin embargo, el halo de majestad que los aqueménidas consiguieron imprimir a sus enormes salas de altas columnas refleja su propia ambición y arrogancia.

El orgullo constituyó un elemento esencial del carácter de la antigua Persia: orgullo en su rey, en su tierra, en la simplicidad esencial con la que consideraban sus propias vidas. Tradicionalmente, jamás un persa rezó para su propio bien; sólo por su rey y su pueblo. Cierta vez, cuando un noble sugirió al primer gobernador imperial persa, Ciro el Grande, que trasladara la corte de Pasargada—cuyo clima era malo— a un lugar de su dominio donde el clima era mucho más agradable, el rey respondió que él se quedaría donde estaba. "Tierra suave", dijo, "engendra hombres delicados." Los persas consideraban que todo lo que provenía de su tierra era mejor, incluso el agua. Se sabe que Ciro sólo bebía agua de la ribera del Choaspes, cerca de Pasargada, incluso durante sus lejanas campañas.

Cronología persa

2000-1800 antes de nuestra era

Principio de la emigración de Aryan (iranios) desde los llanos del sur de Rusia hacia el Próximo Oriente.

Hacia 2000-550 antes de nuestra era

Asiria, Media, Babilonia y Lidia se convierten en las fuerzas dominantes del Próximo Oriente.

628 antes de nuestra era

Nacimiento de Zoroastro, profeta religioso.

Hacia 575 antes de nuestra era

Nacimiento de Ciro el Grande.

559 antes de nuestra era

Ciro sube al trono de Anshan (Persia occidental).

547 antes de nuestra era

Ciro derrota a Creso, rey de Lidia.

539 antes de nuestra era

Toma de Babilonia por Ciro.

530-525 antes de nuestra era

Muerte de Ciro y subida al trono de Cambises II.

522-521 antes de nuestra era

Darío sube al trono en un momento de gran desorden.

Hacia 520 antes de nuestra era

Introducción del sistema monetario imperial; reorganización y extensión de la Carretera Real.

513-512 antes de nuestra era

Primera invasión de Europa por Asia; los persas conquistan Tracia y Macedonia.

490 antes de nuestra era

Batalla de Maratón. Los griegos derrotan a los persas.

486 antes de nuestra era.

Coronación de Jerjes, hijo de Darío.

480-479 antes de nuestra era. Derrota de los persas por los griegos en las batallas de las Termópilas, Salamina, Platea y Micala; finaliza la era de la expansión persa.

465-330 antes de nuestra era

Reinados de Artajerjes I a Darío III; declive de la influencia y vigor persas; decadencia económica, militar y política.

336 antes de nuestra era

Subida al poder de Alejandro Magno de Macedonia.

330 antes de nuestra era

Alejandro destruye el Imperio persa; incendio de Persépolis.

301 antes de nuestra era

Seleuco, uno de los caudillos más inteligentes de Macedonia, funda la dinastía Selúcida y toma el control del Irán, Mesopotamia, el norte de Siria y gran parte de Asia Menor.

Hacia 171 antes de nuestra era

Mitridates I, rey de los partos, establece un imperio que abarca desde Babilonia hasta Bactriana.

224 de nuestra era

Ardashir I derrota a los partos y funda el imperio sasánida.

Tanto el orgullo como las plegarias sirvieron mientras Persia contó con dirigentes fuertes. Sin embargo, mucho antes de su colapso final, hacia el año 330 antes de nuestra era, el Imperio había empezado ya a mostrar algunos de los problemas que afectan a las superpotencias más modernas, entre los cuales pueden citarse las violentas luchas internas, la corrupción y una incontenida inflación.

Los eruditos actuales han intentado obtener datos sobre los persas a partir de una notable diversidad de fuentes, pocas de ellas directas. Los aqueménidas dejaron relativamente pocos datos escritos sobre sí mismos: algunas inscripciones en monumentos, así como ciertas tablillas escritas en elamita, arcaico lenguaje de la parte sudoccidental del Irán, todavía no bien comprendido en la actualidad. Estos datos no pueden compararse con los tesoros de los archivos que nos legaron los antiguos egipcios o los hititas, los cuales nos han proporcionado información de primera mano sobre las costumbres nacionales, sucesos y personalidades de la época. A falta de ello, los entendidos dependen principalmente de relatos que expresan la opinión que otros pueblos contemporáneos tenían sobre los persas; así buscan apoyo en las descripciones de los historiadores griegos clásicos, crónicas oficiales de los asirios y babilonios, documentos comerciales encontrados en Mesopotamia, cartas privadas escritas por los egipcios, y las palabras de los sacerdotes y profetas hebreos contenidas en el Antiguo Testamento. Se conocen también algunas fuentes de información no escrita; por ejemplo, las pruebas arqueológicas deducidas de los tipos de alfarería y cimientos de edificios, así como de las herramientas y armas utilizadas. En ocasiones, tales materiales proporcionan mayor cantidad de datos al historiador de lo que podría deducir de la palabra escrita.

Sin embargo, la información más importante se

encuentra en las historias de los griegos. A pesar de las técnicas de la arqueología moderna, no se dispone en la actualidad de mucha más información importante sobre el Imperio persa de la que estaba al alcance de cualquier ciudadano preocupado e inteligente de la antigua Atenas, quien podía escuchar en el mercado la lectura en voz alta de la historia de Herodoto sobre las Guerras Persas, o los capítulos de Tucídides, Jenofonte y Ctesias —autores que escribieron con cierta extensión sobre los persas—. Si el nacimiento de la verdadera historia escrita no hubiese coincidido con el desarrollo del Imperio, los eruditos modernos se hallarían bastante desorientados en su intento de situar este sorprendente pueblo en el contexto de su mundo.

De hecho, la relación existente entre Grecia y sus colonias del Norte de Africa y Asia Menor con la historia de Persia es realmente muy íntima, ya que durante el período de ascendencia persa la marea de la civilización griega subía con mucha rapidez. Los comerciantes griegos eran los más directos rivales de los persas —hecho que condujo a las guerras entre Persia y los estados griegos, de las que resultó finalmente la derrota del Imperio—. A causa de este acentuado conflicto de intereses, la parcialidad de los escritores griegos en sus referencias sobre Persia resulta con frecuencia muy notable, por lo que el lector moderno debe tratar de compensar estos puntos de vista. A pesar de todo, las historias redactadas por los griegos durante y después del gran florecimiento de su civilización siguen siendo el núcleo de nuestro principal conocimiento acerca de los persas.

Desde la misma antigüedad ha aparecido ya material de importancia en relación a los orígenes de los persas. El conocimiento de la procedencia de los persas o de la forma como llegaron al ángulo sudoccidental de la meseta irania se ha obtenido mediante el ensamblaje de los datos procedentes del estudio de lenguas antiguas, de datos arqueológicos y de re-

ferencias, recientemente exhumadas y traducidas, halladas en los registros de otros países.

De todo ello los entendidos deducen con cierta seguridad que los persas formaban parte de una tribu familiar conocida como iranios, los cuales eran miembros de un grupo todavía mayor designado con el nombre de arios, un variado conjunto de tribus nómadas cuya tierra original radicaba probablemente en las llanuras eurasiáticas de la parte sur de Rusia. Aproximadamente entre el año 2000 y el 1800 antes de nuestra era, los arios iniciaron su migración desplazándose algunos hacia el subcontinente indio, mientras otros orientaban sus pasos hacia el oeste a través del Irán y penetraban hasta la parte norte de Mesopotamia y Siria. Alrededor del año 1400, a. de C., un tercer grupo de arios —que incluiría a los persas— se trasladó hacia el interior del Irán procedente del noroeste y desplazándose gradualmente hacia el oeste.

La meseta irania sobre la que se asentaron, y que Ciro ensalzó más tarde por las rigurosas condiciones de vida que imponía a sus habitantes, se halla dominada por un anillo de duras montañas, algunas de las cuales se alzan hasta más de 3.600 m, que rodean una depresión central de desiertos salinos —una de las regiones más secas y hostiles del globo—. Solamente en los valles formados por los pliegues de las montañas o en las llanuras adyacentes de la meseta podían asentarse grupos importantes de gente. La tierra, extremadamente cálida en verano, y a veces brutalmente fría en invierno, apenas era adecuada para la ganadería.

Las tribus irania, en su caminar hacia el oeste, se abrieron paso a través de la meseta, ladeando los montes Elburz que forman su borde norte, y a continuación se desviaron hacia el sureste a lo largo de los montes Zagros, que separan la meseta de las fértiles llanuras abundantemente pobladas de Mesopotamia. En su avance, los iranios desplazaron o con-

Un vasto y complejo Imperio

En menos de 70 años, desde el año 560 antes de nuestra era, los reyes aqueménidas de Persia unificaron todas las naciones dispersas del antiguo Oriente en un solo ente político. Esta zona de más de 4.000 km de amplitud (áreas sombreadas) abarca los altos montes de Elburz y Zagros, el fértil valle situado entre los ríos Tigris y Eufrates y las colinas ricas en metales de Asia Menor.

La hegemonía aqueménida llegó a su cumbre después del año 522 antes de nuestra era, bajo Darío I. El núcleo del Imperio fue formado por los primeros aqueménidas, los cuales, desde una base situada en la región denominada Persia, se extendieron hacia antiguos reinos tales como Media y Asiria. Ciro el Grande creó su verdadera estructura imperial, y extendió su control hacia todas las tierras entre Bactriana y Frigia. Su sucesor, Cambises II, absorbió Egipto, y después Darío empujó el dominio persa hacia sus límites. Al culminar su reinado se completó la Carretera Real, de 2.560 km de longitud, la cual comunicaba el centro imperial de Susa con Sardes, en Lidia, así como el canal que unía el Mediterráneo con el Mar Rojo.

Herodoto, cronista griego, menciona 28 regiones (*letras mayúsculas*) que figuran en la historia de Persia; 20 de ellas fueron satrapías o estados sometidos. Se han identificado también 23 ciudades y sitios arqueológicos (*letra minúscula*) dentro del dominio aqueménida.

quistaron a otras tribus indígenas, como los Guti y Lullubi, que habitaban los Zagros hacía siglos. Los recién llegados pugnaron entre sí por conseguir los mejores territorios, y permanecieron en ellos por un tiempo para acabar desplazándose y regresar de nuevo. Las principales tribus que componían esta masa de emigrantes incluían no sólo a los persas, sino también a los medos, quienes se convirtieron en sus vecinos en la meseta irania, a la vez que constituyeron una parte vital de su historia, primero como gobernadores de los persas y más tarde como sus principales vasallos.

La histórica migración hacia el oeste no quedó detenida por los montes Zagros sino más bien por todo lo que existía tras dicha cordillera: un mundo civilizado de estados establecidos a lo largo de siglos —en algunos casos milenios— de tradición cultural, política y militar. Al noreste de los Zagros, en las tierras



que rodean el lago Van (Turquía) y el Urmia (Irán), se hallaba Urartu, un estado relativamente joven aunque vigoroso. Al sur de Urartu, y sobre los bordes occidentales de los montes Zagros, en lo que actualmente constituye el Irak, residía el imperio de los asirios. Más al sur todavía estaba Babilonia, cuya capital se había erigido en centro comercial de aquel mundo. Más abajo de Babilonia, a la cabeza del Golfo Pérsico, se hallaba Elam, con su centro en Susa —una civilización de más de 2.000 años de antigüedad, antes brillante, pero entonces decadente—.

En búsqueda de tierras no controladas por ninguno de estos pueblos ya establecidos, los medos ocuparon finalmente la amplia y fértil llanura donde hoy día se halla Hamadán, en el ángulo noroccidental de la meseta irania. Los persas, por su parte, experimentaron más dificultades a la hora de hallar un lugar de su agrado, y probaron establecerse en varios

puntos antes de alcanzar el borde sudoccidental de la meseta, donde eligieron un territorio débilmente poblado en el montañoso país de Elam. En aquel lugar cesó su peregrinación, permaneciendo el tiempo suficiente como para echar raíces y absorber gran parte de la cultura y territorio de los elamitas.

Mientras tanto, la cabeza de puente de aquella cultura, el antiguo Elam, esperaba su caída. Hacia la segunda mitad del siglo VIII antes de nuestra era, los asirios, en aquel momento la fuerza dominante del Próximo Oriente, habían aniquilado la fuerte resistencia de Urartu, sometido a Babilonia, vencido a los pequeños reinos de Canaán y conquistado Egipto. Aproximadamente hacia el año 640 antes de nuestra era, el rey asirio Assurbanipal acabó violentamente con los restos del independiente Elam afirmando con cierta bravura que había “transformado la tierra en un lugar estéril”, y volvió a Asiria no sólo con

Los caballos del actual ejército persa pastan en los prados que en otro tiempo visitaban los rebaños de los antiguos nómadas del imperio persa, los cuales emigraron desde la estepa de Eurasia hacia la meseta del Irán en el año 2000 antes de nuestra era. Al fondo aparece el nevado pico del monte Demavend, de 5.400 m de altura, el más alto de los montes Elburz.

los cautivos y el ganado conquistados, sino también con los huesos de los reyes muertos del reino de Elam. Todas sus pretensiones en relación al asesinato de pueblos enteros, que muchas veces alcanzan niveles de genocidio, no parecen haber sido exageradas.

Las antiguas tierras elamitas colonizadas por los persas quedaban aparentemente demasiado remotas y eran demasiado pobres —como los mismos persas— para atraer las furias de los asirios, aunque de todos modos las luchas entre asirios y medos se hicieron cada vez más frecuentes hasta llegar a aparecer en los anales asirios, cada vez con mayor frecuencia, referencias a los “distantes medos” y “los poderosos medos del este”, que acabaron siendo considerados en general como oponentes dignos de respeto. Los asirios quedaron impresionados al hallar medos no sólo en los montes Zagros sino en todos los puntos de la meseta hasta los que habían llegado en su caminar hacia el este. Los medos luchaban a caballo, y de ellos aprendieron los asirios a servirse de la caballería. Hasta entonces, los carros de guerra habían constituido su única fuerza de choque, pero después de sus expediciones contra los medos se propusieron adquirir caballos.

Por su parte, los medos aprendieron de los asirios los fundamentos de la organización política. Para defenderse a sí mismas, las tribus medas se unieron bajo el dominio de un único rey y formaron un solo estado, aproximadamente por el año 670 antes de nuestra era. Mientras tanto, el poder de los asirios disminuyó durante los últimos años del siglo VII antes de nuestra era, debido, en parte, al continuo estado de guerra, que acabó con sus reservas humanas. Libres de esta presión, los medos iniciaron la construcción de su propio imperio, imponiendo su mandato sobre los persas, entre otros pueblos.

El advenimiento de los medos al poder representa un punto crucial en la historia de los persas, quienes

utilizaron la maquinaria imperial de aquéllos como motor para alcanzar su propia preeminencia mundial.

Ecbatana, la actual Hamadán, era la capital, construida sobre la ruta principal que iba desde la Media Luna Fértil de las llanuras mesopotámicas hasta Asia central, a través de la meseta irania. El rey de los medos, según Herodoto, habitaba en un palacio separado de sus vasallos por siete paredes concéntricas. Solamente los miembros de la familia real podían verle: “A nadie le era permitido reír o escupir en presencia del rey.” La explicación que el historiador griego da sobre esta estricta conducta es perspicaz: “Si nadie podía verle, se formaría la leyenda de que era un ser diferente de la común clase de los hombres.” Seguramente no debió resultar fácil transformar a los componentes de tribus nómadas en miembros de un estado estable, por lo que la creación de un aura de misterio alrededor del líder supremo debió contribuir sin duda a facilitar el proceso.

A medida que retrocedió la amenaza asiria, no fueron los medos los únicos que adquirieron mayor fuerza; una renaciente Babilonia se alió con ellos contra los asirios. En esta tarea los medos aparentemente llevaron el peso mayor de la lucha. Un cronista babilónico registra el hecho de que Ciaxares, rey de los medos, avanzó sobre la ciudad asiria de Assur en el año —614, pero “el rey de Babilonia y su ejército... no llegaron a tiempo para la batalla”. Incluso sin ayuda, los guerreros de Ciaxares “conquistaron la ciudad, derribaron la muralla e infligieron una terrible matanza a la población”. Dos años más tarde, los ejércitos medo y babilonio atacaron Nínive, que después de tres batallas quedó “convertida en un montón de ruinas”. El rey asirio y sus tropas escaparon, pero fueron aniquilados el año 609 a. de C.

A fin de lograr la unión entre los aliados victoriosos, una princesa meda se desposó con el rey babilónico Nabucodonosor. Este construyó para su esposa los famosos jardines colgantes, tal vez para



mitigar la nostalgia de ella por las colinas medas. Mientras tanto ambos pueblos se repartían las conquistas. Nabucodonosor se quedó con la zona sur del imperio asirio, mientras que Ciaxares condujo a su pueblo hacia el oeste, a través de Urartu, para reclamar su parte del botín en la meseta de Anatolia.

Allí los medos se enfrentaron a un enemigo mucho más poderoso que los asirios: los lidios, que habitaban en la zona occidental de Anatolia, a lo largo de la costa del Mar Egeo de la Turquía moderna. Resistiendo la invasión de Ciaxares, los lidios consiguieron detener a los conquistadores de Asiria en seis difíciles campañas hasta el momento en que, al parecer, los dioses intervinieron; ello acaeció durante una batalla que los astrónomos han podido fechar exactamente como el día 28 de mayo del año 585 antes de nuestra era, en que “el día se convirtió bruscamente en noche.” Herodoto, que registró el fenó-

meno —de hecho, un eclipse solar—, observó que este acontecimiento puso tan nerviosos a ambos contendientes que rápidamente hicieron la paz.

A ello contribuyó sin duda la fuerte influencia diplomática de Babilonia, ansiosa de que los adversarios llegasen a un acuerdo para restablecer así las relaciones en favor de un provechoso comercio con Anatolia, que la guerra había interrumpido. Medos y lidios aceptaron el río Halys, de 1.120 km de longitud, como línea divisoria entre sus reinos y, finalmente, el hijo de Ciaxares, Astiages, selló el tratado desposando a la hija del monarca lidio.

Durante las tres décadas siguientes la zona experimentó un raro período de estabilidad, aunque Nabucodonosor mostró su impaciencia en relación a las ambiciones de los iraníes de erigir una cadena de fortificaciones, designada como la “Pared de los Medos”, a lo largo de su frontera norte, que se extendía

Alfarería no decorada, como este jarrón con caño, de 25 cm de altura, fue usada por los antepasados persas hacia el año 1300 antes de nuestra era. La vasija fue descubierta en un cementerio de los montes Elburz.

desde el Tigris hasta el Eufrates. Con todo, se mantuvo un equilibrio básico de poder entre los medos, Babilonia y Lidia. En retrospectiva, este pacífico intermedio puede considerarse como necesario antes del acto principal: el ascenso al poder de los persas. Dicha fuerza, en su desarrollo, acabaría por engullir a medos, lidios y babilonios y de rechazo incluso a los poderosos egipcios.

La zona no tuvo que esperar mucho, pues alrededor del año 575 antes de nuestra era la esposa de un rey persa denominado Cambises, vasallo de los medos, dio a luz un hijo que recibió el nombre de Kurush, o Ciro según la designación griega, el cual había de convertirse en Ciro II, aunque el mundo le conoce más como Ciro el Grande, arquitecto y fundador del Imperio persa.

Los detalles que rodean la genealogía del futuro emperador, así como las circunstancias de su nacimiento e infancia son muy escasos. Se acepta generalmente que nació en el seno de la dinastía fundada por Aqueménides, quien gobernó a los persas a principios del siglo VII antes de nuestra era, y que dio su nombre a la sucesión de reyes aqueménidas que le siguieron. El hijo de Aqueménides, Teispes, dividió, al parecer, el reino entre sus dos descendientes, Ariaramnes y Ciro I. La mitad oriental quedó en poder de Ariaramnes, mientras que la mitad occidental, denominada Anshan, pasó a Ciro I. Posteriormente Anshan quedó bajo el dominio del hijo mayor de Ciro, Cambises, padre de Ciro el Grande.

Pero, como ocurre siempre que los hechos son escasos y se trata de un hombre de heroicas proporciones, la imaginación humana es siempre propensa a suministrar los detalles necesarios. Así, el historiador griego Ctesias dijo que Ciro II no tenía origen real, sino que era hijo de un bandido persa y de una pastora. Incluso muchos paisanos del futuro emperador creían ciegamente que había sido criado por

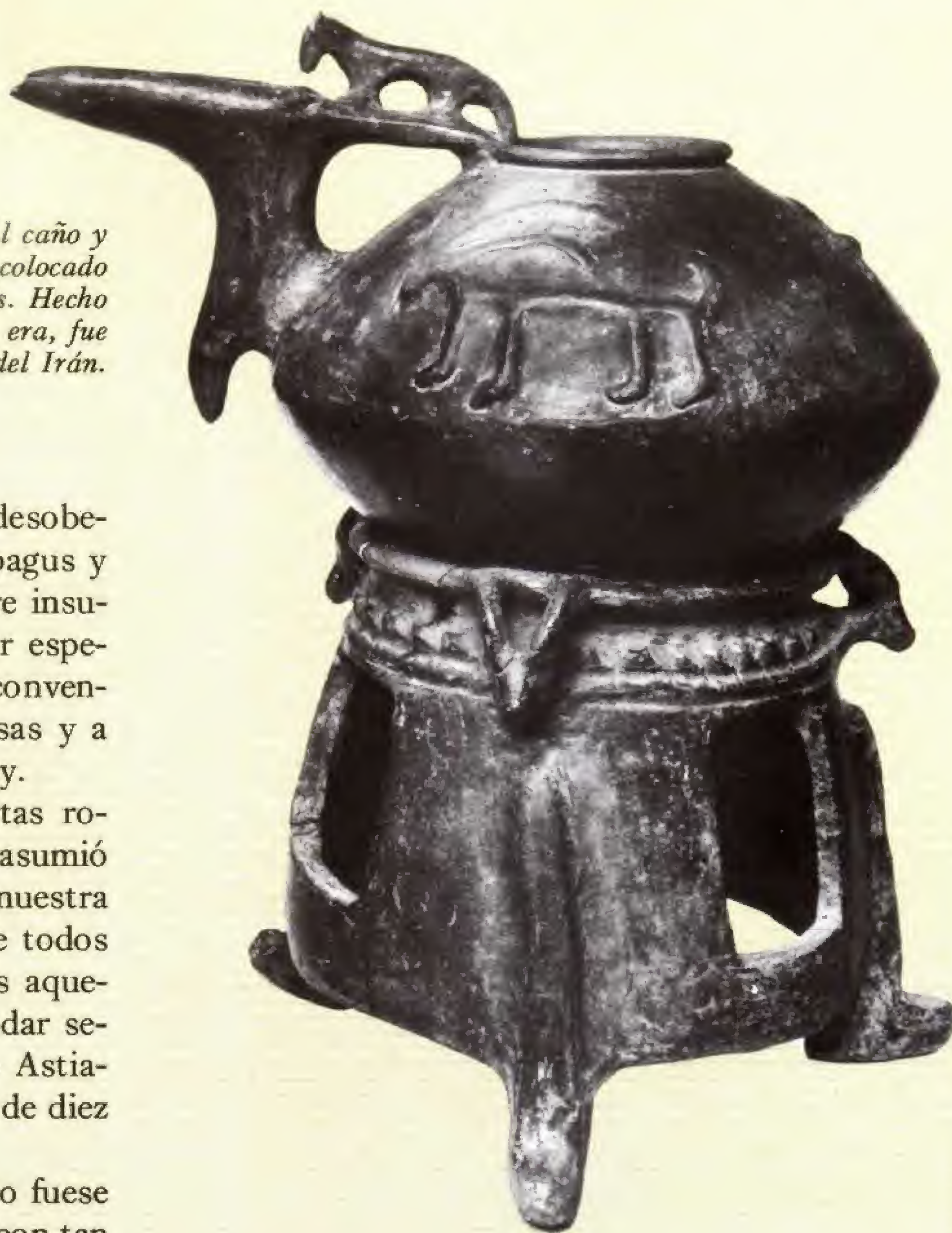
una loba que lo había encontrado abandonado en las montañas.

Según datos fidedignos de Herodoto, Ciro II llevaba sangre meda; el historiador afirma que su abuelo era el rey medo Astiages, quien había desposado a su hija Mandane con su vasallo persa Cambises, en lugar de con uno de sus propios y estimados medos. La razón que le impulsó a realizar esta boda de rango inferior para su hija se halla en un sueño del propio Astiages, según el cual Mandane había expresado una profunda aversión hacia él y su reinado.

Conforme al relato de Herodoto, los dioses continuaron alarmando a Astiages con sueños semejantes, y por ello, cuando Mandane dio a luz a Ciro, el real abuelo decidió que el recién nacido fuera asesinado. A este fin, ordenó a Harpagus, uno de sus oficiales, que llevase a cabo la sentencia. Sin embargo, Harpagus no tuvo ánimos de cumplir esta orden, y, en su lugar, lo escondió con unos pastores de la montaña, quienes aceptaron educar a Ciro hasta hacerle



Figuras de animales decoran el caño y los lados de este jarrón persa, colocado sobre un soporte con ventanas. Hecho en el siglo IX antes de nuestra era, fue hallado en Hasanlu, al oeste del Irán.



un hombre. Cuando Astiages descubrió esta desobediencia, hizo decapitar al propio hijo de Harpagus y sirvió la cabeza, durante un banquete, al padre insubordinado. Años más tarde, después de haber esperado pacientemente su venganza, Harpagus convenció a Ciro a encabezar la rebelión de los persas y a levantar al ejército de los medos contra su rey.

El relato de Herodoto, desprovisto de notas románticas, puede muy bien ser cierto. Ciro II asumió el trono de Anshan en el año 559 antes de nuestra era y a continuación se convirtió en el rey de todos los persas, subyugando a la otra rama de los aqueménidas. Al mismo tiempo empezó pronto a dar señales de independencia de su soberano medo Astiages. El proceso, en su totalidad, no llevó más de diez años.

No debe sorprendernos el hecho de que Ciro fuese catapultado hacia el poder tan rápidamente y con tan poca oposición entre los persas, ya que, según todas las descripciones, era una figura singularmente atractiva, a la vez que uno de esos caudillos hacia los que los hombres no pueden evitar sentirse inclinados. Jenofonte, el historiador griego que escribió una admirable biografía de Ciro en el siglo IV antes de nuestra era, dijo que, incluso en su infancia, las gentes quedaban cautivadas por la sabiduría de Ciro, su espíritu indomable, su sinceridad y su prestancia física. El testimonio de Nabonido, rey de Babilonia, apoya indirectamente a Jenofonte. Describe este rey que los propios dioses estaban al lado de Ciro, y que se le habían aparecido a él en sueños para decirle que Ciro destronaría pronto al rey medo Astiages.

Tal vez hacia el año 550 antes de nuestra era, el rey de los medos se sintió inclinado a poner a raya a su presuntuoso favorito persa, aunque ya era demasiado tarde. Astiages había perdido su autoridad incluso ante su propio ejército. La crónica babilónica de Nabonido sigue diciendo lo que ocurrió entonces: "El rey Astiages reunió a sus tropas y marchó con-

tra Ciro, rey de Anshan, a fin de presentarle batalla." Los ejércitos se encontraron en la elevada llanura de Murghab, a 640 km al sur de la capital meda y cerca de la colonia persa de Pasargada, pero la batalla fue breve: "El ejército de Astiages se rebeló contra éste y lo entregó encadenado a Ciro."

Junto con su rey, los medos entregaron su capital, Ecbatana. Uno y otra fueron tratados con generosidad, ya que Astiages conservó su vida, y a Ecbatana, a pesar de ser despojada de sus tesoros reales, se le permitió prosperar. Los oficiales medos mantuvieron sus posiciones en el gobierno, aunque muchas veces ello implicaba trabajar junto a los persas. A medida que el imperio de Ciro se extendió, los medos sólo ocuparon un lugar detrás de los persas en el *status* imperial. Para el mundo exterior, pues, el Imperio medo no sucumbió, de hecho, sino que sufrió simplemente un cambio de gobierno.

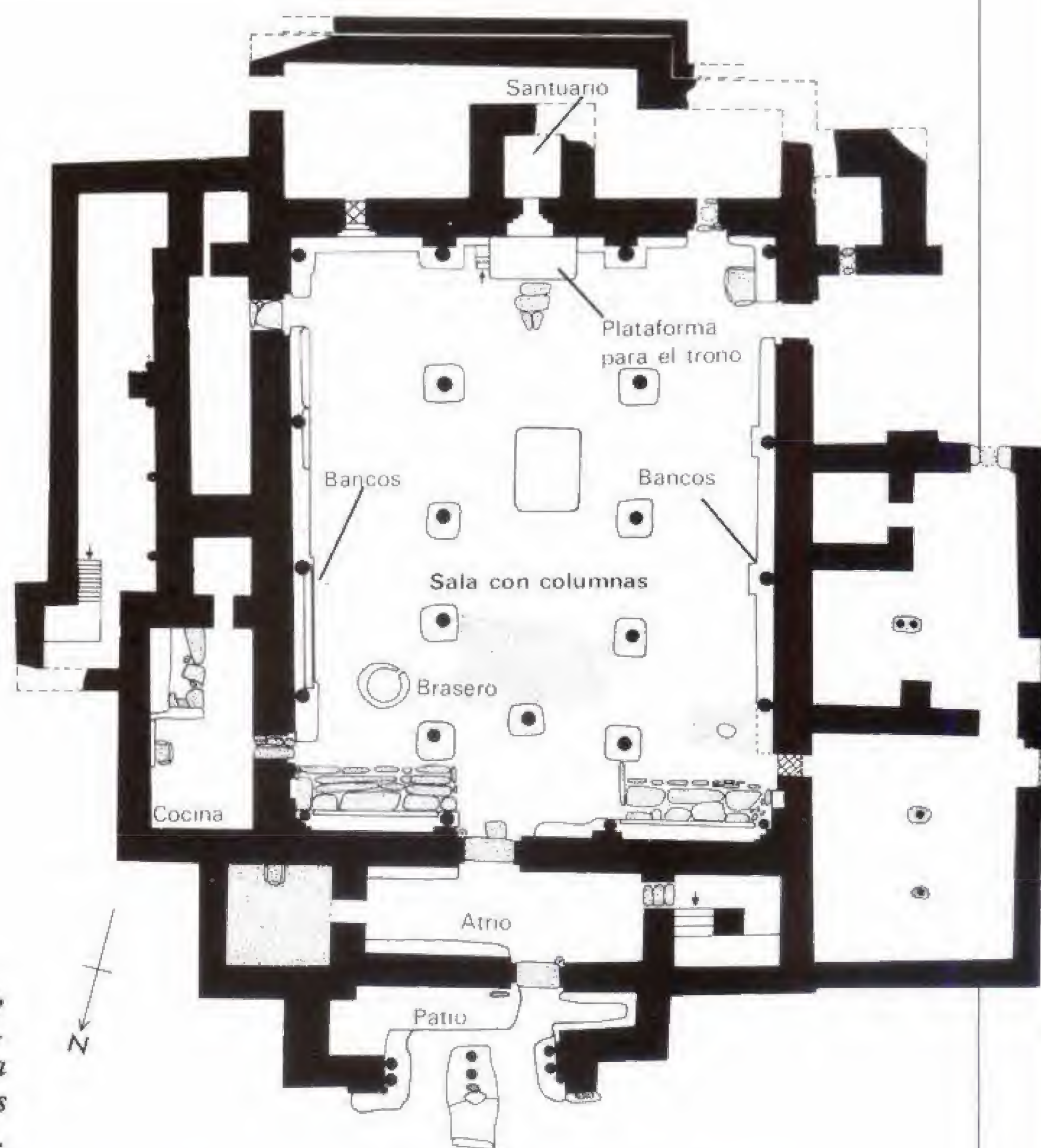
Los persas adquirieron muchas cosas valiosas de los medos: sus dominios, su ejército bien organiza-

Prototipo de los palacios imperiales

Las ruinas de una ciudadela del siglo IX antes de nuestra era excavadas en Hasanlu, cerca del lago Urmia, en la parte norte del Irán, han demostrado que en el pueblo iraní que la construyó —posiblemente una tribu denominada Maneanos— había consumados arquitectos. Las salas acolumnadas prefiguran las maravillas arquitectónicas de Pasargada y Persépolis, obras de un pueblo estrechamente relacionado: los persas.

Uno de los edificios, cuyos cimientos aparecen debajo y en el diagrama de la derecha, puede haber sido un templo. Su sala principal, de 16 × 21 m, contenía dos hornos funerarios; su techo en algún tiempo estuvo sostenido por cuatro hileras de cinco columnas. A los lados de la sala había bancos de ladrillos para las personas importantes; uno de ellos tenía adosada una plataforma, quizás destinada a un trono, con un santuario tras él.

Este plano de la planta del templo excavado en Hasanlu, muestra una antecámara tras el pórtico principal. Alrededor de la sala principal aparecen dos almacenes y una cocina. Dos fragmentos de piedras cuadradas y circulares sugieren que el suelo estaba completamente pavimentado.



Entre las basas de las columnas de la sala principal se distinguen dos hogares rituales, uno de forma circular y el otro rectangular.

do —Astiages perdió porque fue traicionado por sus soldados, no porque éstos careciesen de habilidad como luchadores—, así como gran parte de su concepto de reinado, que daba énfasis a los rituales y protocolos reales. Los persas también heredaron la vieja rivalidad de los medos con Lidia, sometida por esta época a un rey tan rico, que su nombre, Creso, se convirtió desde entonces en sinónimo de riqueza extravagante. El rey lidio vio en la caída de Astiages tanto un reto al honor debido a la familia —Astiages estaba casado con una hermana de Creso— como una excusa para ocupar la tierra situada al este del río Halys, que le había sido negada a su padre por los medos. Estas ideas eran mutuas, ya que Ciro había puesto su ojo en los estados gobernados por Creso en la región de la costa occidental de Jonia y había enviado ya allí agentes con instrucciones de sobornar la lealtad de aquellos estados.

En la prosecución de sus objetivos, Creso parece haber sido tan cauteloso como rico. En este sentido, el relato de Herodoto sobre los siguientes pasos dados por el rey lleva la marca de aquellos tiempos, aunque la reputación del historiador en favor de la veracidad es tan formidable que bien se le pueden perdonar algunos toques de lo que solamente puede ser pura fábula. Herodoto relata que Creso deseaba consultar un oráculo para conocer sus posibilidades frente a Ciro, pero primero intentó determinar en cuál de aquellos magos del futuro podía confiar. Para ello envió mensajeros a más de media docena de templos de oráculos —uno de ellos en Libia— que preguntaran a los adivinos la descripción de lo que el rey estaría haciendo precisamente cien días después de la salida de los mensajeros de la capital de Sardes. El oráculo de Delfos ganó la prueba. Según Herodoto, el oráculo replicó que en el instante especificado por el rey lidio, éste se hallaría hirviendo personalmente un cordero y una tortuga juntos en un caldero de bronce. De hecho, Creso había esco-

gido deliberadamente esta excéntrica tarea pensando que nadie lo podría adivinar.

Informado por su mensajero, Creso declaró el oráculo de Delfos “el único genuino en el mundo”. El mensajero regresó a Delfos llevando esta vez valiosos regalos. Herodoto describe las ofrendas de Creso a Delfos —entre las que se incluían enormes cantidades de ornamentos y objetos decorados en oro y plata— continuando con la descripción de los lugares donde éstos estaban todavía a la vista de los viajeros en sus propios días. Juntamente con los regalos del rey lidio, el mensajero era portador de la verdadera pregunta de Creso: ¿Debía Lidia hacer la guerra contra Persia?

El oráculo respondió que si Creso cruzaba el río Halys y atacaba a los persas, “destruiría con ello un gran imperio”. El rey quedó tan encantado con esta críptica respuesta que mandó más regalos a Delfos —dos monedas de oro por cada habitante de la ciudad—, y los agradecidos habitantes respondieron concediendo a Creso y a todos los lidios la ciudadanía délfica honoraria, el derecho a ser los primeros siempre que desearan consultar el oráculo, así como lugares reservados para las funciones del estado de Delfos.

Mientras tanto, Creso puso su máquina de guerra en marcha y, a pesar de que recientemente había afianzado su posición mediante pactos con Egipto, Babilonia y la ciudad griega de Esparta, ni siquiera esperó que estos aliados le enviaran tropas de refuerzo. Así, Creso cruzó el río Halys en el año 547 antes de nuestra era y se apoderó de la antigua fortaleza meda de Pteria, en el reino de Capadocia, donde esperó a Ciro II. Este, por su parte, cubrió la distancia que separaba Pteria de la capital persa en Susa —1.920 km— en pocos meses. Los ejércitos persas y lidios se enfrentaron a principios de verano en las afueras de Pteria, en un largo y sangriento día en el que ni las largas lanzas de los lanceros montados de

Herencia guerrera en bronce

Miles de objetos de bronce, confeccionados hacia el año 800 antes de nuestra era por los predecesores de los persas, fueron descubiertos en el año 1930 en Luristán, provincia situada al oeste del Irán. La identidad exacta del pueblo que construyó estos severos objetos no ha sido determinada, aunque ciertamente eran guerreros y jinetes.

Entre estos hallazgos había espadas grabadas con los nombres de reyes babilónicos, indicio de que la caballería luristana sirvió a estos monarcas como mercenarios. Además, en zonas antes dominadas por los medos se han descubierto objetos identificados como trabajos de herreros de Luristán, por lo que se supone que estos maestros del Imperio utilizaban espadas hechas por los luristanos para establecer el reino que más tarde les fue arrebatado por los persas.



El artista que realizó este guerrero de 38 cm de altura resaltó la espada, representada con mayor precisión que la fisonomía de la cara. La escritura de la base identifica la imagen con el dios guardián de la ciudad.

Este fragmento de bronce con caballos en los extremos simboliza la elevada posición social de un jinete. Fue colocado en la tumba de éste con sus armas con el fin de asegurarte un camino final igual a su vida: montado a caballo y listo para luchar.



Esta hacha de guerra con la hoja curvada y clavijas en la parte posterior del mango es muestra de una obra de arte bélico. Una serpiente adorna el mango y un felino agazapado refuerza la parte superior de la hoja.



Lidia ni las flechas y espadas cortas de la caballería persa y meda podían decidir alguna ventaja sobre el adversario. Sin embargo, los lidios abandonaron el campo. A la mañana siguiente, gritando que sus adversarios vencerían por su mayor número, Creso se dirigió a Sardes.

Una vez de regreso, mandó mensajes a sus aliados babilonios, egipcios y espartanos pidiéndoles que preparasen ejércitos para las operaciones del año siguiente y, acto seguido, empezó a desmovilizar sus propias tropas. Esto era práctica normal hacia finales del verano, ya que nadie sostenía campañas durante los crudos inviernos del Asia Menor —o, por lo menos, así lo creía Creso—. Sin embargo, no tuvo en cuenta la estrategia de sorpresa practicada por el rey persa.

Habiendo esperado el tiempo suficiente para que el rey lidio regresase a Sardes y empezase a licenciar a sus tropas, Ciro avanzó tan rápidamente, dice Herodoto, que “fue su propio mensajero”. Por ello Creso reagrupó apresuradamente a su ejército, con sus temibles lanceros en primera línea, y salió a recibir al enemigo en las amplias llanuras que rodeaban su capital.

Ciro tenía otra sorpresa para los lidios. Conocedor de que los caballos temían instintivamente a los camellos, ordenó que le trajesen un gran contingente de estos animales, utilizados para el transporte de provisiones por los persas, y que sustituyesen la carga por jinetes armados, y los colocó a la cabeza del ejército. Cuando los caballos de los lanceros lidios percibieron el olor de los camellos que se les aproximaban, desbarataron todo el orden de batalla del ejército lidio. Mas, a pesar de este desbarajuste y la pérdida de su caballería, Creso, con la mayoría de su ejército, pudo retroceder y refugiarse en el interior de las murallas de Sardes.

La ciudad, colocada sobre un altozano de paredes muy inclinadas, se tenía como inexpugnable. Ciro

ofreció una recompensa al primer hombre que franqueara sus murallas, pero nadie reclamó dicha recompensa en dos semanas. Por ello parecía que sólo por hambre se podía forzar la capitulación de la ciudad, aunque también cabía la posibilidad de que llegaran los aliados de Creso. Entonces, al decimotercer día de sitio, uno de los guerreros de Ciro observó algo interesante. Hallábase éste acampado debajo de uno de los lados de la fortaleza menos guardados por los lidios a causa del fuerte desnivel de sus paredes, y uno de los cascos de los defensores rodó por la pendiente, mas a pesar de la aparente verticalidad de la pared, el dueño del casco pudo descender a recogerlo y volver a ascender. El persa que observó esta acción señaló la ruta y condujo una fuerza de ataque al día siguiente. Sorprendida por esta parte Sardes fue capturada y, según la tradición, el humillado Creso se hizo quemar en la hoguera.

Después de esta importante acción, los antiguos moradores de Lidia —principalmente las ciudades jónicas de la costa occidental del Asia Menor, pobladas por griegos— enviaron emisarios al nuevo conquistador ofreciendo renovar sus tratados de vasallaje en los mismos términos que lo habían hecho con Creso. Ciro no prestó atención a nadie, excepto a la ciudad de Mileto. Con este poderoso enemigo potencial, el rey llevó a término un tratado de amistad y alianza. A los demás estados jonios los sometió a su voluntad —por la fuerza, aunque personalmente no dirigió las conquistas sino que dejó aquella tarea a sus subordinados, dedicándose él personalmente a asuntos de mayor urgencia—.

En primer lugar se dirigió al este, donde consolidó su dominio sobre las satrapías —o provincias— heredadas de los medos, añadiendo nuevas tierras y pueblos a su imperio. A su primo Histaspes lo nombró gobernador de las provincias de Partia e Hircania, situadas al norte y este del desierto central de la meseta. En el año 541 antes de nuestra era, Ciro inició

una marcha a través de las llanuras del Asia central que forman en la actualidad parte de la Unión Soviética y subyugó una tras otra a todas las tribus nómadas, hasta que alcanzó el río Jaxartes, denominado hoy día Syr Daria. Aquel río, según declaró Ciro, sería en adelante la frontera nororiental, para lo cual mandó construir una serie de siete fortalezas a fin de garantizar la inviolabilidad de dicha frontera.

Probablemente en sólo un año había conseguido duplicar el área de su Imperio y al mismo tiempo reforzar el poder de su ejército. Por ello Ciro II estaba en aquel momento preparado para enfrentarse a su anterior aliado, Babilonia, que se hallaba en graves problemas y no parecía capaz de rechazar a Ciro. El rey Nabonido, que había subido al poder como resultado de una conspiración diecisiete años antes, se había enajenado la lealtad de su pueblo por sus heterodoxias religiosas, persecuciones e incapacidad general de cumplir sus responsabilidades reales. Nabonido fue acusado de estar bajo el dominio de su madre, una sacerdotisa del antiguo dios lunar Sin, y de despilfarrar las riquezas del tesoro nacional para construir un templo en honor del dios lunar, mientras descuidaba al principal dios babilónico, Marduk.

Nabonido había abandonado la capital durante unos once años de su reinado que dedicó a una expedición militar cuya finalidad era controlar las rutas de las caravanas y del comercio a lo largo del Golfo Pérsico. Año tras año su comportamiento herético quedaba registrado en la historia de los tiempos: "El rey no ha regresado a Babilonia para la ceremonia del mes de Nisanu (marzo-abril)... el dios Marduk no salió en procesión... el festival de Año Nuevo fue omitido."

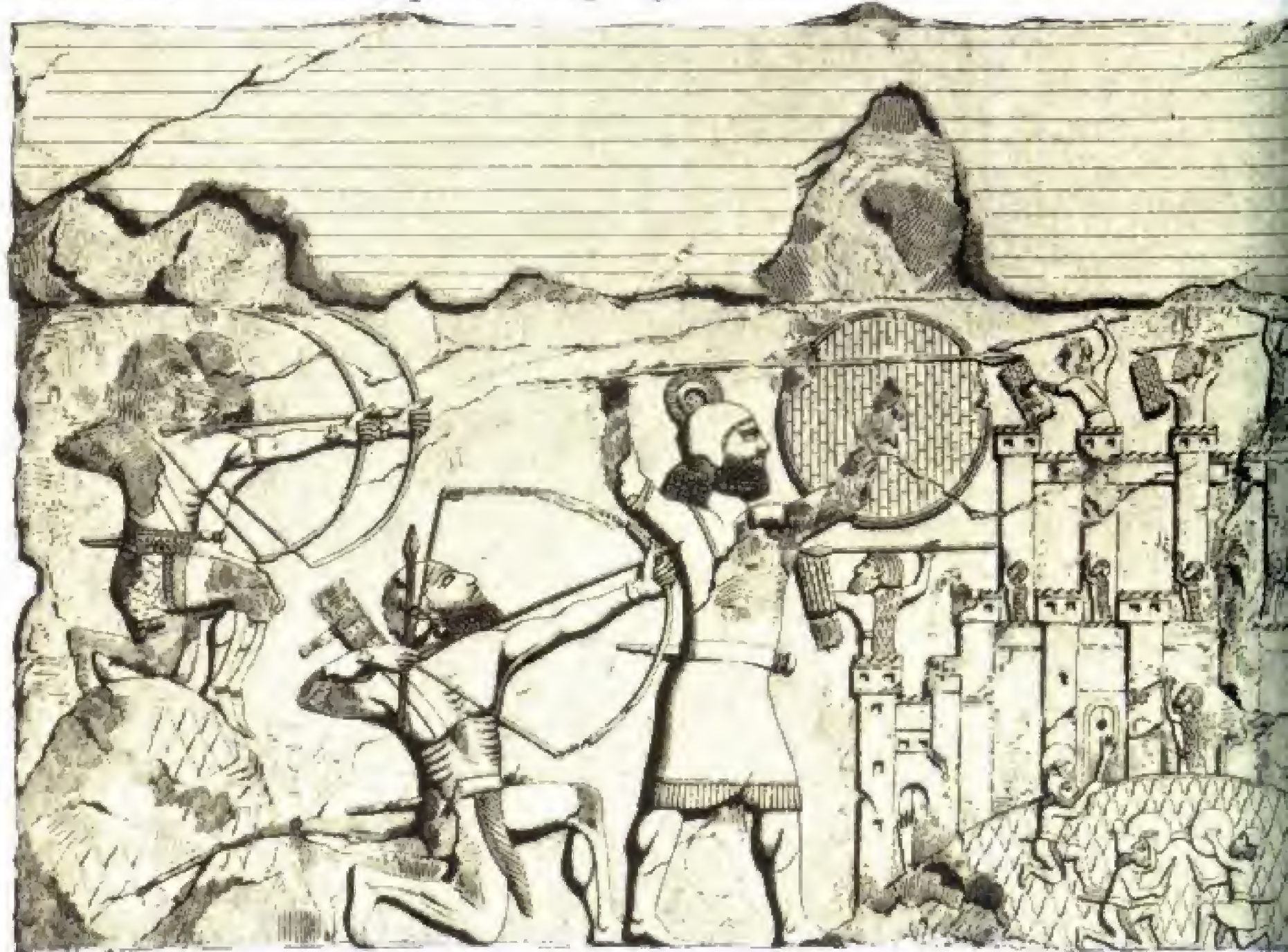
Durante su ausencia, el rey confió la dirección de Babilonia y el control del ejército a su hijo el príncipe Baltasar, quien, según la Biblia, fue advertido de su suerte por una "escritura en la pared". "Pasarás necesidades", se le advirtió, "tu reino ha termi-

Bastión de los formidables medos

Hasta que al iniciarse el año 1965 se excavó la gigantesca fortaleza de Godin, situada cerca de la antigua capital meda de Ecbatana, no se disponía de información de primera mano sobre la existencia de los medos. Aquellos feroces y astutos guerreros eran conocidos principalmente a través de los relatos históricos procedentes de otros pueblos antiguos, probablemente los asirios, los judíos y los griegos.

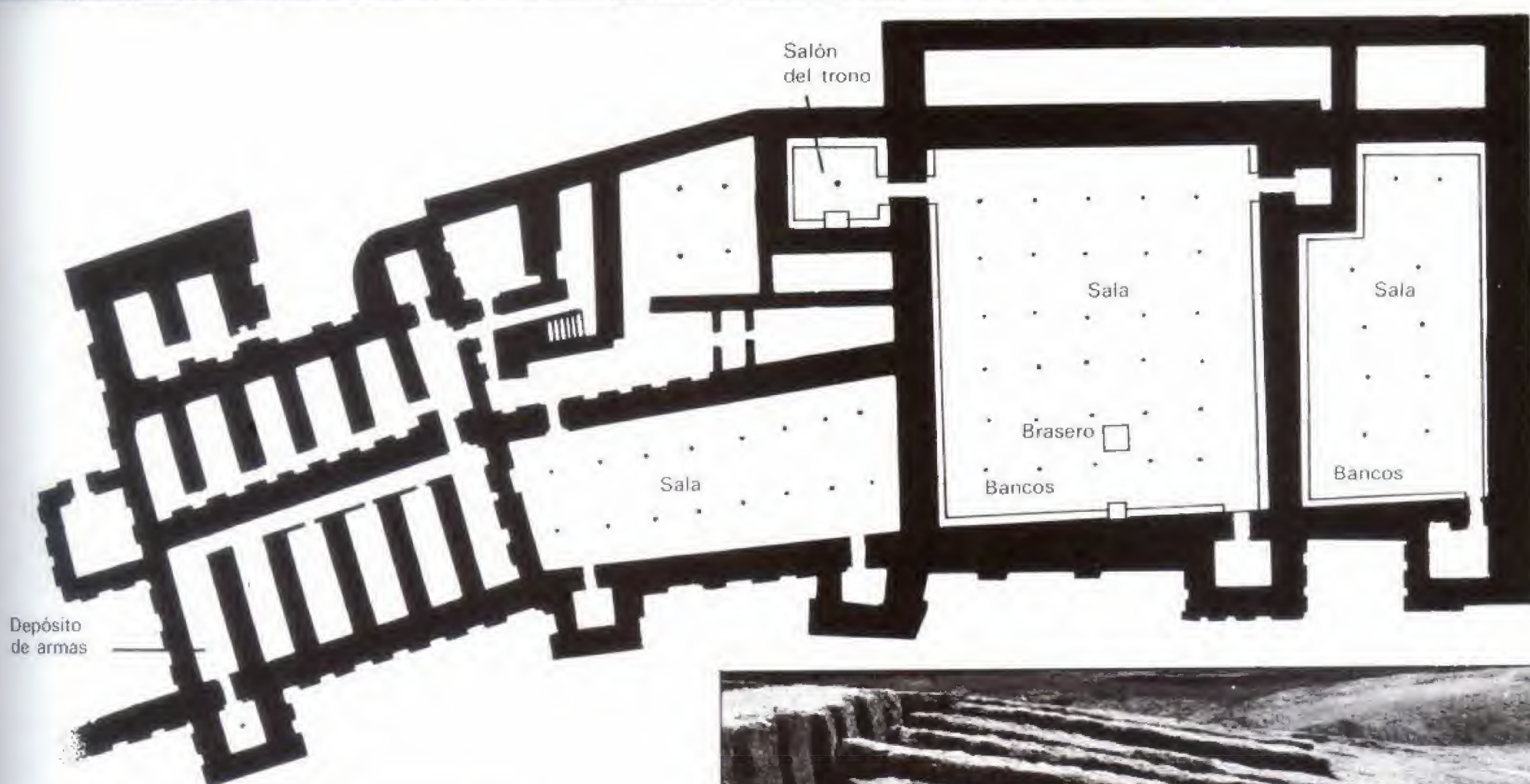
Situada sobre una colina y junto a un escarpe de 24 m, la dilatada estructura de Godin, con sus gruesas murallas, torreones fortificados e hileras de salas para almacenaje de armas y provisiones, parece una fortaleza medieval. Tres salas rectangulares provistas de columnas, de diseño y conceptos parecidos a las de Hasanlu y Pasargada, señalan el lazo cultural existente entre los medos y otros pueblos iraníes, particularmente sus futuros conquistadores, los persas. La fortaleza demostró ser tan inaccesible como parece, ya que nunca fue tomada. Voluntariamente fue abandonada por sus ocupantes, tal vez con el fin de concentrar el poder medo en Ecbatana.

En este relieve del palacio de Dur Sharrukin, en Irak, soldados del monarca asirio Sargón II atacan una fortaleza meda parecida a la excavada en Godin. Los poderosos asirios intentaron destruir a los medos en varias ocasiones, pero siempre fracasaron.





La muralla de 105 m de la cara norte de la fortaleza meda, con sus contrafuertes y sus cavidades, domina aún las escarpadas cimas de Godin.



El plano de la fortaleza incluye dos almacenes de armas, cada uno de los cuales comprende once compartimientos; tres salas de columnas, la mayor con 30 columnas libres (puntos); una pequeña habitación cuadrada para el trono, a la derecha de lo que debía ser una antesala, y, a lo largo de la parte inferior del plano, cinco torres que en su tiempo estaban equipadas para la defensa.

Estas escaleras conducen a un piso superior, no existente hoy día, el cual contenía probablemente los alojamientos de la fortaleza. Un corredor, a la derecha de las escaleras, conduce al depósito de armas (parte superior izquierda del plano).



En un dibujo basado en una pintura de un jarrón griego, Creso de Lidia —uno de los muchos reyes derrotados por Ciro el Grande de Persia— espera una dura muerte en su hoguera desde la que hace el último ritual de la ofrenda del vino, mientras un siervo aviva las llamas. Esta versión de la muerte de Creso está basada en una narración que sostiene que el humillado lidio quiso suicidarse, aunque el historiador Herodoto escribió que fue Ciro el que realmente condenó a Creso a morir en la hoguera.

nado”. Las palabras confirmaron lo que desde hacía tiempo era obvio: lo inevitable del ataque de Ciro.

Llevado todavía de su propia obsesión religiosa, pero advirtiendo el peligro, Nabonido regresó a Babilonia trayendo consigo imágenes de los dioses de otras ciudades del imperio. Estos traslados eran en cierto sentido prudentes, aunque sólo consiguieron enfurecer más a sus vasallos, quienes sabían que Marduk no miraría complacido a Babilonia mientras la ciudad fuese huésped de tantos dioses competidores; al mismo tiempo estos dioses trasplantados no podían seguir protegiendo a las ciudades que durante generaciones habían confiado en ellos.

En el año 540 antes de Cristo, en su diecinueve año como rey de los Persas, Ciro lanzó su campaña contra Babilonia. Probablemente ocupó el verano atravesando con su ejército el río Gyndes, un invadeable tributario del Tigris, para lo cual ideó un ingenioso proyecto de ingeniería. Como no era persona fácilmente impresionable por la fuerza de un adversario, humano o natural, Ciro hizo que sus tropas conquistasen el río con palas cambiando su curso en infinidad de canales de poca profundidad. Después de lo cual los ejércitos de Ciro atravesaron la ribera sur del río, penetraron en Babilonia por detrás de la muralla meda, su principal línea de defensa, y acabaron con el ejército babilónico cerca de la ciudad de Opis.

Dos días más tarde —solamente 16 días después de la batalla de Opis—, Gobryas, un gobernador babilónico pasado al servicio de Ciro, entró con sus propias tropas y con parte del ejército persa en Babilonia “sin batalla”. Los invasores protegieron el templo de Marduk, se aseguraron de la observancia de todas las ceremonias tradicionales, así como de la ininterrumpida vida comercial de la ajetreada ciudad. El único acontecimiento interesante parece haber sido la llegada de Nabonido, quien corrió hacia su capital en busca de refugio para encontrarla ocupada, quedando él mismo cautivo.



En contraste, Ciro llegó poco después y fue generosamente recibido. “Se extendieron hojas verdes ante él”, describe un cronista, “y reinó la paz en la ciudad”. El cronista concluye diciendo: “Los habitantes de Babilonia han alegrado su corazón, ya que se sienten como los prisioneros cuando se les abren las puertas de la cárcel.”

Si la gente tenía todavía algunas dudas en relación con el nuevo régimen, Ciro ciertamente las disipó. Para ello mandó saludos a todo el reino presentándose a sí mismo no como un conquistador extraño sino como el rey de Babilonia, elegido personalmente por Marduk, quien, en palabras de un cronista comisionado por Ciro, había “explorado todas las naciones en busca de un rey adecuado”. El propio Ciro adoraba diariamente a Marduk y devolvió los dioses que Nabonido había sacado de sus templos legítimos distribuidos por el reino. Además, mantuvo su ejército bajo estrecho control, afirmando en una proclama a los babilonios: “Mis numerosas tropas entraron en Babilonia en paz, y yo no he permitido que nadie aterrorice el país.” Con tacto, permitió que la mayoría de los oficiales del gobierno permaneciesen en sus puestos, demostrando de nuevo su notable capacidad de confiar en sus anteriores enemigos y ganando así su lealtad.

Triunfando sobre Babilonia, los persas adquirieron mucho más que el principal centro comercial del mundo y las tierras agrícolas inmensamente productivas de la Mesopotamia. Al poco tiempo Ciro pudo proclamar que los reyes de los dominios de Babilonia “me traían sus mejores tributos y besaban mis pies”. Entre estos dominios se contaba Fenicia, cuya flota había de resultar la mejor conquista, ya que, con las naves y marinos de Fenicia a su disposición, los persas se convirtieron en una gran potencia marítima —sólo 10 años después de aventurarse fuera de su pequeño reino tierra adentro—.

Esta consolidación del Imperio persa despertó en Ciro nuevas ambiciones y empezó los preparativos para nuevas conquistas. Al cabo de un año liberó a los israelitas cautivos en Babilonia, que habían sido llevados allí el año 589 antes de Cristo, les devolvió sus tesoros de oro y plata expoliados de su templo de Jerusalén y devolvió 40.000 de ellos a su hogar. Este gesto magnánimo concordaba perfectamente con su política de justicia y libertad religiosa para sus vasallos, pero a la vez se aseguró también la gratitud y lealtad del pueblo cananeo, y Canaán controlaba la ruta terrestre —al igual que su recién adquirida flota fenicia controlaba la ruta marítima— que conducía a la última gran nación que todavía quedaba fuera del Imperio persa: el viejo y opulento Egipto.

Sin embargo, Ciro nunca llegó a Egipto, ya que, con la conquista de Babilonia, el área, población, riqueza y poder del Imperio persa habían alcanzado unas proporciones tan gigantescas que el monarca debió dedicarse durante algún tiempo a estructurar su propio aparato de gobierno a fin de organizar los inmensos territorios bajo su dominio. Tenía que planificar las provincias, designar gobernadores, recibir nuevos vasallos, aceptar tributos, integrar el ejército dentro de la gran máquina de guerra persa y administrar justicia. Hallábase también ocupado en el embellecimiento de su residencia imperial, que lenta-

mente se iba erigiendo en Pasargada, escena de su victoria crucial sobre los medos.

Cuando finalmente podía haber tenido algún tiempo para planear la campaña egipcia, llegaron noticias sobre problemas en el este. Allí los nómadas dirigidos por la reina Tomiris estaban poniendo en peligro sus provincias fronterizas, por lo que Ciro ordenó tomar medidas y personalmente dirigió la expedición.

Según costumbre, persiguió al enemigo en su propio territorio, en donde el año 530 antes de nuestra era, las feroces tribus se unieron y dieron una batalla, que, según Herodoto, resultó “la más violenta de las habidas hasta entonces”. En ella perecieron la mayoría de los persas, y también Ciro, cuyo cuerpo fue transportado luego a Pasargada y colocado en la tumba real que él mismo había diseñado.

Inevitablemente, el dilatado reino de Ciro entró en un período caótico a su muerte. Su hijo Cambises II heredó el trono y prosiguió con éxito los planes de su padre para la conquista de Egipto. Pero poco tiempo después Cambises falleció y sobrevinieron años de luchas conflictivas por el trono persa que casi acabaron con el gran Imperio.

Junto con el reino, Cambises II había heredado de su padre parte de sus talentos administrativos y militares, así como sus planes sobre Egipto. Sin embargo, no heredó la popularidad de Ciro, a pesar de que éste hacía tiempo que le había nombrado rey de Babilonia, reteniendo para sí el título superior de Rey de las Tierras. Cambises había dirigido aquella gran provincia durante ocho años, siguiendo la política de Ciro de mantener altos dignatarios babilónicos en sus oficinas, aunque, contrariamente a su padre, se había distinguido en su trato con persas y extraños por su notable despotismo.

Se decía que Cambises había asesinado, de una patada, a una de las mujeres que le asistían —que

En esta austera estructura de caliza blanca, cerca de las ruinas de la residencia real persa de Pasargada, fue sepultado el rey aqueménida Ciro. Empezada antes de la muerte del monarca, en el año 530 a. de C., y diseñada como las sepulturas de madera de sus antepasados nómadas, refleja la modestia personal de Ciro. El mausoleo, rodeado de columnas rotas pertenecientes a un templo posterior construido alrededor del sarcófago, mide 10 metros desde el suelo hasta el punto más alto de su techo.

era, además, hermana suya— estando ella embarazada, y que había matado al hijo de uno de sus más cercanos colaboradores con una flecha, sólo para demostrar su habilidad con el arco. Herodoto describe que Cambises hizo enterrar vivos a doce persas de alto rango “por acusaciones de poca importancia”. Cuéntase también que bebía mucho y que continuamente preguntaba a la gente lo que pensaban de él, lo cual a la luz de su reputación y del respeto que los persas tenían hacia la verdad, indudablemente debió producir situaciones comprometidas en la corte imperial. Uno de los consejeros de Cambises halló al parecer una respuesta casi ideal. Herodoto registra sus palabras de esta forma: “No creo que seas igual a tu padre; ya que aún no tienes un hijo como el que él dejó en tu persona.” El historiador concluye considerando que el rey persa estaba “totalmente loco”.

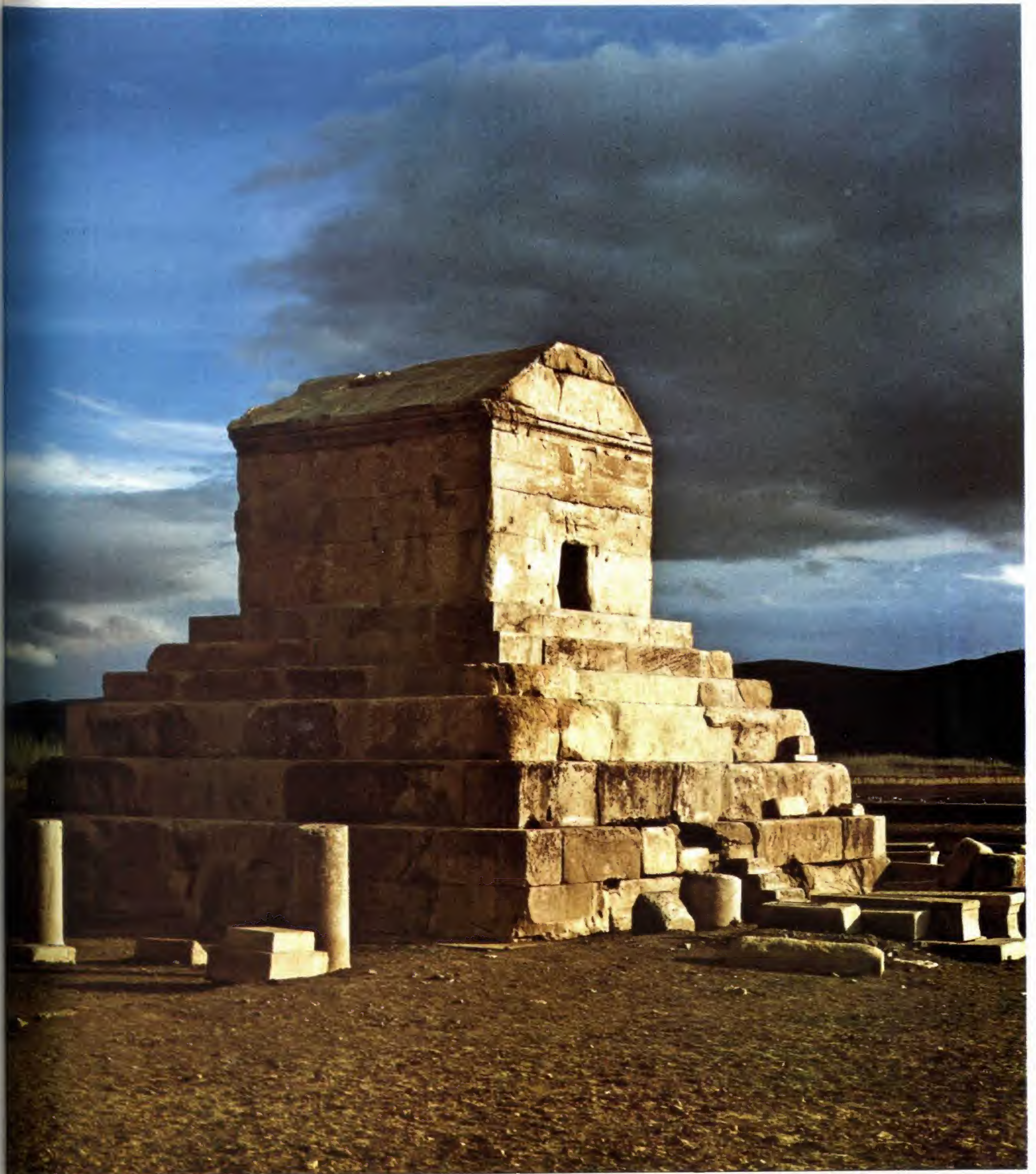
Sin embargo, las victorias de Cambises en relación con los planes de su padre hacia Egipto indican lo contrario, ya que en una rápida campaña de una duración de cerca de un año, Cambises derrotó al ejército egipcio y, en mayo del año 525 antes de nuestra era, fue instalado en el trono de los faraones. En cuanto aquella noticia circuló, Libia y las ciudades griegas de Barca y Cirene, en el norte de la costa africana, le hicieron llegar su rendición a través de mensajeros. Todo ello, añadido a Jonia y a las grandes colonias griegas en el propio Egipto, significaba que Persia gobernaba ya la mitad del mundo griego. Sin embargo, Cambises anhelaba más, y espoleado tal vez por la ambición de sobrepasar a su padre, pretendía crear un Imperio africano tan grande como su Imperio asiático.

En este punto se le acabó la suerte, ya que cuando se preparaba para dirigirse contra Cartago, sus marineros fenicios, cuyas naves le eran indispensables para el proyecto, se negaron a atacar a sus parientes cartagineses. Según Herodoto, para conquistar una colonia de los griegos situada en el oasis de Siwa,

en el desierto egipcio, envió un ejército de 50.000 hombres, pero todos ellos fallecieron o desertaron en ruta. Cambises condujo personalmente un gran ejército contra el reino de Kush, que incluía el Sudán, y después de penetrar en el interior de Africa más que ningún otro conquistador asiático anterior —dos tercios de la distancia que separaba la capital, Kushite, de Meroe— se vio obligado a regresar, posiblemente a causa de la deficiente preparación logística para tan larga marcha. Exceptuando el establecimiento de una guarnición en Elefantina, una isla del Nilo cerca de Asuan, los planes de Cambises en busca de un Imperio africano no dieron otro resultado.

El año 522 antes de nuestra era, después de una estancia de tres años en Egipto, Cambises fue llamado de nuevo a Persia a fin de enfrentarse a una crisis política —un usurpador había ocupado su trono—. Cambises falleció durante este viaje, y Darío, uno de sus oficiales en Egipto y primo lejano suyo, le sucedió después de haber rechazado al pretendiente, aunque las circunstancias exactas de la subida de Darío al poder son todavía en la actualidad tema de controversia.

La versión oficial —difundida por el propio Darío hace 2.500 años y todavía ampliamente aceptada— era que el hermano de Cambises, llamado Esmerdis, había sido ejecutado secretamente por orden del rey antes de salir hacia Egipto. Este asesinato se realizó para evitar que Esmerdis accediese al trono al ausentarse Cambises. Sin embargo, en ausencia del rey, Gaumata, uno de los sacerdotes herederos de la tribu Magi, aprovechó la oportunidad para representar a Esmerdis. Al enterarse de esta traición, Cambises regresó para quitar de en medio a Gaumata. Darío, según su propia explicación, llevó a cabo la intención del rey de eliminar al usurpador. Pero, a continuación, se vio obligado a sofocar rebeliones en todo el Imperio, algunas de ellas dirigidas por pretendientes que seguían el ejemplo de Gaumata.



Una moderna interpretación de los hechos —interpretación que ha ido evolucionando a medida que hemos aumentado nuestros conocimientos sobre la historia aqueménida— supone que Esmerdis vivía cuando Cambises salió para Egipto. En ausencia del rey, Esmerdis —de gran ambición y con una popularidad que Cambises nunca había conocido— ocupó el trono con la aprobación general de sus vasallos. Sin embargo, Darío y otros nobles persas aprovecharon el período de confusión creado por la muerte de Cambises para eliminar a Esmerdis, empuñando Darío el cetro. Ello condujo a las rebeliones declaradas que Darío tuvo que sofocar, y sólo posteriormente inventó la historia del impostor Gaumata para legitimar su propia pretensión al trono.

Darío realizó esfuerzos considerables para difundir su versión de cómo ascendió al poder; para ello ordenó la distribución de una autobiografía real por todo el Imperio. También hizo escribir una versión oficial en tres lenguas —persa, elamita y akadio— sobre una roca situada a más de 90 m sobre la ruta principal de las caravanas de Ecbatana a Babilonia, cerca del pueblo de Behistun. El acantilado constituye un lugar curioso para hacer afirmaciones políticas, pues las inscripciones no podían ser leídas desde el nivel del suelo y una vez que fueron grabadas, no se podía ascender a la roca ni por los más intrépidos, ya que su superficie inferior fue adecuadamente alisada para evitar que nadie llegase a las inscripciones. Las inscripciones de Behistun parecen más bien dirigidas a los dioses y a la posteridad.

En aquellas inscripciones Darío describe el momento de su intervención como época de grandes males. “El pueblo temía mucho al pretendiente Gaumata”, dice Darío, “y creía que haría asesinar a todas las personas que previamente habían conocido a Esmerdis... nadie se atrevía a decir nada sobre Gaumata, el Mago, hasta que yo llegué. Entonces con unos pocos hombres despachamos a Gaumata el Ma-

go, así como a todos sus más próximos colaboradores.” Darío prosigue relatando las rebeliones y la forma como su ejército luchó en 19 batallas y derrotó a nueve reyes, “todo ello en un solo año”.

La explicación dada por Darío a este asunto no fue puesta en duda por los historiadores hasta el año 1930, cuando el fallecido A. T. Olmstead, del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago resucitó el tema. Para poner en duda la versión de Darío, Olmstead, junto con otros escépticos, propuso algunas preguntas básicas: ¿Por qué Cambises, que no tenía hijos, había de asesinar a su único heredero, cerrando así su línea de posesión del trono? ¿Cómo podía ser que estuviera muerto el hermano del rey desde hacía tres años sin que nadie hubiese observado la ausencia? Si “el pueblo estaba satisfecho” con las acciones de Darío, ¿por qué estallaron rebeliones, incluso en la propia Persia? Finalmente, ¿no demuestra el propio Darío que es un embustero cuando afirma haber apagado todas aquellas revoluciones en un solo año?

El hecho de haber anticipado Darío las objeciones e intentado descartarlas por adelantado, refuerza un tanto estas dudas, ya que en el texto de Behistun le urge repetidamente al lector a creer en su historia. “Deja que lo que yo he dicho te convenza; no pienses que es una mentira.” Y de nuevo: “Esto es cierto, no falso.” Finalmente Darío afirmó que de hecho había realizado muchas más cosas no incluidas en aquella descripción, insistiendo que la relación de todos sus logros hubiese desbordado la creencia del lector, poniendo así en duda sus motivos y la legitimidad de sus afirmaciones.

A pesar de todos los puntos débiles en relación con la historia de Darío, el personaje tiene también sus defensores. Los historiadores que aceptan su versión han ofrecido respuestas posibles, aunque igualmente especulativas, para responder a los escépticos. Por ejemplo, la afirmación de que Darío venció a los

(Continúa en página 33.)

Símbolo del poderío del Rey de Reyes

Cuando Darío el Grande subió al trono aqueménida en el año 522, el Imperio persa estaba recién forjado. Sin embargo, la oficina real carecía todavía de los mecanismos y emblemas de soberanía utilizados por monarquías más antiguas, tales como las de Egipto, Asiria y Babilonia. Por ello, la primera tarea del rey fue la de procurar para el trono una estructura efectiva y símbolos adecuados de poder supremo.

A tal efecto, adaptó pragmáticamente las costumbres que había observado en otros reinos; introdujo unos pocos conceptos nuevos y desarrolló y amplió las ideas de otros pueblos de forma brillante. Por ejemplo, el complejo sistema de justicia según el cual Darío gobernaba, tenía un prototipo más simple en la ley mesopotámica antigua. El sistema monetario que utilizó para unificar todo el mundo comercial de su época era una invención de los lidios. De forma similar, el protocolo y ceremonial con que dotó a su propia oficina se basaba en los rituales de la corte de sus vecinos y territorios conquistados.

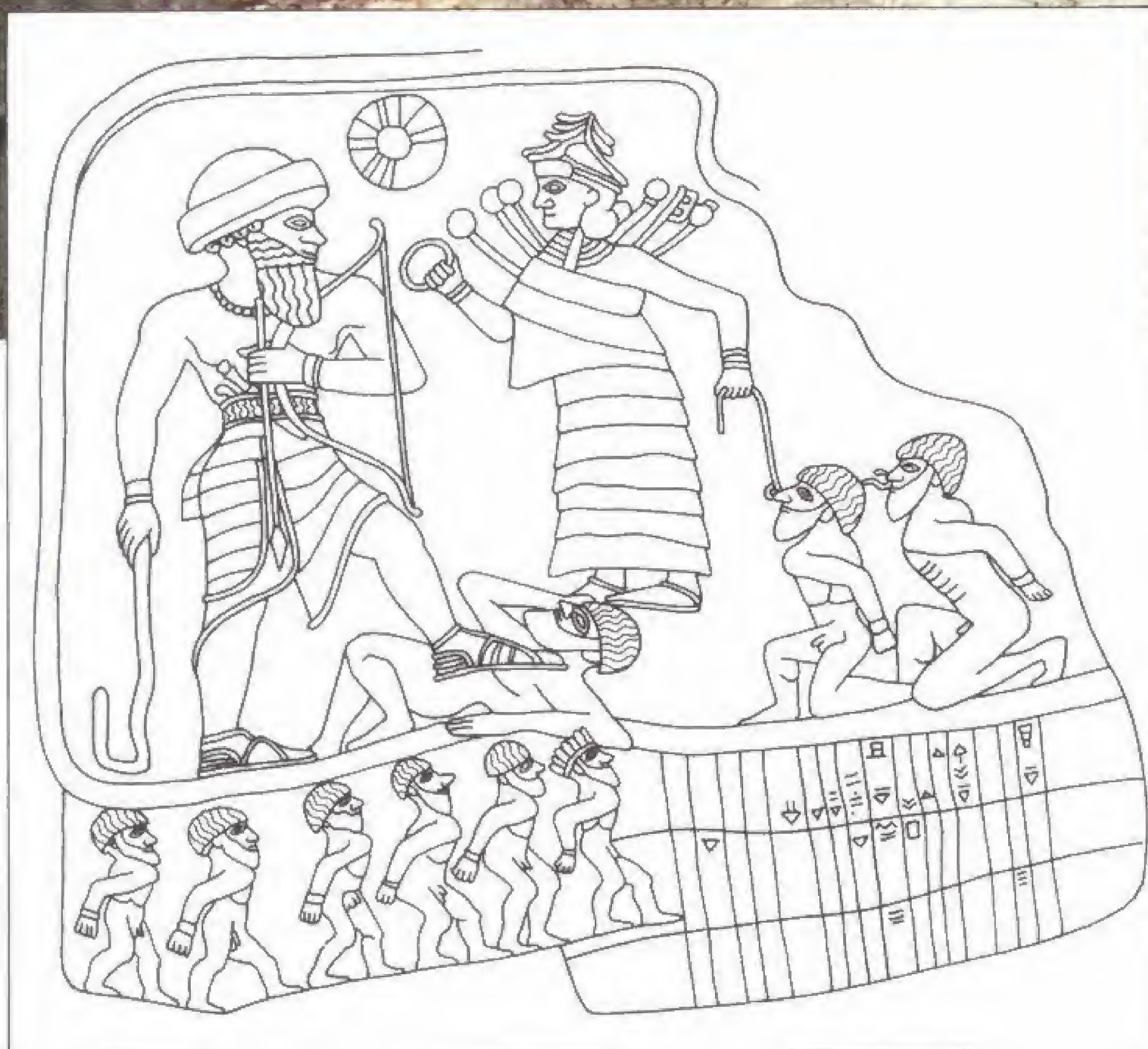
Por ello no es sorprendente que los retratos de Darío sigan el estilo de las obras encargadas por otros monarcas. Sin embargo, como Rey de Reyes, sus efigies eran más monumentales que las de cualquier otro monarca. No obstante y significativamente, mientras nunca permitió que sus vasallos tuviesen de él una imagen que no fuese la del todopoderoso, en todas las representaciones que le muestran junto a su dios, la deidad siempre tiene preferencia.

El primer retrato real de Darío cuando contaba solamente 29 años de edad fue esculpido en Behistun. La poblada barba, la espesa melena y los rizos alisados sobre la frente son elementos estilísticos basados en los homenajes de los soberanos asirios, cuyos reinados precedieron al de Darío.



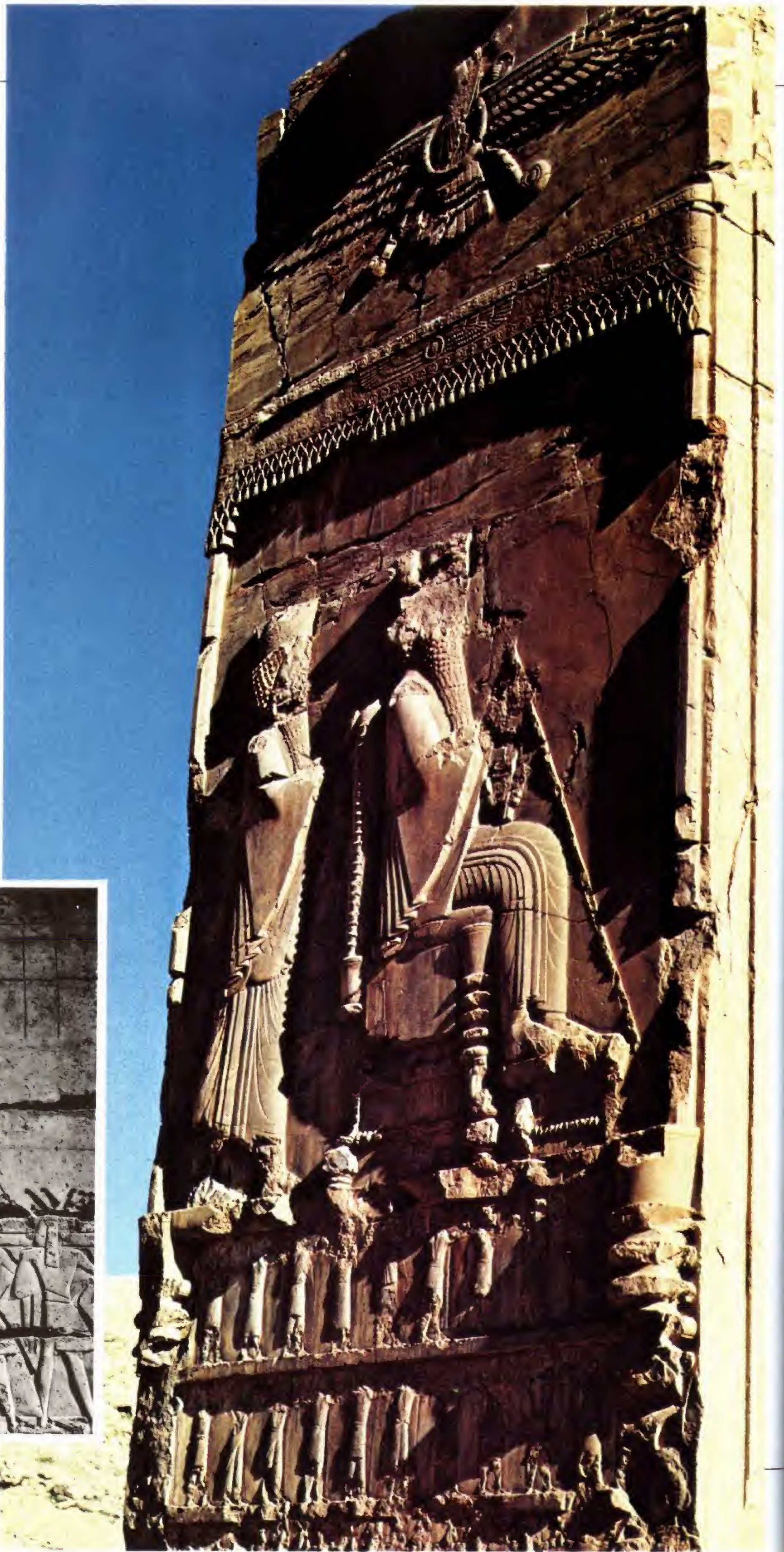
Assurbanipal (abajo), rey asirio del siglo -VII, conmemora su propia osadía en un relieve que le presenta peleando con un furioso león. La escena, de 58 cm de altura, decoraba un muro del palacio. Otros gobernantes del Próximo Oriente usaron el mismo motivo para dar fe de sus hazañas; sin embargo, cuando Darío lo adoptó para adornar el quicio de una puerta de 4,2 m de altura, en Persépolis (derecha), lo exageró hasta el extremo, combinando en su adversario una cabeza de león, garras y alas de águila y una mortal cola de escorpión.





Para conmemorar la subida de Darío al poder, se esculpió este relieve de 12 m de largo en Behistun (arriba) el año 521 a. de C., segundo de su reinado. Ante la mirada de los cabecillas rebeldes capturados, el pie del rey reposa sobre el cuerpo de Gaumata, el pretendiente derrotado. La composición se inspiró sin duda en una escultura rupestre persa del siglo XXI a. de C., que mide 1,5 m de ancho (dibujo), encontrada en Sar-i-Pul, cerca de Behistum, en la cual el caudillo aparece en una pose similar, con un enemigo a sus pies.

En un relieve del salón del trono en Persépolis, Darío aparece sentado en un trono sostenido por figuras que simbolizan los 28 pueblos sometidos. Significativamente, el rey coloca la imagen alada de su dios Ahuramazda sobre su cabeza. Esto, sin embargo, indica que relieves como el del siglo XII antes de nuestra era, del faraón Ramsés III, ilustrado debajo, captaron la atención de Darío durante su campaña en Egipto, y le sirvieron de modelo para su propio monumento. Pero el faraón, creyéndose él mismo divino, es llevado por sus príncipes y se ha representado a sí mismo como un auténtico dios.



rebeldes en un año queda explicada si se tienen en cuenta ciertas excentricidades muy reales en la forma como los escribas de aquellas épocas registraban las fechas. Teniendo en cuenta tales cálculos, la afirmación hecha por Darío de que había logrado tantos éxitos en "un año" puede interpretarse como referida a un período de tiempo aproximadamente de dos años. Es razonable suponer que las rebeliones podían haber quedado sofocadas en este tiempo.

Sin tener en cuenta si el lector de las inscripciones de Behistun cree o no en la insistencia de su real autor, todas las autoridades académicas concuerdan en que entre los años 522 y 521 antes de nuestra era, el Imperio persa se vio sacudido por violentos conflictos que amenazaron con derrocarlo. En aquella época las provincias persas conquistadas aprovecharon la incertidumbre reinante para recuperar su propia soberanía. Poco después de la subida de Darío al poder, se reconoció como rey en Babilonia a un hombre que se denominaba a sí mismo Nabucodonosor III, hijo de Nabonido. Casi simultáneamente, en Susa un nuevo rey de Elam declaró su ascensión al trono.

A los tres meses Darío había ejecutado a ambos rebeldes, aunque mientras se hallaba dirigiendo personalmente la campaña de Babilonia, estallaron nuevas insurrecciones en Persia, Elam, Media, Asiria, Partia, Margiana, Sactagydia, así como entre los nómadas de la frontera oriental. Sin embargo, Darío no desfalleció. Se desplazaba de provincia en provincia y despachaba ejércitos para ayudar a los gobernadores regios, a la vez que astutamente enviaba a los medos para subyugar a los persas rebeldes y a los persas para atacar a los medos.

Darío se comportó de forma implacable con los rebeldes, a los que hizo desollar y empalar en público. Sin embargo, a fines del año 521 antes de nuestra era —después de la derrota de otro rey babilónico llamado Nabucodonosor y un tercer rey elamita en

Susa— Darío había conseguido sofocar las rebeliones, de modo que el Imperio continuaba unido.

A partir de aquel momento, Darío fue reconocido rey de un territorio que comprendía casi cuatro millones de kilómetros cuadrados. Aparte de si sus credenciales eran válidas o sus pretensiones justas, Darío era el hombre apropiado para aquella tarea y él lo sabía, aunque disfrazaba la confianza en sí mismo en términos aparentemente religiosos: "Ahuramazda, al ver la conmoción promovida en esta tierra, me la confió haciéndome rey."

Afortunadamente para él y para el Imperio, el carisma de Darío como dirigente pertenece a la misma clase que el de Ciro. Durante la campaña egipcia dirigida por Cambises, Darío había actuado como comandante de un cuerpo escogido del ejército denominado de los Diez Mil Inmortales, puesto que cuando algunos hombres morían o quedaban imposibilitados eran sustituidos inmediatamente, de forma que el número de dicho cuerpo nunca bajaba de diez mil. Estas tropas siguieron a Darío ciegamente durante el período de las rebeliones. En comparación con la mayor parte de los reyes antiguos, que como interesados bravucones se jactaban de sus poderes sobrehumanos y hazañas gloriosas representándolas en las fachadas de los edificios públicos y en estatuas de ellos mismos, Darío era un hombre relativamente modesto. Las cualidades de las que se vanagloriaba eran simples: "Soy amigo del bien y enemigo del mal. No tengo un temperamento agitado y cuando me enfado mantengo firmemente el control gracias a mi poder de concentración. Soy un buen luchador."

La sencillez del carácter de Darío queda claramente reflejada en los pasos que tomó después de acabar las sanguinarias luchas, ya que al tiempo que consolidaba el orden dedicándose a la administración de sus enormes dominios, concedió a sus enemigos derrotados una moratoria de tres años respecto a las obligaciones del servicio militar y una remisión de

impuestos de tres años. Sin embargo, tuvo cuidado de equilibrar tales medidas conciliatorias con un convincente aspecto de firmeza, ya que al menor signo de debilidad los gobernadores provinciales con toda seguridad hubiesen intentado de nuevo la independencia. Luego, siempre que las condiciones lo permitieron, Darío planificó la extensión del Imperio.

En esta empresa, Darío demostró comportarse como el descendiente espiritual de Ciro. Sin embargo, contrariamente a éste, Darío parece haber estado más preocupado por objetivos políticos y económicos que militares, aunque algunos detalles de la campaña que nos han legado las historias griegas son corroborados por las propias inscripciones de Darío en Behistun. Aproximadamente durante los siete años transcurridos después de 521 antes de nuestra era, condujo a su ejército de nuevo a las puertas de la India, donde un cuarto de siglo antes Ciro se había contentado con fijar los límites orientales de su Imperio. Sin embargo, Darío deseaba la totalidad de la India occidental hasta llegar al río Indo y lo consiguió. La nueva provincia, Hindush, donde los arroyos bajaban repletos de arenas de oro, se convirtió en la fuente de riqueza más importante del Imperio.

La siguiente campaña emprendida por Darío se caracterizó también por motivos económicos de largo alcance, ya que implicaba la disminución del poder del estado griego como rival en el comercio mediterráneo. Según el estilo propio de Darío, se dedicó a planificar aquella conquista a escala monumental, reuniendo para ello centenares de ingenieros y constructores de barcos, así como un enorme ejército. Según Herodoto, las fuerzas terrestres de Darío totalizaban 700.000 hombres, aunque los historiadores modernos tienden a descartar este dato; un cálculo indica que probablemente el número se aproxima más a los 70.000. En el año 513 antes de nuestra era se completó el trabajo con un puente flotante que unía las

dos costas del estrecho del Bósforo, cerca de la moderna ciudad de Estambul. A continuación Darío dio la orden de avance, iniciándose así la primera invasión militar de Europa organizada por asiáticos.

El objetivo inmediato de esta masiva expedición, que incluía de 300 a 600 navíos, además de infantería y caballería, radicaba en la sumisión de los guerreros getai de Tracia y de los nómadas escintios que habitaban la zona comprendida entre los ríos Danubio y Don. Con esta empresa, Darío esperaba cortar el tráfico de suministro de grano y madera para la construcción de navíos que tenía su origen en el interior de los Balcanes y que era esencial para la prosperidad de la Grecia europea.

Darío avanzó a través de Tracia con poca resistencia. Habiendo alcanzado un lugar adecuado sobre el Danubio, el ejército imperial cruzó con otro puente de barcasas y deambuló sin rumbo por las estepas durante dos meses, sin lograr atraer a los escintios a una batalla decisiva y sin poder encontrar provisiones, ya que los escintios prendían fuego a sus propios campos y graneros en su retirada. Herodoto cuenta que los persas llegaron a tal estado de desesperación que abandonaron a sus enfermos y heridos antes de emprender el regreso al puente del Danubio, donde llegaron justo a tiempo ya que los aliados de Jonia, habiendo perdido la esperanza del éxito de la expedición, estaban a punto de retirar sus barcos.

Darío regresó a sus dominios, pero dejó tras de sí un ejército que completó la conquista de Tracia y de Macedonia. Ya Rey de Reyes, emperador de Asia y de Africa, podía considerarse una importante fuerza en Europa. Con ello había conseguido cumplir su sueño rescatando el Imperio de la desintegración y elevándolo al dominio del mundo civilizado. Sin embargo, su verdadero genio, sin igual en aquel tiempo, residió en su capacidad de gobernar la enorme máquina imperial que había erigido.

Tributo de varias naciones

“Yo soy Jerjes, el Gran Rey... Rey de naciones que contienen toda clase de hombres, Rey en esta tierra grande y ancha.” Esta arrebatadora afirmación que el monarca persa hizo grabar en dos de las escalinatas de su monumental apadana, o sala de audiencias, en Persépolis, no puede considerarse una huera jactancia. La afirmación recibe testimonio de los grabados hallados sobre las fachadas de piedra de las escalinatas, los cuales muestran las profesiones de los representantes que se acercan a rendir tributo al rey y que proceden de más de treinta satrapías persas y naciones asociadas, cuya extensión cubría la mayor parte del mundo conocido en el tiempo de Jerjes.

A veces —como en los relieves que aparecen en estas páginas, los cuadros registran el festival de Año Nuevo en primavera— los emisarios llegaban con regalos de tela y utensilios que dejaban a los pies del soberano. No se dispone de datos respecto al tipo de tela y metales utilizados, aunque los entendidos tratan de establecer la nacionalidad de los personajes no identificados mediante el examen de los grabados hallados sobre las tumbas reales persas, inscritos con leyendas que marcan los orígenes regionales. De cualquier modo, estos delegados proporcionan con sus desfiles una muestra en piedra de la indumentaria, artes y oficios antiguos.

Un medo llevando un jarrón forma parte de la comitiva que encabeza la procesión en la escalinata de Persépolis. Dado que los medos eran los favoritos del rey, tenían el honor de encabezar la comitiva de portadores de regalos.



Pueblos cautivos del núcleo del Imperio



Un diputado de la región de Elam, localizada al sudoeste del Irán, sostiene un cachorro de león, un adecuado regalo para el poderoso monarca del mundo antiguo. Al igual que los babilonios y los asirios (derecha), los elamitas fueron una nación central en el contexto del Imperio persa, y tan poderosos que recordaban sus propias conquistas.





Representantes de Babilonia —una de las satrapías más fértiles y distinguidas por su ganado— incluyen entre sus regalos un preciado buey, trozos de tela (probablemente lana) y cuencos para banquetes. Como señal de dominio amistoso, el persa designado para acompañar a los emisarios a la sala de audiencias sujetaba de la mano al líder babilonio.

En representación de su antes poderosa nación, ahora conquistada y empobrecida, los asirios ofrecían regalos tan simples como pieles de animales y un par de cabras escogidas de sus rebaños. En otro tiempo temidos en todo el Próximo Oriente, los belicosos asirios habían gobernado un imperio que se extendía desde el golfo Pérsico hasta el Valle del Nilo.



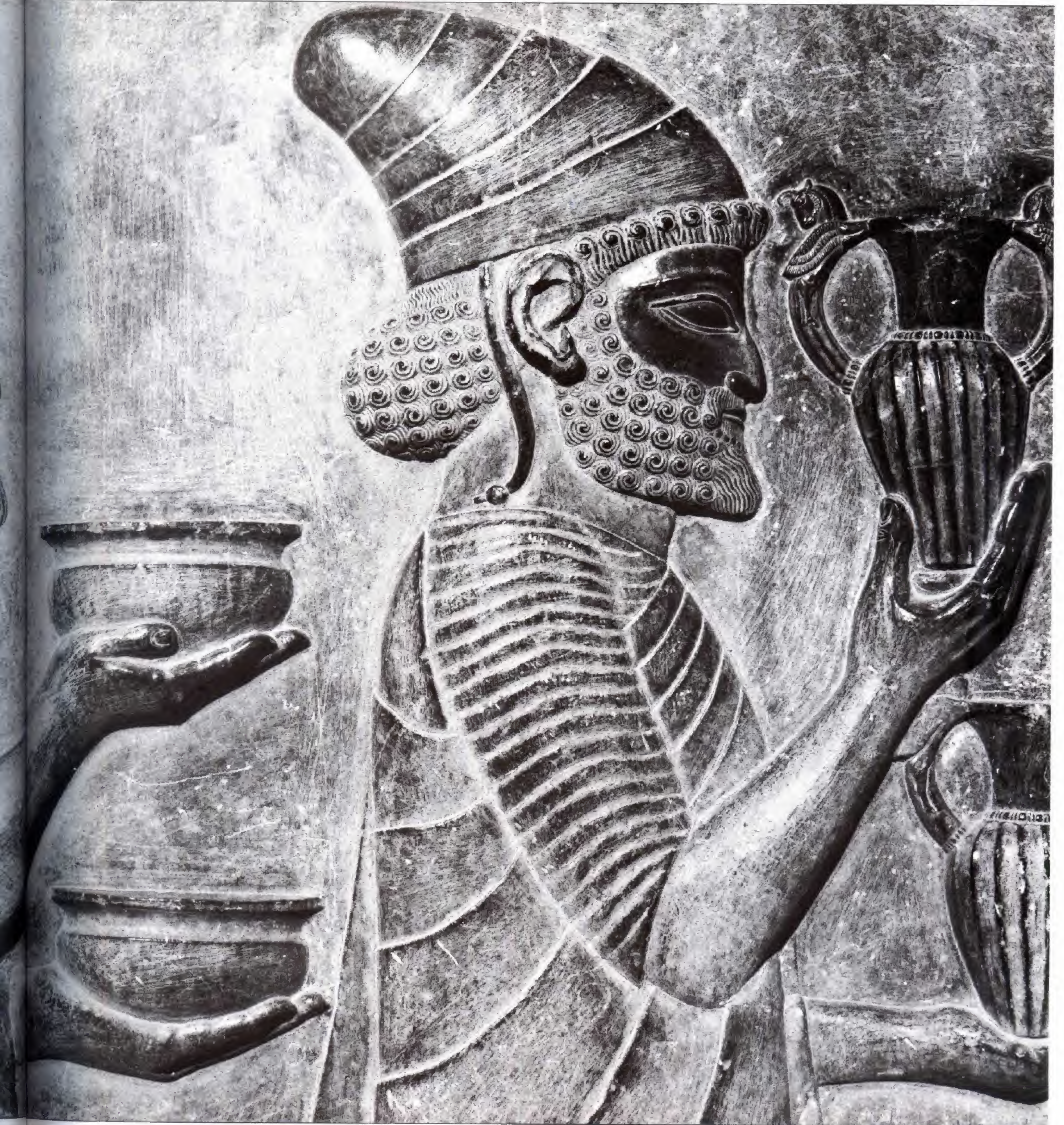
Ricos mercaderes de Anatolia



Los jonios, cuyos florecientes centros comerciales de la costa oeste de Asia Menor producían delicadas obras en metal y telas, pagaban su tributo con lo que parecen ser colmenas, piezas de tela —tal vez lino— y platos de oro. La población de Jonia, fundada por los colonizadores griegos hacia el año 1000 antes de nuestra era, fue conquistada por sus vecinos los lidios (derecha), y pasó luego al dominio persa después de la derrota de éstos ante Ciro el Grande.

Lo que distingue a estos hombres como lidios son los rizos de sus cabellos. Entre los pueblos más influyentes del dominio persa, los lidios deben su opulencia al comercio y las riquezas de sus minas de oro. Las vasijas que regalaban al rey eran muy probablemente de oro lidio. Los delicados jarrones adornados con figuras de animales en cada asa fueron especialmente apreciados por los aqueménidas.





Los ganaderos del norte



Un camello bactriano domina el friso dedicado a los pueblos sometidos de la parte este del Mar Caspio. No se sabe con seguridad si las figuras son de bactrianos —una suposición apoyada por el camello— o de sus vecinos los partos, que eran principalmente criadores de caballos, pero cuyos vestidos quedaban identificados por las arrugas de sus pantalones.



En esta representación de dos escitas —experto jinete y herrero—, uno lleva brazaletes de metal y una espada. El llevar armas en presencia real fue un privilegio otorgado a unos pocos súbditos, lo que sugiere que estos nómadas procedentes del norte del Mar Negro fueron con toda probabilidad aliados de los persas más que vasallos.



Este soberbio semental fue un regalo real de los armenios, pueblo de la fría y alta región al oeste del Mar Caspio y envidiados por sus briosos caballos —algunos de los cuales eran criados especialmente para los soberanos persas—. El jarrón, cuyas asas están adornadas con grifos alados, es un ejemplo del trabajo en metal que hizo famosos a los armenios.

Opulentos regalos de africanos e indios



Un portador africano de tributos, descalzo, lleva un colmillo de elefante y conduce un okapi —regalos exóticos de las regiones del sur del Imperio—. Quizá era un kushita, de la región que actualmente es el Sudán. Algunos kushitas quedaron bajo dominio persa con la conquista de Egipto.

Oro en polvo del Valle del Indo, en el límite este del poder aqueménida, llenaba probablemente las vasijas que un indio sostiene en un yugo, en el extremo derecho de la foto. Restos del oro que aquellos súbditos obtenían de sus ríos se encuentran todavía en el Ganges y en algunos tributarios del Indo —especialmente el Sutlej—.





Capítulo segundo: Un genial organizador



El aparato administrativo construido por los primeros reyes de Persia, particularmente por Darío, era una maravilla de funcionalidad. De hecho, los éxitos generales de los persas en la operación de su enorme empresa política pueden considerarse tan sólidos que sus resultados constituyen casi un libro de texto sobre verificación de imperios, a la vez que ofrecen soluciones, desarrolladas por expertos, para la mayoría de los problemas del estado imperial.

El Imperio derivaba su energía fundamental de la autoridad del propio rey. Dicha autoridad, aunque puesta en peligro varias veces por la rebelión de algunos súbditos, por los propios métodos fortuitos de sucesión o las intrigas entre los miembros de la corte, fue cuidadosamente mantenida bajo el divino patrocinio del dios supremo Ahuramazda, a la vez que él descansaba en un inmutable cuerpo de leyes basado en precedentes y —en último término— en la palabra indiscutible del rey.

La autoridad real se ejercía a través de un complejo sistema de gobierno: una burocracia dirigida por los nobles persas; un cuerpo de escribas que mantenían los registros; un tesoro que recaudaba los ingresos y se encargaba de los gastos, particularmente para programas de edificación patrocinados por el estado, así como una buena red de comunicaciones. Finalmente, los persas recogieron los frutos del Imperio procedentes de alejadas satrapías y colonias conquistadas mediante una buena organización naval y militar móvil y bien entrenada.

Entre los atributos más notables de esta estructura de gobierno hay que destacar la habilidad de los

aqueménidas para organizarla con relativa prontitud en su historia. Cuando los persas ascendieron al poder, a mitad del siglo VI antes de nuestra era, contaban con una gran ventaja, pues no necesitaron invertir ningún tiempo en el diseño del aparato básico de su administración imperial, ni incluso necesitaron preocuparse de crear gran parte de sus organizaciones externas, ya que heredaron dichas instituciones, de forma más o menos rudimentaria, de los diversos imperios del Próximo Oriente (*páginas 29-32*), mientras que, por otro lado, adquirieron gran parte de los conceptos fundamentales de sus parientes y antiguos amos, los medos. Sin embargo, cualquiera que fuera su origen, las antiguas modalidades demostraron una notable adaptación a las propias necesidades de los persas, aunque el sistema aqueménida era de mayor envergadura.

Indudablemente este proceso de asimilación e implantación se realizó gradualmente y hasta el reinado de Darío este mecanismo imperial no empezó a adquirir una importancia decisiva. Ciro, por ejemplo, hizo poco por el desarrollo de las específicas instituciones administrativas que más tarde habían de sostener el nuevo Imperio y por las que sería recordado. Su único avance en esta dirección fue la creación de la oficina real para el gobierno de las diferentes tribus persas. En general, su concepto de reinado era modesto en comparación con el tipo de supremacía que Darío y sus sucesores deseaban.

De hecho, la noción de reino como un todo era algo relativamente nuevo para los persas, ya que a la generación de Ciro le separaban sólo unos 100 años desde la época de sus antecesores de tribu entre los que no existía la realeza. Aquellos primeros persas, organizados en diez o más tribus, probablemente elegían a sus gobernantes, o, por lo menos, los designaban por aclamación. En generaciones posteriores se hizo costumbre entre los persas nómadas que los hijos y nietos de hombres populares les su-

Este vaso para beber, de oro, adornó probablemente la mesa del rey persa en el siglo V antes de nuestra era. El monstruo aleonado que forma el asa representa el espíritu que protege el contenido del vaso y al rey que lo usa. Pero para proteger del veneno al monarca, un vasallo probaba la bebida antes que el soberano acercara el vaso a sus labios.

cediesen, lo cual dio lugar a la aparición de un clan dominante en cada tribu —aunque el derecho de la tribu a rechazar tales herencias permanecía nominalmente intacto—. En la época de Ciro, el principio de una clase dirigente se hallaba ya fuertemente anclado, pero se necesitó un hombre de la energía y el carisma de Ciro para convencer a varios dirigentes de otras tribus a que se unieran con él. Ciro se ganó esta solidaridad por su diplomacia, pues gobernaba sobre los príncipes no como un monarca absolutista sino como “el primero entre iguales”, o sea, como jefe de un consejo real que regía una confederación de tribus. Más tarde, cuando el Imperio persa adquirió visos de realidad, Ciro lo mantuvo unido mediante políticas de justicia y tacto que contribuyeron a complementar su poder militar.

Cambises, hijo de Ciro, señalado por su poca habilidad para el gobierno, toleró la casi degradación del Imperio recién formado durante su breve reinado de ocho años; ello se debió precisamente a que la casa Aqueménida no llevaba unido todavía ningún derecho importante de realeza, razón por la cual surgieron pronto otros pretendientes que intentaron atraerse a los seguidores rivales. Darío, en su calidad de primo segundo, contaba probablemente con la reivindicación legal más fuerte al trono; no obstante, antes de poder restaurar la monarquía de la familia Aqueménida, tenía que desplazar a un pretendiente legal.

Incluso entonces, al no quedar estabilizada la sucesión, el problema se presentó de nuevo hacia el final de los 36 años del reinado de Darío. Tal como Herodoto describió la situación, el tema resurgió a causa de las preparaciones de Darío para una expedición militar. Era costumbre que el rey designase su heredero antes de partir para una batalla, ante la posible pérdida de su vida. Sin embargo, la ley de sucesión no había sido redactada por escrito y era ambigua. Darío se había desposado antes de su su-

bida al trono, y de nuevo, otra vez, siendo ya rey, y habiendo tenido hijos de cada mujer. Los hijos mayores de cada matrimonio —Artabazanes, el mayor, y Jerjes, el más joven— disputaron acaloradamente sus reivindicaciones ante el rey. Mientras Darío se hallaba considerando este problema, el desterrado rey de Esparta llegó a la capital persa y, viendo la oportunidad de ganar un aliado útil mediante su intervención en la disputa, visitó a Jerjes y le dio algunos consejos.

El rey espartano sugirió al joven que recordase a su padre que puesto que Darío ya regía Persia en el momento del nacimiento de Jerjes, éste podía considerarse un príncipe real por nacimiento, y por lo tanto heredero natural del trono —contrariamente a lo que sucedía en el caso de Artabazanes, que había nacido antes de que su padre disfrutase de cargo público alguno. Jerjes, encantado de la sugerencia del espartano, volvió a presentar su caso una vez más ante su padre.

Darío, comprendiendo la lógica que encerraba la designación de un hijo nacido bajo la protección especial de la corona, proclamó a Jerjes su heredero. De momento, la crisis había quedado solucionada; sin embargo, el hecho de que temas tan importantes del estado pudieran quedar bajo la influencia de este tipo de invenciones acabaría convirtiéndose en un perpetuo problema de debilidad del sistema.

Sin embargo, en todos los demás aspectos, Darío contribuyó a reforzar su régimen, convirtiendo su cargo en la máxima autoridad en todo el Imperio y su personaje real en el símbolo de unidad imperial. Dicha imagen quedó reforzada por el esplendor y confort en que el rey y su familia vivían.

La casa real incluía muchos servidores personales, muchas veces de alta alcurnia, y aunque la mayoría procedían de familias persas o medas, algunos extranjeros hallaron también lugar en el favor regio. (Nehemías, el judío descrito en el libro homónimo

del Antiguo Testamento, sirvió algún tiempo de escanciadore del sucesor de Jerjes, el rey Artajerjes; en dicho papel Nehemías estaba específicamente encargado de probar todo lo que el rey bebiese para asegurar que estaba libre de veneno; en la práctica el escanciadore actuaba también como una especie de secretario privado.)

Los privilegios del rey incluían un harén real, que formaba una comunidad importante e incluía a las mismas esposas del rey. Darío tuvo cuatro, y los demás monarcas probablemente muchas más —y sus concubinas, seleccionadas de entre las mujeres más atractivas del reino—. Posiblemente habitaban también en la casa real la reina madre, las hermanas no casadas del rey, una multitud de descendientes reales entre los que se incluía el príncipe heredero, y un contingente de eunucos. Según costumbre de aquella época, los servidores del harén seleccionados entre los pueblos persas, eran castrados antes de ser colocados en lugares de responsabilidad personal para la familia real. En años posteriores el harén fue adquiriendo progresivamente una peligrosa influencia política, transformándose en un centro de conspiraciones e intrigas, aunque todavía no constituía una fuente de problemas durante la era de Darío.

El mantenimiento de la autoridad real implicaba un alto grado ceremonial incluso en la conducta de los asuntos diarios; siempre se procuraba guardar rígidamente el protocolo. El libro bíblico de Ester, que proporciona detalles interesantes sobre la vida de la corte persa, dice que los vasallos pasaban ante la presencia del rey sólo por invitación explícita. Quienquiera que fuese tan irresponsable que llegara a transgredir esta regla se enfrentaba a “la única ley: la persona será ajusticiada” —a menos que el rey, con un ademán de su cetro dorado, indicara el perdón—. De hecho, ciertos nobles de la corte quedaban exentos de esta dura regla, aunque se esperaba que se inclinassen y besasen sus propias manos al aproxi-

marse al rey. La gente del pueblo sólo en muy raras ocasiones podía llegar ante el rey, y aun entonces se prosternaban con el rostro pegado al suelo delante del trono, y esperaban que el soberano les indicara el momento de ponerse de pie.

Un aspecto importante de este protocolo descansaba en la suposición del origen divino del poder real. Los monarcas persas adoptaron probablemente este concepto de los primeros reyes mesopotámicos, quienes creían que sus reinos estaban apoyados por dioses protectores. Los reyes aqueménidas, a partir del tiempo de Darío en adelante, reivindicaron los mismos derechos divinos, afirmando que eran los elegidos de Ahuramazda, el supremo dios de los persas. De forma característica, los primeros aqueménidas hicieron un astuto uso político de este derecho al negociar con los pueblos conquistados, pues atribuían la sanción divina de su gobierno a la autoridad de Marduk, o del dios egipcio Ra, o de cualquier otra divinidad local que pudiese ser adorada por la plebe conquistada, honrando adecuadamente al dios seleccionado.

Esta supuesta delegación de poder divino al rey constituía el meollo moral de la prerrogativa real absoluta de hacer y administrar la ley. Sin embargo, el dirigente quedaba ligado por la tradición, que le obligaba a consultar con sus altos oficiales y con otros nobles antes de llegar a decisiones cruciales. Por ejemplo, los jueces de la corte denominados guardianes de la ley, debían aconsejar al monarca en la aplicación de una ley general a una situación particular, aunque sus decisiones no eran siempre escuchadas. Los jueces no eran propensos a distorsionar la ley, pero a la vez se mostraban igualmente incapaces de adoptar una decisión desagradable para el rey, y en algunos casos, cuando se veían constreñidos por una justificación que no podía ajustarse estrictamente a la letra de la ley, emitían un veredicto ambiguo dejando que el soberano lo interpretase.



que deducir las características de la ley persa, partiendo de una diversidad de orígenes no legales, entre los que se incluyen los últimos libros del Antiguo Testamento, que describen la época en la que la tierra prometida se hallaba bajo el dominio persa y en los que repetidamente se hace referencia a la ley “de los medos y los persas”. En persecución de esta tarea analítica, los expertos han acabado convenciéndose de que los persas no contribuyeron a avanzar la filosofía básica de la ley, sino que más bien la extendieron, y desarrollaron la aplicación de los conceptos legales existentes en el mundo del Próximo Oriente —los cuales en general practicaron en forma imparcial y eficaz—.

Los códigos legales del Próximo Oriente quedaron registrados por primera vez unos 1.000 años antes del nacimiento de la propia escritura. Al ordenar su

compilación, los primeros gobernantes intentaban sistematizar las costumbres generales existentes en el enclave moral de su sociedad. De esta forma todo problema legal era decidido sobre la base de un sólido precedente, más que sobre una teoría. La actual codificación de las leyes se efectuó ordenando el sistema de precedentes de forma lógica, y constituyó un avance significativo sobre los sistemas legales de los tiempos preliterarios, ya que al estar escrito sobre piedra, en tabletas o sobre otro material duradero, podía ser llevado a todas las partes de la comunidad, existiendo la razonable posibilidad de que fuese aplicada por un igual a todo el mundo.

Naturalmente, los eruditos han prestado gran atención a la influencia de este pensamiento legal de la época preaqueménida sobre la ley imperial persa. Estudiando fragmentos de un código compilado por

Pompa y protocolo de la corte real

Debido a que la sociedad persa respetaba en alto grado la institución de la monarquía, las funciones públicas del rey se realizaban con gran pompa y formalidad. Esta actitud aparece claramente en el relieve de la izquierda, una rara escultura aqueménida que recoge el ceremonial conforme al cual el monarca ejercía las tareas propias de su cargo.

El grabado, hallado en la tesorería de Persépolis, corresponde por su tamaño a un panel situado en la fachada de la sala de audiencias, donde los delegados de las naciones sometidas ofrecen obsequios al Gran Rey (páginas 35-43). Por ello, los arqueólogos afirman que esta escena fue revisada originalmente para la apadana e interpretan la figura que se aproxima al trono como el jefe de protocolo, que conversa con su majestad sobre la llegada de los portadores de tributos. De modo significativo, tanto el monarca como el príncipe heredero aparecen de mayor tamaño que los demás personajes, y, además, una plataforma baja los eleva todavía más por encima de los otros.

El monarca entronizado, probablemente Darío el Grande, y su presunto heredero reciben en audiencia a un cortesano oficial que se lleva la mano a los labios en señal de reverencia. Detrás de los dos personajes reales, ambos con corona y largas y cuadradas barbas como signo de realeza, hay tres sirvientes de pie con sendos bártulos en sus manos.

En una historia que Herodoto cuenta sobre Cambises puede verse cómo funcionaba en la práctica este sistema. Deseoso de casarse con su hermana, Cambises consultó con los guardianes de la ley si ello estaba permitido. Los jueces creían que no lo estaba, pero tampoco querían caer bajo la notoria ira de Cambises dándole una respuesta que sabían de antemano que él no deseaba escuchar. Por lo tanto, respondieron que mientras no pudiesen hallar una ley que permitiese al rey desposarse con su hermana, creían con toda seguridad que existía otra ley que decía que un rey persa tenía el derecho de hacer lo que más le convenía. Con ello, tanto el emperador como sus súbditos quedaron satisfechos.

Aunque la ley pudiera ser más flexible al ser aplicada a quienes ocupaban el trono, por lo demás era inmutable e irrevocable. Los propios reyes apoyaban

un fuerte y respetado mecanismo legal, ya que —igual que el comercio se basa en la confianza entre el comprador y el vendedor— la ley constituía algo esencial para el comercio de los persas y para su agricultura a gran escala. Los aqueménidas, y en particular Darío, se distinguieron por su devoción al sistema.

Tanto los persas como los extranjeros dieron a Darío el nombre de Legislador, título que le agradaba. “Mi ley la temen”, dice la inscripción que seleccionó para su tumba, “de modo que el fuerte no destruye al débil.” Aunque este fragmento proporciona una idea de la dedicación de Darío a la función abstracta de la ley, y a pesar de las frecuentes referencias en sus propias crónicas y otros orígenes descritos en relación con los estatutos específicos, no se ha descubierto nunca ningún código real. Carentes de esta evidencia, los eruditos modernos han tenido

Un persa (centro) y dos medos —probablemente altos oficiales en la burocracia imperial— esperan la recepción real. El relieve, encontrado en la sala de audiencia de Jerjes en Persépolis, fue interpretado por el artista con un aire de informalidad y sentido de comunicación humana muy poco corriente en el arte aqueménida; el persa da la mano a un medo, mientras conversa con el otro.



Hammurabi para el pueblo de Babilonia alrededor del año 1800 antes de nuestra era, los analistas han llegado a la conclusión de que dicho documento —en realidad un registro inscrito sobre una estela de diorita negra y conservado en Susa— representa una forma ancestral de las leyes que los persas diseminaron posteriormente en todo su Imperio.

Desde luego, el lenguaje de la ley persa parece haber sido tomado directamente de los babilónicos, ya que apenas asegurado su trono en el año 521 a. de C., ya emitía Darío juicios en frases que parecen haber sido copiadas literalmente de los antiguos libros de Hammurabi, redactados 1.300 años antes. Y por otro lado, Darío no sólo tomó mucho de prestado del rey legalista babilónico, sino que también se convirtió en un apasionado defensor, al igual que Hammurabi, de la firme imposición de la ley.

En una de las inscripciones de Darío puede leerse la siguiente declaración: "Mi carácter es el siguiente: Amo lo que es correcto y odio lo que está mal... odio al hombre que apoya la mentira... y a quienquiera que injuria, castigo según lo que ha injuriado... De aquel que habla contra la verdad, nunca confío en su palabra." Para los persas, que consideraban "la verdad" y la "mentira" como definiciones sagradas del bien y del mal, la ley se consideraba inalterable.

El libro de Ester relata que los consejeros del rey Jerjes le urgieron que desterrara a su reina, la cual había desobedecido sus órdenes, para evitar que "las grandes damas de Persia y Media que puedan haberse enterado del comportamiento de la reina" lleguen a imitar su independencia. Los consejeros del rey también recomendaron que la orden de proscripción "fuese inscrita en las leyes de los persas y los medos, de modo que nunca pudiese ser revocada". Jerjes siguió su consejo y dio la orden a todas las mujeres del Imperio de que "honrasen a sus maridos, tanto los de alta como los de baja estirpe por igual".

Otro famoso relato bíblico es el del profeta Da-

niel. Este en algún tiempo había desempeñado un importante cargo oficial en la provincia de Babilonia y era muy apreciado por Darío, aunque, a pesar de ello, fue echado a los leones como resultado de un juicio en su contra, bajo la "ley de los medos y los persas que perdura eternamente". Los enemigos de Daniel —gobernadores celosos de los favores que recibía de Darío— habían inducido al monarca a publicar un edicto prohibiendo que nadie elevase plegarias a ningún dios u hombre, excepto al propio rey durante 30 días, en la seguridad de que las convicciones religiosas de Daniel le obligarían a transgredir la ley. Como era de esperar, Daniel fue sorprendido orando, y cuando Darío, "muy apenado," intentó salvar a su favorito del castigo, los consejeros le recordaron que, "según la ley de los medos y los persas, ninguna ordenanza o decreto emitido por el rey puede ser alterado". Darío no se atrevió a contravenir esta afirmación, por lo que Daniel fue condenado. (Según el relato bíblico, la historia finalizó felizmente, pues el Dios de Daniel le envió ángeles que calmaron a los leones, y el condenado no recibió la más leve herida. Lleno de gozo, el rey hizo echar a los acusadores de Daniel a los leones en lugar de éste, y las fieras despedazaron a las víctimas.)

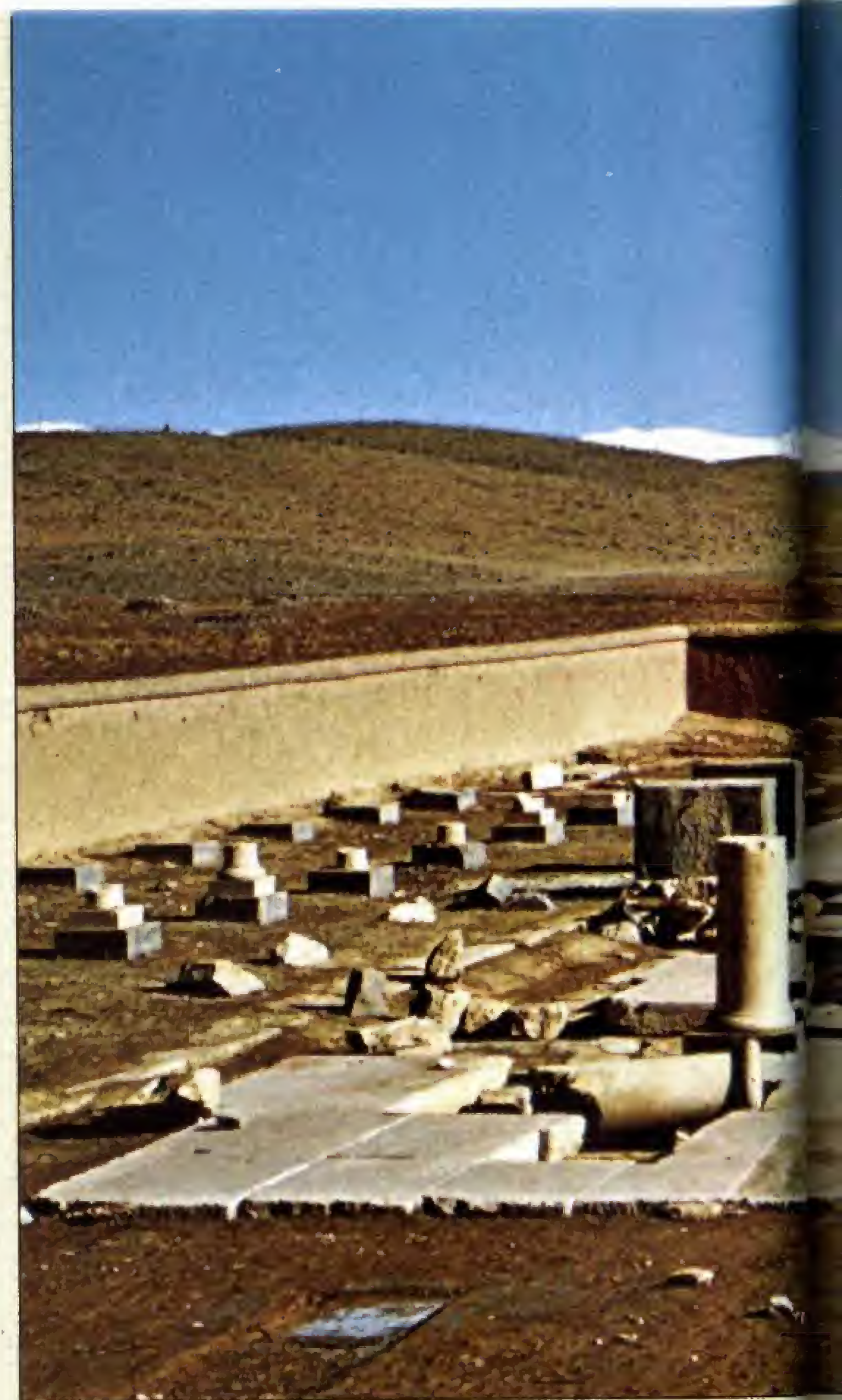
Aparte del rey y los letrados de su corte, la justicia persa se aplicaba a través de un sistema de tribunales, aunque se sabe muy poco sobre su funcionamiento. Es probable que existieran dos tribunales que funcionaran paralelamente en cada jurisdicción: uno atendería los casos derivados de problemas familiares, herencias y conflictos de propiedad y se valdría del derecho consuetudinario para sus juicios, mientras el otro se ocuparía de imponer e interpretar la ley del rey, que versaba sobre problemas estatales como impuestos y transgresiones cometidas contra el gobierno, sus oficiales y su propiedad.

Los jueces reales eran vitalicios o bien ejercían mientras no fueran destituidos por mal comporta-



◀ *Esta figura en piedra, de 1,8 m de alto —único espíritu guardián de cuatro alas— fue esculpida en el siglo VI antes de nuestra era, en el montante de una puerta de entrada en Pasargada durante el reinado de Ciro el Grande. Esta escultura constituye el bajorrelieve aqueménida de mayor antigüedad de los hallados hasta ahora intactos.*

Sostenida por 30 columnas erigidas sobre plataformas cuadradas de caliza, la sala central del palacio residencial de Ciro en Pasargada cubre un área de más de 630 m². La torre del fondo, enmarcada por los nevados montes Zagros, tenía alguna función religiosa. ▶



miento. Los duros castigos incluían comúnmente la mutilación, el empalamiento y la crucifixión, y no existían penas más graves que las que se imponían a los magistrados en desgracia. Sisamnes, juez real persa durante el reinado de Cambises, fue sorprendido aceptando dinero para decidir un caso, por lo que Cambises ordenó que se le arrancase la piel a tiras y que ésta fuese empleada para tapizar su propia silla de la sala del juzgado. Luego nombró al hijo de Sisamnes para ocupar el mismo cargo judicial, avisándole que recordase, al tomar una decisión, dónde se sentaba y por qué lo hacía.

Para poder transmitir a los jueces las nuevas leyes y regulaciones decretadas por la corte del rey, el soberano y sus consejeros contaban con toda seguridad con el servicio de uno o más escribas. Puesto que el conocimiento de las letras era muy poco frecuente en Persia, los escribas podían considerarse como una parte de los funcionarios de mayor importancia al servicio del rey. La lengua hablada con ma-

yor frecuencia en la corte real era el antiguo persa, aunque la lengua para las transcripciones, los negocios y la diplomacia era el arameo. Los escribas que tomaban dictados en la lengua del rey debían traducirlos al arameo a medida que escribían. Afortunadamente para ellos este lenguaje tenía un alfabeto de 22 letras y era muchísimo más fácil de escribir que la compleja escritura cuneiforme utilizada por los pueblos anteriores. Además, podía ser escrito en tinta sobre piel o papiro flexible, en lugar de tener que ser grabado sobre tabletas de arcilla, como requería el cuneiforme. Por ello los registros eran mucho más fáciles de transportar, almacenar y enviar incluso a largas distancias.

A pesar de que la lectura y la escritura no formaban parte de la preparación del príncipe para el trono, los reyes persas parecen haber sido buenos conocedores del valor de registrar adecuadamente los sucesos. El libro de Ester afirma que la ejecución de dos eunucos que amenazaron al rey Jerjes fue “registrada en las crónicas reales en presencia del rey”.



En un episodio posterior, el mismo relato bíblico explica que Jerjes sufrió una noche de insomnio, por lo que llamó a un escriba para que le leyese algunos datos. Levantado de la cama —o quizás había un secretario de servicio toda la noche—, el escriba leyó a Jerjes la crónica de los sucesos diarios, lo cual le recordó al rey que no había recompensado todavía a uno de sus vasallos que le había informado de una conspiración.

Otro ejemplo de la eficacia de los archivos demuestra que el rey persa podía vigilar los detalles del gobierno en un territorio distante conquistado. Durante el reinado de Darío, Tattenai, gobernador de la subsatrapía de Babilonia, que incluía Jerusalén, se enfureció al descubrir que los judíos se hallaban febrilmente ocupados en la reconstrucción de su templo, destruido 68 años antes por los babilonios. Tattenai sabía que él no había autorizado las obras, por lo que, según el libro de Esdras, acudió al lugar increpando a los mayores a que le informasen quién les había dado permiso para reconstruir el templo.

Los dirigentes judíos invocaron una proclamación que Ciro había emitido después de su conquista de Babilonia. El gobernador, dudando de su palabra, pero incapaz de rechazar su historia ante la posibilidad de que pudiese ser cierta, mandó inmediatamente una carta al rey Darío en la que le pedía que “se buscase en los archivos reales de Babilonia” para comprobar si los judíos habían respondido realmente la verdad.

Aunque no existía ningún registro del decreto de Ciro en los archivos babilónicos, una ulterior investigación descubrió una copia del decreto, que había sido archivado en otro almacén de archivos reales en Ecbatana. Una vez se le hubo leído el decreto de su predecesor, Darío ordenó a Tattenai que no sólo debía “mantenerse alejado del lugar” sino que incluso tenía que pagar el edificio “en su totalidad y de los fondos reales derivados de los impuestos”.

En el curso normal de los acontecimientos, un diálogo tan directo entre el rey y la cabeza de una pequeña unidad del Imperio habría sido infrecuente.

Los principales problemas de las operaciones diarias caían sobre una jerarquía de burócratas, dirigidos, a partir del reino de Darío en adelante, por un pequeño grupo de nobles persas.

Desde que una conspiración de nobles le había dado a Darío la corona, resultó axiomático que sin el soporte activo de la aristocracia sería difícil a cualquier rey aqueménida mantener su posición. Con el éxito de su carrera hacia el poder, el agradecido Darío había elevado a un *status* especial a los seis compañeros que le habían ayudado a matar a su rival Gaumata, y en las inscripciones de Behistun dejó como legado para la posteridad el bienestar de sus descendientes. Equiparados socialmente con los propios aqueménidas, estos nobles, junto con la línea real, se convirtieron en las Siete Familias, las casas más distinguidas de Persia y el círculo interno de la corte. Estas familias quedaron ligadas al trono por juramentos y lazos de sangre; tras su coronación, Darío tomó esposa solamente de este grupo, y puede que los reyes que le sucedieron hubiesen hecho lo mismo.

Inmediatamente por debajo de los miembros de las Siete Familias existía otra categoría especial de terratenientes hereditarios, entre ellos los oficiales militares de alto rango, los sacerdotes principales y los oficiales del gobierno —hombres que supervisaban el tesoro imperial, hacían cumplir la ley real, o realizaban otras políticas administrativas relacionadas con el comercio, la irrigación y la agricultura—.

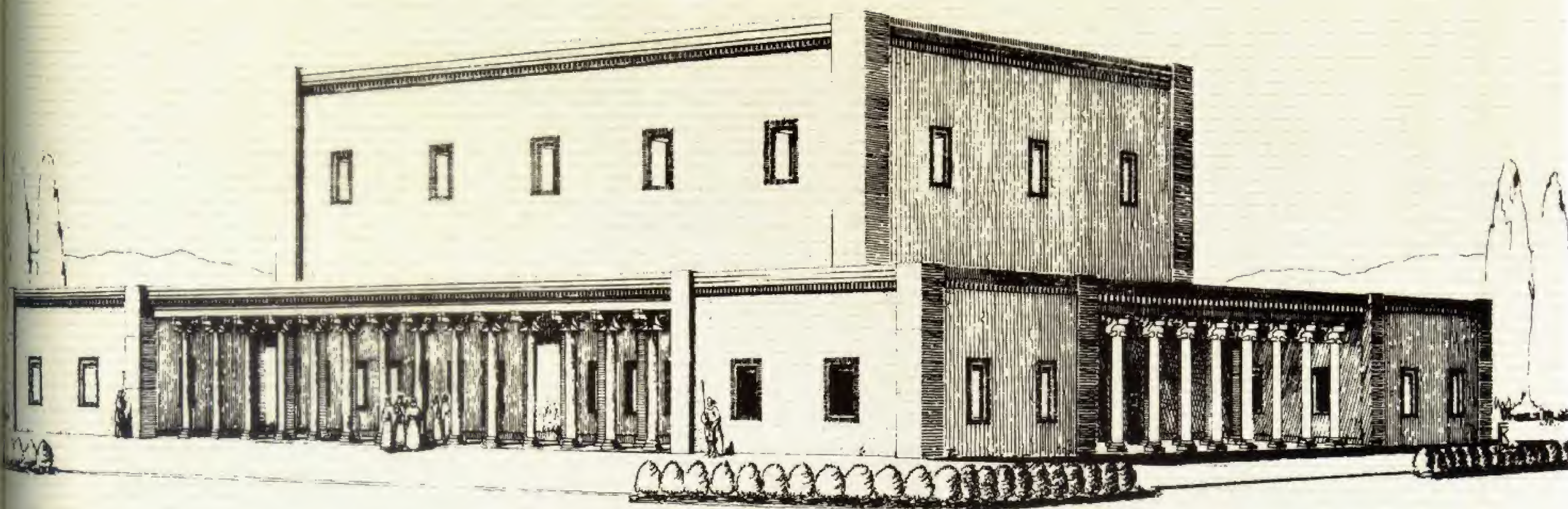
Los sátrapas, aunque raras veces formaban parte de la corte, eran tan importantes para el sistema como la aristocracia real, y la mayoría de ellos fueron seleccionados, durante y después del reinado de Darío, entre las filas de las Siete Familias como parte de un consciente programa de persianización de las provincias. Bajo el reinado de Darío, los persas incluso empezaron a aceptar una mayor proporción de puestos de menor categoría bajo los sátrapas. En

todo el Imperio, las colonias de persas, que ocupaban cancillerías provinciales o puestos de jueces, dirigían proyectos de edificaciones, recogían impuestos y dirigían guarniciones militares, resultaron tan eficaces como las comunidades de súbditos ingleses lo habían de ser, en el dilatado Imperio Británico, más de 2.000 años más tarde.

Los nobles persas que ocupaban los puestos superiores dentro y fuera de la corte se hallaban ligados al rey por un tipo de contrato feudal. Los beneficiarios de la magnanimidad real, en forma de tierras y otros regalos, estaban obligados a rendir una firme lealtad personal al soberano y a hacer el servicio militar como oficiales; también debían aportar tropas en número proporcionado a la cantidad de tierra que poseían. Aunque quedaban exentos de impuestos, que las personas no persas pagaban, y aunque durante los mejores tiempos el contrato representaba un alto honor y una posición lucrativa, a veces podía convertirse en un problema. Los hombres ligados de esta manera al rey eran identificados por el cinturón de cuero con que llevaban ceñido el cuerpo, y cualquier fallo en cumplir el contrato real significaba el corte de su cinturón y posiblemente la muerte.

Bajo este sistema, el rey se beneficiaba del hecho de que podía disponer de soldados en cualquier momento que los necesitara —fuerzas que él mismo no estaba obligado a mantener—. Asimismo, los ingresos necesarios para los gastos reales procedían de las capturas realizadas por dichos ejércitos en la guerra, así como de los impuestos —en monedas, metales preciosos, mercancías y trabajo— aplicados a millones de vasallos no persas bajo su dominio.

Una gran parte de los ingresos se dedicó a la construcción de una serie de grandes capitales reales —un notable esfuerzo de construcción proyectada a realizar la propia majestad real y la de su Imperio—. Antes de la caída del Imperio persa, había en él cinco capitales. Una de éstas, Pasargada, fue elegida por



La parte central del salón de audiencias de Ciro en Pasargada medía 11 m de alto; reconstruida en 1941 por el arquitecto y arqueólogo Friedrich Krefter, se hallaba rodeada por pórticos con columnas. Aunque los edificios reales de este lugar eran rectangulares los contruidos en Persépolis por Darío y sus sucesores eran cuadrados.

Ciro en celebración de su victoria crucial sobre los medos. La localización de Pasargada, en la natal provincia de Persia (modernamente Fars), centenares de kilómetros al este de los centros militares y económicos del Imperio, demostró pronto su inconveniencia para el desempeño diario de las transacciones comerciales del Imperio. Sin embargo, el lugar gozaba de prestigio como templo nacional y fue por ello agraciado con varias elaboradas estructuras, incluyendo un palacio real, una sala de audiencias y la propia tumba de Ciro. Los reyes aqueménidas que le sucedieron eran coronados en Pasargada y, como parte de la ceremonia de coronación, vestían la indumentaria de Ciro y celebraban una comida nómada tradicional a base de higos y leche agria. Por lo demás, las visitas a Pasargada eran poco frecuentes.

Ciro se preocupó también de la reconstrucción de Babilonia y utilizó esta antigua ciudad como capital siempre que los problemas de estado le llevaron a las llanuras de Mesopotamia. Sobre los babilonios Ciro declaró: "El yugo del deshonor les fue retirado. Les restablecí sus moradas y limpié sus ruinas." Como príncipe heredero, Cambises, hijo de Ciro, prefirió Babilonia a las demás ciudades, y allí vivió hasta que subió al trono, cuando emprendió su campaña militar en Egipto.

Darío, deseando tal vez un nuevo emplazamiento

más estratégico, trasladó las principales oficinas administrativas del Imperio desde Babilonia a Susa, la vieja capital elamita. Susa se hallaba enclavada en el centro de una red de carreteras y vías marítimas, a unos 480 km al noroeste de Pasargada y 350 km al este de Babilonia. La población de Susa se caracterizaba por su larga tradición al servicio del gobierno, ya que, por ejemplo, en sus tiempos de gloria bajo el dominio elamita, la ciudad había tenido hasta casi 5.400 hombres al servicio de palacio.

Darío intentó expansionar Susa y construir una capital digna de sus éxitos imperiales. Para ello inició los trabajos en el año 521 antes de nuestra era, mientras todavía se hallaba batallando contra las tribus rebeldes del Imperio. A juzgar por la extensión de las ruinas descubiertas en las últimas décadas, la construcción debió de continuar durante todo su largo reinado. Darío hizo construir palacios con columnas, salas y fuertes. Los trabajadores y artesanos que importó de todas partes de su Imperio contribuyeron a dotar a Susa de un carácter tan internacional como el de la misma Babilonia, y los reyes persas la enriquecieron con los tesoros adquiridos en sus conquistas y en los impuestos.

Sin embargo, los persas de las tierras altas llegaron a temer el intenso calor del verano en Susa. El geógrafo griego Estrabón dijo que si un lagarto se

atreví a salir a la calle en Susa, al mediodía del verano, quedaba cocido vivo; las temperaturas superiores a 55° C registradas allí en tiempos modernos confirman esta dura opinión sobre aquel lugar. En busca de alivio para el calor del verano, la corte aqueménida se trasladó primero a zonas más altas —a la vieja capital meda de Ecbatana, en los montes de Zagros—. Pero mientras Darío y sus sucesores viajaban de un país a otro, iban adquiriendo ideas para la mayor y más remota de sus residencias reales: Persépolis, que llegaría a convertirse en el centro principal del afán constructor de los aqueménidas (*páginas 125-131*) —un centro dinástico donde Darío y los reyes posteriores fueron enterrados—.

Esta tendencia de la corte a desplazarse continuamente y, por encima de todo, la extensa geografía de los dominios persas, exigían un rápido y seguro sistema de comunicación. Ello constituyó una de las supremas prioridades de Darío, a la vez que condujo a una innovación: la creación de un servicio de correo real para todo el Imperio. Los mensajes cruzados entre Darío y sus gobernadores, como en el caso de Tattenai, eran transportados por jinetes de relevos con caballos especialmente preparados para correr. Herodoto declaró que “no hay nada en el mundo que viaje con mayor rapidez que estos correos persas”. Este historiador afirmó la existencia de un caballo y un jinete para cada día del viaje y que podría transportarse un mensaje en siete días de Sardes, en Lidia, a Susa —una distancia de 2.700 km, que exigía un viaje de 3 meses para una caravana—.

Alejandro, y más tarde los romanos, adoptaron este sistema, y en la actualidad pueden hallarse ecos del ejemplar comportamiento de los correos persas en el eslogan del Servicio Postal de los Estados Unidos. “Nada”, dijo Herodoto, “detiene a estos correos impidiéndoles cubrir sus etapas en el menor tiempo posible: ni la nieve, ni la lluvia, ni el calor, ni la oscuridad.”

Esta estatua de Darío el Grande, ahora sin cabeza, fue esculpida en Egipto hacia el año 510 antes de nuestra era y enviada a la capital persa, Susa. Tiene casi 2,4 m de altura en su estado actual y pesa cuatro toneladas. En la túnica y en el pedestal aparecen inscripciones en jeroglíficos egipcios y en escritura cuneiforme de otras tres lenguas habladas en el Próximo Oriente enaltecen a este Rey de Reyes. Fue hallada en 1972.



Para mensajes cortos que exigían una rápida respuesta, tales como noticias relacionadas con un levantamiento local, los persas montaron un sistema postal complementado por señales que podían ser transmitidas incluso más rápidamente a lo largo de cadenas de torres situadas en las colinas. Probablemente los mensajes eran transmitidos en un código óptico análogo al morse moderno. Con igual probabilidad los señalizadores ocultaban los fuegos en secuencias inteligibles a observadores entrenados situados en la estación siguiente. El sistema de transmisión de señales a través de torres de vigilancia permaneció en uso en el Irán desde los tiempos de los aqueménidas hasta la aparición del sistema telegráfico eléctrico en el siglo XIX.

La red de comunicaciones fue hecha a medida para la organización del gobierno provincial del Imperio; puesto que podían enviar una orden y obtener una respuesta inmediata, los aqueménidas pudieron retener el control de sus poderosos sátrapas y participar en políticas locales de forma regular. Estando informados de cualquier señal de problema en las provincias, los reyes podían atajar los pequeños problemas —siempre amenazadores por su posibilidad de adquirir mayores proporciones—, que de forma natural afectaban a una nación tan inmensa y diversificada.

Dentro del inmenso Imperio, algunas satrapías individuales eran de grandes proporciones y otras resultaban distantes. Así, todo el antiguo Egipto se convirtió en una satrapía, otra, la situada en la costa mediterránea y que incluía Jonia, se hallaba a más de 1.600 km de Susa. Tales extensiones y distancias enormes presentaban dificultades obvias, pero los persas supieron hacerles frente. Muchas veces las fronteras de las satrapías se cambiaban, o se reagrupaban estados y provincias en función de las nuevas demandas administrativas o políticas, particularmente —como sucedía con frecuencia— cuando una alcanzaba proporciones demasiado grandes para ser go-

bernada por un solo hombre. Con el paso de los años se fue agudizando la tendencia hacia la creación de unidades políticas más pequeñas, más manejables, y, con toda probabilidad, hacia el final del Imperio persa había más provincias de las veinte organizadas inicialmente por Ciro.

La política de designar a persas y medos para dirigir las satrapías y sus diversas oficinas presentaba a veces resultados inesperados. Al haber sido designados por tiempo indefinido —en algunos casos las personas que dirigían las provincias llegaban a vivir más que el rey que las había designado para el puesto—, eventualmente algunos sátrapas persas llegaron a adquirir suficiente poder propio como para llegar a amenazar al mismísimo gobierno central. En ocasiones incluso consiguieron establecer sus posiciones como derecho hereditario, lo que les permitía traspasar sus cargos de padre a hijo —al igual que el mismo rey—.

De hecho, los gobernadores provinciales vivían como reyes. El propio Ciro había dicho a sus primeros sátrapas: “Imitadme”; por ello muchos mantenían versiones a pequeña escala de la corte del Gran Rey, con escanciadores, harenes y edificios del tesoro. Para financiar estos gastos tenían los frutos de las propiedades que ellos poseían sobre los territorios asignados y también la importante fracción de los impuestos que podían retirar para ellos antes de pasar la porción imperial a las arcas de Susa. Con su corte, viajaban de castillo a palacio y a los *paridaisa* privados, palabra persa que designa parques de caza y jardines bien cuidados. Herodoto relata que Tritantaechmes, sátrapa de Babilonia, recibía, como ingreso diario, un barril y medio de plata. Tritantaechmes poseía 800 caballos de raza y 16.000 yeguas en sus establos, y tenía tantos perros, probablemente para la caza, que “cuatro grandes pueblos” quedaban exentos de impuestos a cambio de alimentar a estos animales.

Guardianes del palacio de Susa

Alrededor del año 515 antes de nuestra era, cuando el Imperio persa estaba en su apogeo, Darío el Grande hizo construir su palacio de Susa. La vieja ciudad elamita, situada geográficamente en el centro de su reino, era el lugar ideal para servir de centro administrativo. Para construir el suntuoso complejo real, el monarca importó tanto materiales de edificación como obreros de todos los confines de su dominio. Entre los mejores artesanos se contaban los babilonios, que realizaron los frisos de ladrillo esmaltado que decoraban la fachada del palacio, varios de los cuales han sido reconstruidos por los arqueólogos franceses con los fragmentos hallados en el lugar. Una tablilla de arcilla descubierta en Susa proclama el orgullo del rey con sus logros arquitectónicos. “Se ordenó una magnífica obra”, afirma Darío, “que ha sido realizada espléndidamente.”

Como componentes del cortejo militar que guardaba el acceso al palacio, estos soldados de talla natural visten túnicas ricamente ornamentadas y llevan en la cabeza un turbante retorcido típico de los nativos de Susa.

Estas esfinges, de 70 centímetros de altura, eran dos figuras protectoras del palacio. El estilo babilónico de sus coronas delata su origen.





Indudablemente, hombres con acceso a tanto poder y riqueza debían ser vigilados, y Darío planeó un medio efectivo de comprobar sus actividades. A tal efecto, asignó un tesorero y un secretario directamente responsables ante el rey en cada provincia. El tesorero tenía la misión de comprobar el estado de las arcas del sátrapa, mientras que el secretario vigilaba la correspondencia entre éste y el monarca. Además, el sátrapa era sometido regularmente a procesos de investigación a cargo de oficiales ambulantes especialmente asignados al efecto y conocidos como “los oídos del rey” —eran éstos individuos tan poderosos que a veces iban acompañados de grandes destacamentos de tropas persas para prevenir cualquier posible reto a su autoridad—. Muchas veces se presentaban sin previo aviso ante una cancillería, inspeccionaban los libros de contabilidad, comprobaban el balance del tesoro, examinaban los registros de juicios, y probablemente investigaban también entre la gente y miembros del equipo del gobernador para asegurarse de que el rey podía contar con un virrey obediente.

Pero lo que sin duda más contribuía a contrarrestar la ambición de cualquier sátrapa eran las guarniciones militares distribuidas por todo el Imperio. Nominalmente el sátrapa era el comandante militar supremo de su zona, y en tiempo de guerra las tropas de la guarnición podían quedar incorporadas en una fuerza bajo su mando. Sin embargo, por lo general los comandantes de la guarnición eran directamente responsables ante el propio rey, a través de una cadena diferente de órdenes que pasaban por alto al gobernador provincial. De este modo, cualquier sátrapa o posible insurgente, con la idea de evadirse del dominio e impuestos persas, no tenía más que dirigir la vista a la guarnición local, compuesta por duros y disciplinados soldados, para reconsiderar el asunto.

Esta red de informadores y policías armados cuidadosamente equilibrada y en constante contacto con el rey permitió a los aqueménidas actuar rápidamente contra todos los que atentaron contra el trono. La efectividad del sistema quedó demostrada en la relación de Darío con un persa llamado Oroetes, sátrapa de Sardes, que se condujo de una forma amenazadoramente independiente. Entre otras cosas, Oroetes se había comportado de manera notablemente negligente en la ayuda que debió prestar a Darío durante los primeros y agitados años de su reinado. Además, se decía que había asesinado a otro sátrapa, así como a uno de los propios mensajeros del rey. Oroetes contaba con una guardia personal de mil persas, lo que sugiere que tal vez podía haber llegado a considerarse invulnerable ante cualquier presión que no fuese la de la fuerza militar; pero en este caso los acontecimientos demostraron que estaba completamente equivocado.

Darío —quien, según Herodoto, creía “que la fuerza no sirve ante la astucia”— dominó al sátrapa, enviando simplemente a un hombre portador de varios documentos con el sello real. En la corte de Oroetes, y en presencia del cuerpo de guardia del sátrapa, el mensajero entregó las cartas una a una para que fuesen leídas en voz alta por el secretario real de la corte de Oroetes. Mientras el secretario leía la primera carta, una inocua orden administrativa, el oficial vigilaba a los soldados para comprobar su reacción, y pudo comprobar “que miraban a los documentos con respeto e, incluso más a las palabras que éstos contenían”. Ante ello, a continuación, entregó al secretario real una carta en la que se ordenaba que los soldados dejaran de servir a Oroetes. Al oír esta orden, los soldados dejaron sus lanzas. Finalmente, el secretario leyó el último mensaje: “El rey Darío ordena a los persas de Sardes que maten a Oroetes.” Sin dudar, los guardias desenvainaron sus espadas y cumplieron la orden.

Sin embargo, a pesar de esta indudable lealtad del ejército al rey, la efectividad combativa del ejército se deterioró a medida que la marea creciente del Imperio iba incorporando mayores y más diversas variedades de pueblos. Casi desde el principio, la costumbre establecía que todos los hombres, hasta los 50 años, venían obligados a servir a su país como guerreros reales, y en este sentido se orientaba la educación de los muchachos persas desde su infancia. Aunque no hay documentos persas que proporcionan detalles de este tipo de preparación parcial, muchos cronistas griegos describen el entrenamiento con admiración.

Jenofonte, en su biografía de Ciro el Grande, escribe que desde la edad de cinco o seis años hasta los 15, a los muchachos se les adiestraba a montar a caballo, disparar arcos y luchar, tanto a pie como a caballo. El geógrafo Estrabón añade que, como iniciación en la vida del ejército, los muchachos recibían entrenamientos en grupos de 50 —los de sangre noble recibían el grado de oficiales— y que para entrenarlos se les hacía competir en carreras difíciles a pie por los campos. También se les enseñaba a soportar temperaturas extremas y a buscarse sus propias provisiones. Hacia los 20 años de edad, se les consideraba listos para ocupar sus puestos en el ejército real, en donde muchos de ellos permanecían hasta su retiro.

Además del entrenamiento militar general, los hijos de las principales familias persas recibían una adecuada preparación para sus futuros cargos de sátrapas, jueces y oficiales reales, lo cual incluía el aprendizaje de la historia heroica de sus antepasados, conocimiento de cómo funcionaba la corte y la ley real —de modo particular lo referente a la vigilancia de la verdad— e instrucción en las creencias y prácticas de la religión real.

En recompensa por su servicio al rey, los jóvenes de la clase más alta recibían tierras, cuyo beneficio

constituía su paga. Los persas de cualquier rango eran retribuidos por servicios distinguidos con honores simbólicos que incluían títulos, coronas familiares e insignias de triunfo.

El núcleo profesional del ejército era el de los famosos Diez Mil Inmortales, los cuales componían la élite de la guardia personal del rey; durante los últimos años del Imperio su comandante, *hazarapatish*, desempeñaba también el cargo de primer ministro real.

El ejército estaba organizado sobre la misma unidad básica de 50 utilizada en el entrenamiento de los muchachos persas. Las unidades típicas comprendían 50 arqueros, 50 lanceros y 50 soldados de caballería ligera o pesada. Dentro de la unidad básica se incluían 10 escuadras de 5 hombres, cada una bajo un *pascadasapati*, el equivalente de un cabo. Dos pelotones de 50 hombres constituían una *drafsha*, o bandera, designada así posiblemente en función del estandarte que portaban en la batalla. Debido al intenso entrenamiento que las tropas persas recibían a todos los niveles, incluso las mayores —como la división de los Inmortales— resultaban notablemente móviles y manejables, como demostraron las arrolladoras campañas de Ciro contra Lidia y Babilonia.

Por lo menos durante las primeras fases del Imperio, todo ello lo constituía un sistema muy eficaz, aunque más tarde, bajo el reinado de Jerjes y Artajerjes I, el trono se vio obligado a depender cada vez más de fuerzas formadas por individuos reclutados en las satrapías, y su rendimiento resultó mucho menos efectivo; en efecto, la expansión del territorio imperial aportó mucha más mano de obra, pero a la vez comportó una reducción en la calidad y fervor patriótico. Por ello aquellos ejércitos persas poliglotas, equipados con una gran diversidad de armas, que luchaban según técnicas locales, perdieron también gran parte de su capacidad de maniobra.

En lugar de seleccionar soldados veteranos, los va-

sallos persas acabaron incorporando en sus tropas gente de condición muy diversa. Por ello Jenofonte afirmaba: "Ahora los gobernantes convierten en caballeros a los portadores, cocineros, escanciadores, ayudas de baño, carniceros, camareros, chambelanes que les ayudan a retirarse por la noche y levantarse por la mañana, y maquilladores que les arreglan los ojos y aplican color a sus pómulos... esta gente son los que transforman en caballeros a su servicio."

Los ejércitos multinacionales que sirvieron a las órdenes de los últimos reyes fueron seleccionados según función y nacionalidad. En la infantería había persas de túnica y armadura metálica, cisios con turbantes, escintios de sombreros de punta alta, asirios con cascos de bronce y la falange de los mercenarios griegos que avanzaban como un muro de escudos y lanzas. Estas tropas lucharon al lado de sirios, egipcios, libios, bactrianos y demás pueblos equipados con su propia y característica indumentaria. Entre las tropas móviles se incluían los árabes montados sobre camellos; los persas que montaban caballos con armadura, y los escuadrones de carros de combate persa equipados con enormes guadañas afiladas que, firmemente sujetas en los costados y ruedas de los carros, eran capaces de atravesar cualquier nutrida formación humana.

Además de estas fuerzas terrestres, los aqueménidas disponían de poderío naval, ya que habían convertido en una de sus primeras metas la adquisición de reinos marítimos, como Fenicia, Jonia y Egipto, a los que se les ofrecieron gracias especiales a cambio del transporte de los ejércitos persas y de su intervención en las batallas navales del Imperio. Contrariamente a todos los demás estados vasallos, las ciudades marítimas de Fenicia y Jonia podían controlar sus propios asuntos internos y acuñar su propia moneda.

No obstante, a pesar de todo el éxito de sus sistemas, los persas acabaron descubriendo que la tendencia de las grandes estructuras administrativas, formadas por muchas partes interdependientes y ocasionalmente conflictivas, se inclina hacia la rigidez y la poca capacidad de maniobra. Sin embargo, uno de los principales logros de los aqueménidas fue haber evitado durante mucho tiempo la atrofia del sistema. Por todo ello, los resultados, para la gran mayoría de los vasallos del Imperio, se producen en beneficios que sobrepasan las calidades técnicas funcionales de la administración efectiva. Entre las principales ventajas puede citarse un nivel de comercio de gran diversidad. De hecho, lo que era bueno para el rey y la gente también era bueno para el negocio.

Vida cotidiana de los reyes en las cinco capitales



En su constante peregrinar esta caravana real franquea un paso de montaña. El soberano y sus allegados viajan en los carros cubiertos.

A fin de acomodarse a su compleja vida imperial, los monarcas aqueménidas no tenían una, sino cinco residencias. Susa y Babilonia, ciudades ambas anteriores al Imperio, eran centros administrativos; Pasargada, fundada por Ciro el Grande, era el lugar de las coronaciones, y Ecbatana, a 1.800 m sobre el nivel del mar, era una residencia de verano, mientras que Persépolis podría considerarse como lugar de

la celebración de las fiestas del Año Nuevo.

El rey pasaba algún tiempo con su corte en cada complejo real, pero incluso en su ausencia, las ciudades bullían de actividad. Normalmente siempre se estaban realizando nuevas construcciones, incluyendo mejoras del palacio, la apadana o la sala de banquetes y se construían edificios reales en el estilo grandioso carac-

terístico de los monarcas aqueménidas. Mientras tanto, el dinero fluía continuamente a las arcas imperiales o bien era extraído de ellas para hacer frente a los numerosos gastos.

Las escenas reconstruidas en estas páginas se basan en la evidencia obtenida en Persépolis —que constituye el ejemplo supremo de su estilo arquitectónico, riqueza y pompa real—.

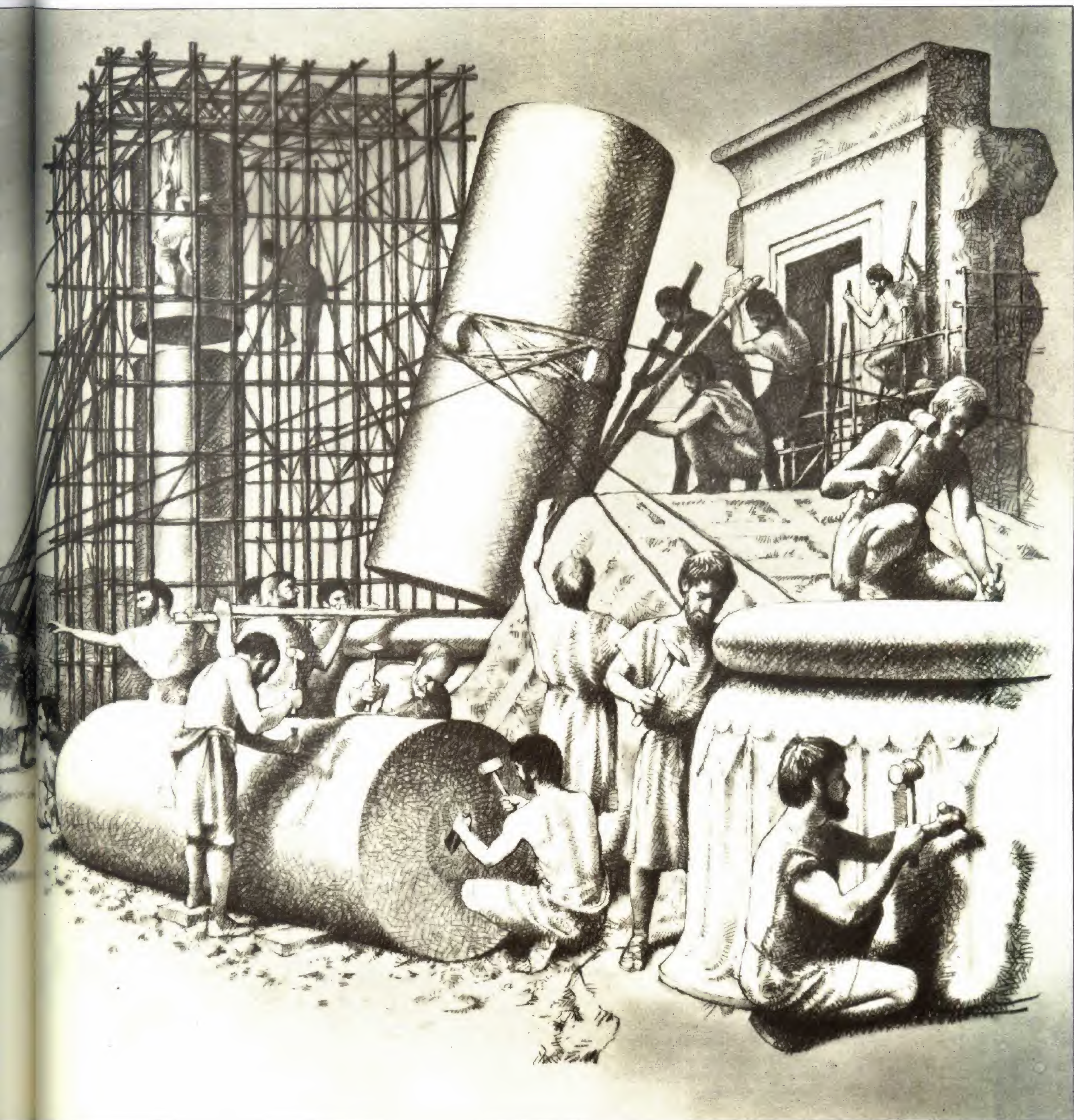
Obras monumentales en progreso constante



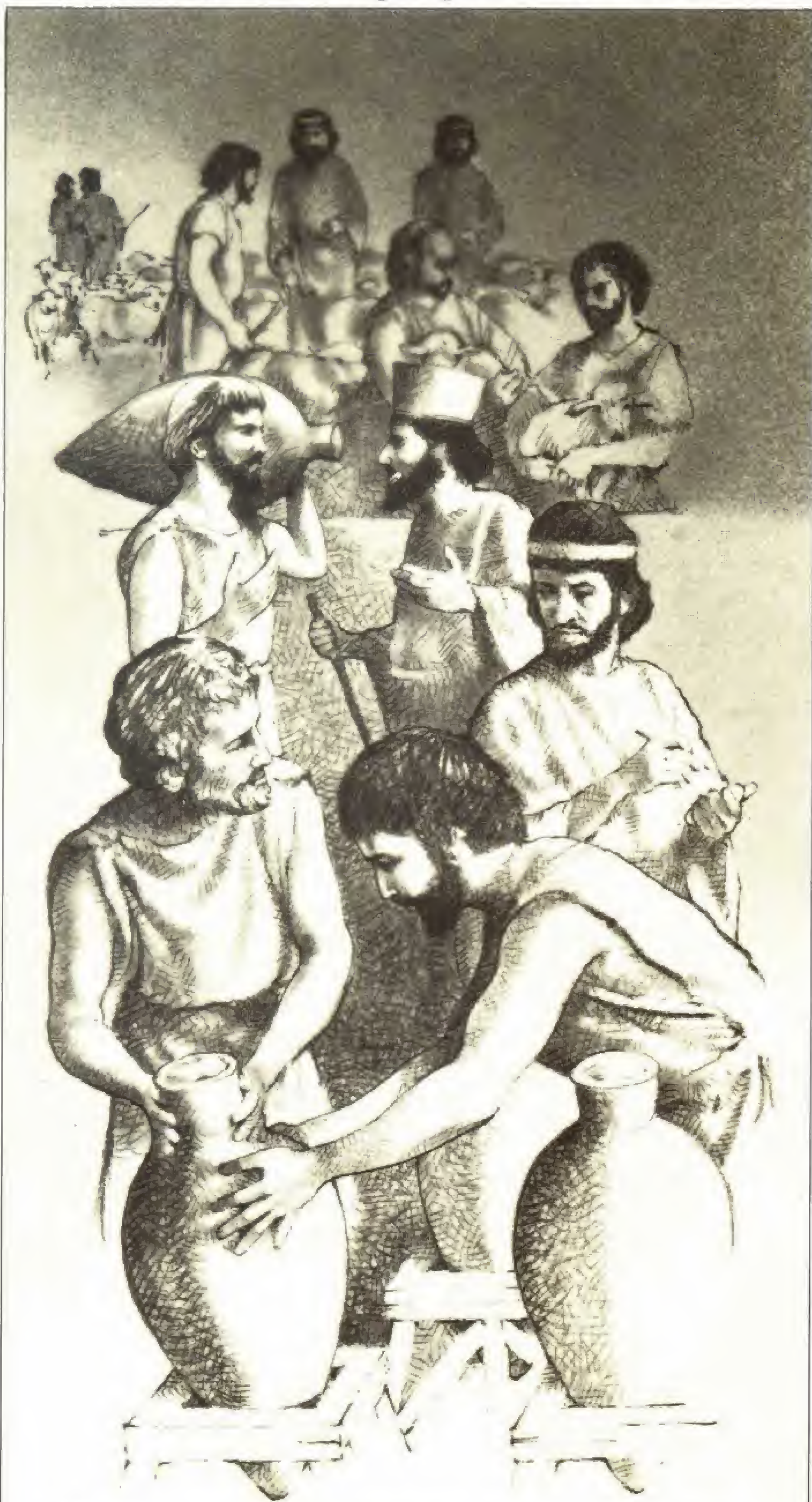
Cerca de una residencia real, varios obreros explotan una cantera de piedra arenisca o caliza para la construcción, cortando trozos rectangulares de piedra. Para ello excavan primero largas zanjas paralelas, perforando en ellas agujeros en hileras perpendiculares. En dichos agujeros los obreros introducen cuñas de 30 cm de longitud que empapan en agua, de forma que cuando se hincha la madera provoca la rotura de la piedra. Finalmente, el proceso de cuña y agua se repite en la parte inferior de las zanjas, liberando así de manera total todos y cada uno de los bloques de piedra.



Bajo la vigilancia de dos inspectores reales (izquierda), varios elevadores tratan de enderezar, mediante tensas cuerdas y cuñas, un segmento de columna de 23 t sobre una base acanalada. La piedra ha sido izada primero por una rampa de barro endurecido cubierta de placas de madera y que puede verse parcialmente oculta a la derecha. Como las partes más altas de las columnas eran algunas toneladas más ligeras que las partes bajas, podían ser izadas sobre las secciones inferiores previamente colocadas, tal como queda reflejado en el andamio del dibujo que ilustra el hecho.

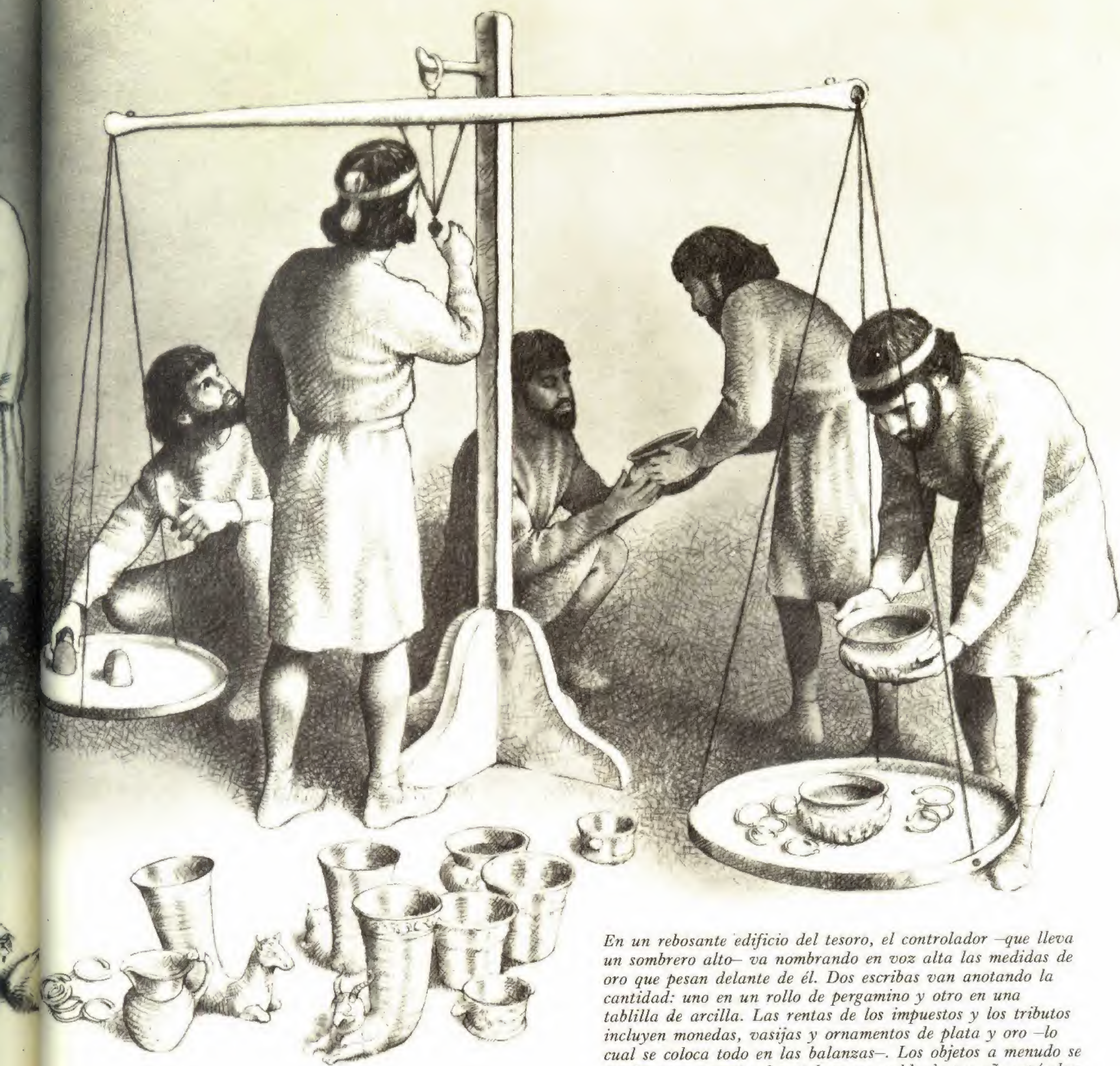


Continuo flujo y control de la riqueza



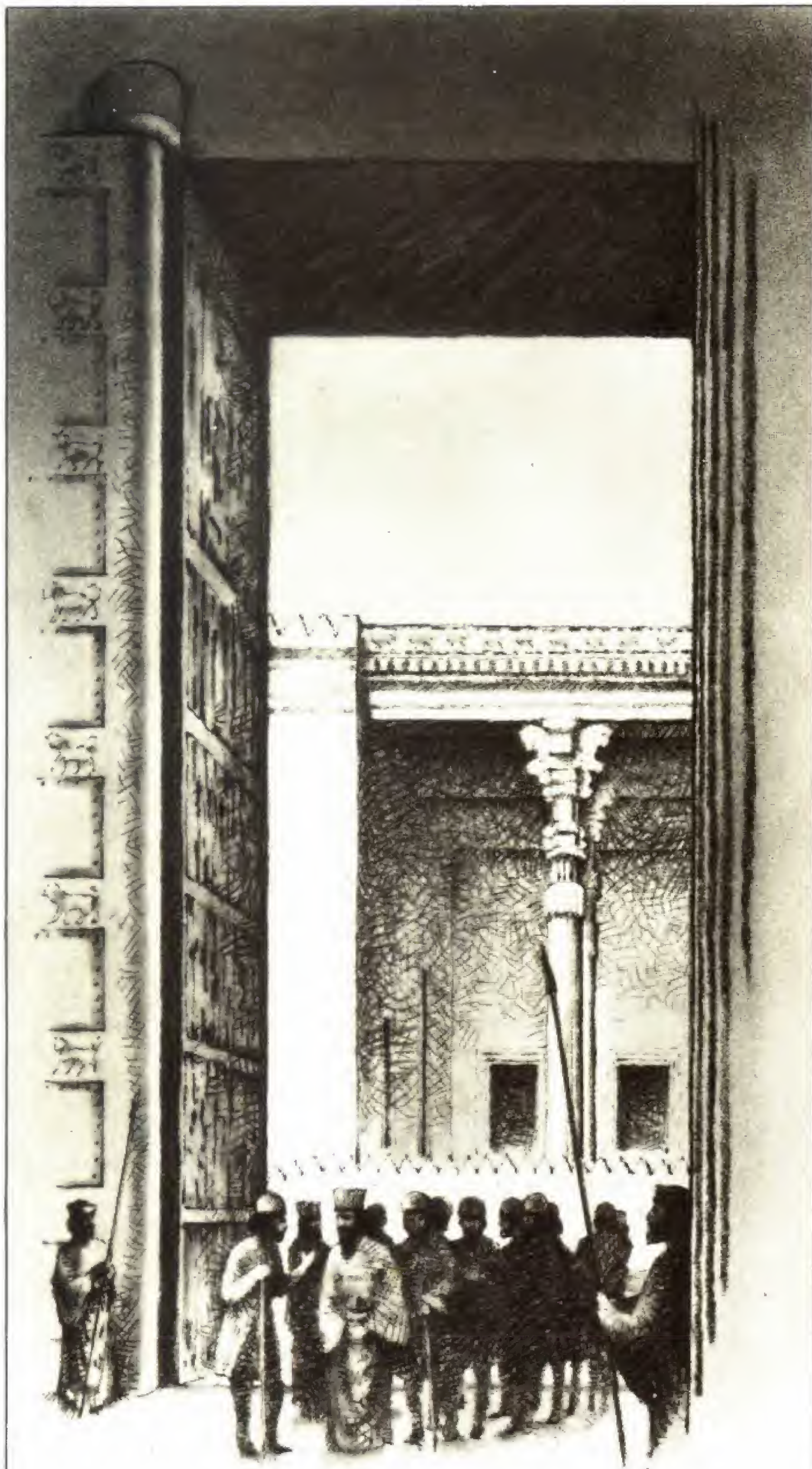
Albañiles, canteros, transportadores de piedra, escultores y carpinteros se alinean con los herreros y otros artesanos para recibir la paga del tesorero real. Las mujeres, incluidas las orfebres procedentes de la satrapía de Caria, no estaban presentes, pues, a pesar de que sus salarios eran altos, sus compañeros los recogían por ellas. La paga normal por mes era más o menos de un siclo de plata, pero raramente se hacía efectiva en moneda. En su lugar se pagaba su equivalencia en ganado o bebida. Un cordero equivalía a tres siclos; una jarra de vino o de aceite, a un siclo.



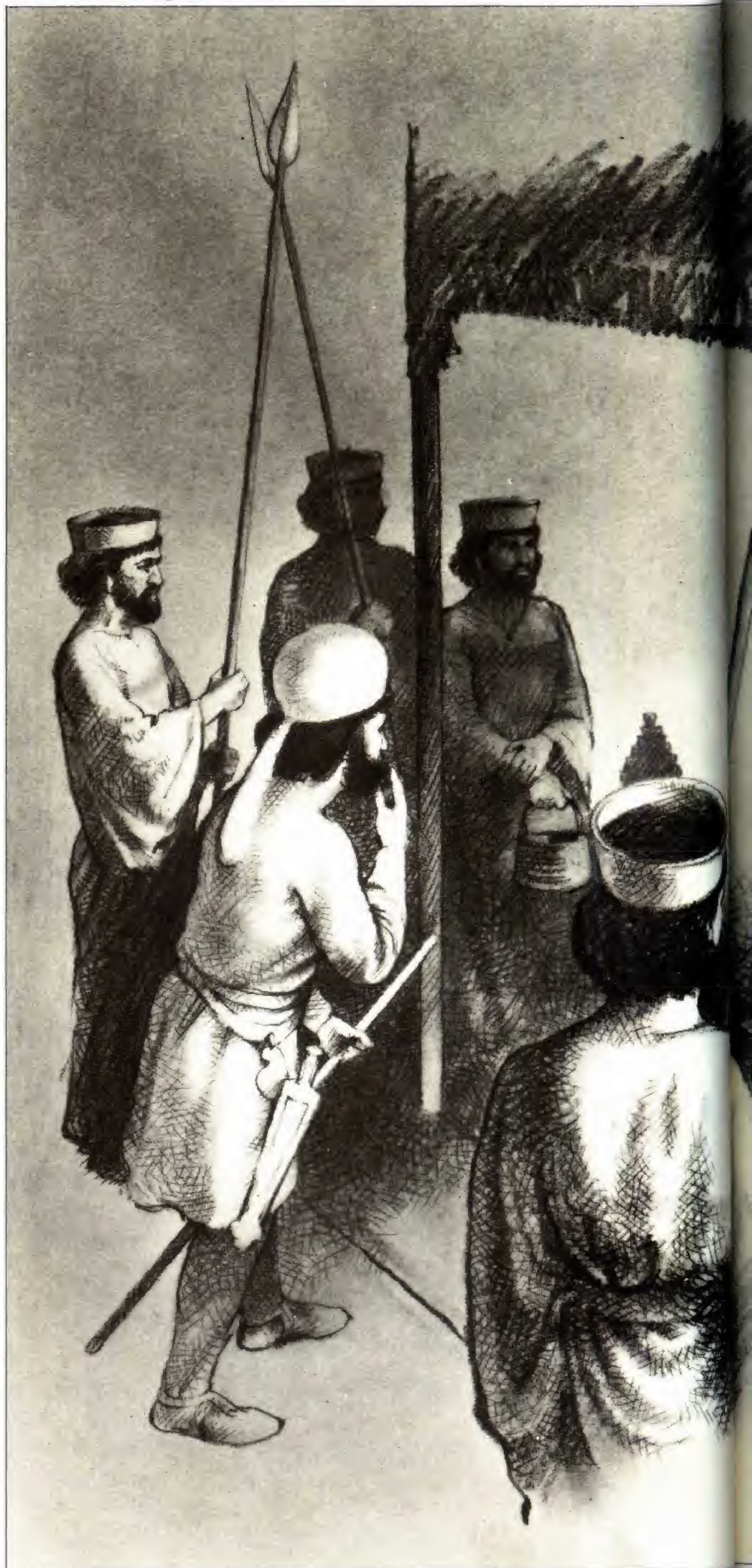


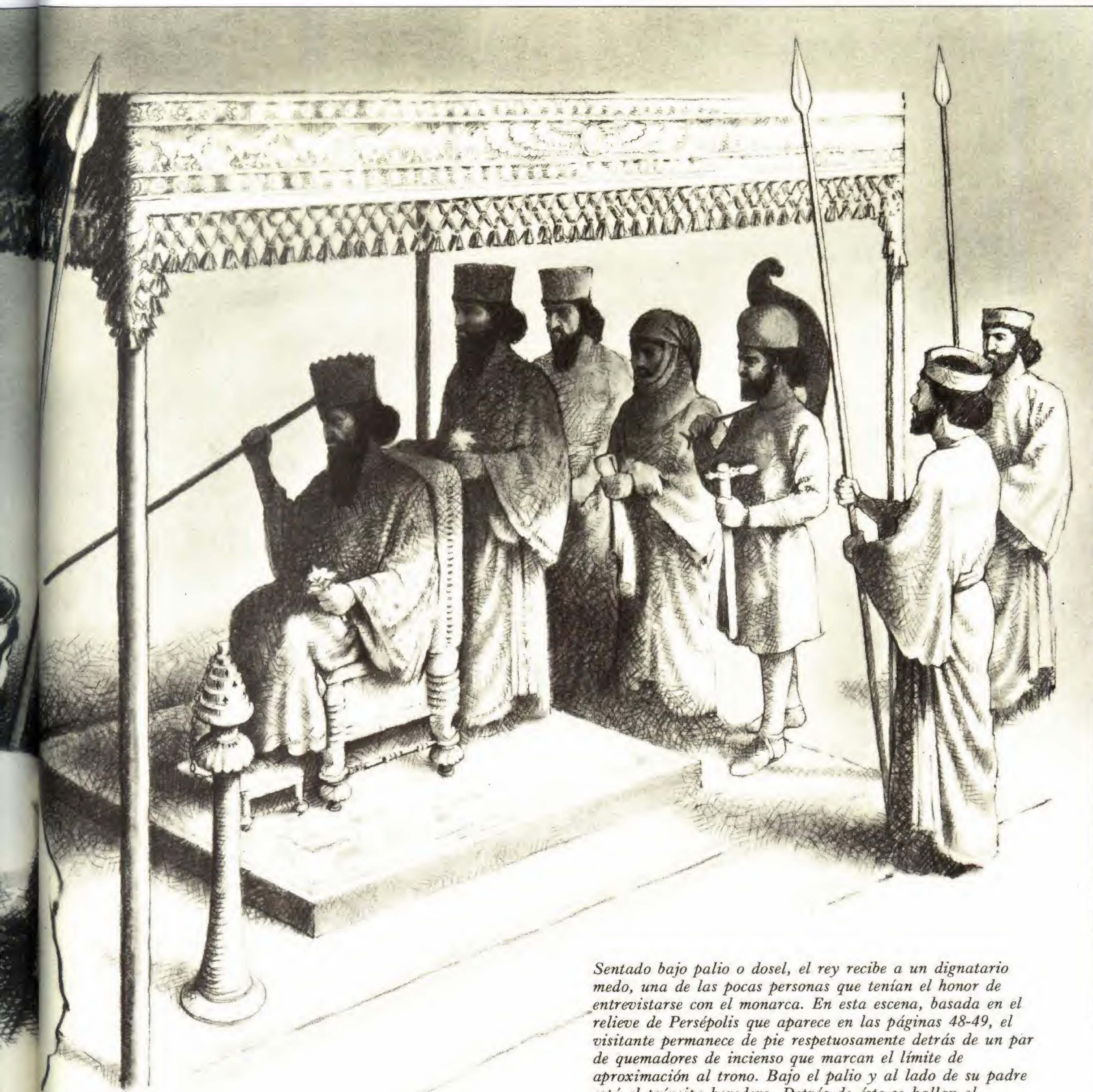
En un rebotante edificio del tesoro, el controlador —que lleva un sombrero alto— va nombrando en voz alta las medidas de oro que pesan delante de él. Dos escribas van anotando la cantidad: uno en un rollo de pergamino y otro en una tablilla de arcilla. Las rentas de los impuestos y los tributos incluyen monedas, vasijas y ornamentos de plata y oro —lo cual se coloca todo en las balanzas—. Los objetos a menudo se fundían y se vertía el metal en un molde de tamaño estándar para formar lingotes de oro, que podían ser acuñados en monedas cuando el rey lo ordenaba.

Audiencias especiales para huéspedes importantes



Delegaciones de emisarios o suplicantes que piden audiencia real pasan bajo el grandioso portal de entrada; las puertas de madera estaban decoradas con relieves de bronce. Los visitantes debían esperar hasta que eran convocados por un ujier en la apadana, o sala de audiencia, que estaba en otro edificio. Cuando se anunciaba que el monarca iba a llegar, los dignatarios entraban en la sala y se acercaban al trono vacío; después de otra pequeña espera, el rey entraba ceremoniosamente por una puerta lateral y les saludaba.





Sentado bajo palio o dosel, el rey recibe a un dignatario medo, una de las pocas personas que tenían el honor de entrevistarse con el monarca. En esta escena, basada en el relieve de Persépolis que aparece en las páginas 48-49, el visitante permanece de pie respetuosamente detrás de un par de quemadores de incienso que marcan el límite de aproximación al trono. Bajo el palio y al lado de su padre está el príncipe heredero. Detrás de éste se hallan el consejero y dos de los sirvientes personales del soberano.

Capítulo tercero:
Hacia una vida más próspera



El pueblo persa consideraba a Ciro como un padre, a Cambises como un tirano y a Darío como un comerciante. Para los persas, la palabra comerciante —o traficante— no era un término de oprobio sino de admiración, una contribución a la capacidad de Darío para crear la sana economía que había de convertirse en pilar de su reino. Y aunque con el tiempo la creciente economía por él promovida se desmoronó, principalmente debido a la inflación, durante medio siglo todas las partes del Imperio compartieron una prosperidad sin precedentes.

Para poder alcanzar y mantener este próspero estado económico, Darío inició programas que alcanzaron a todos los aspectos de la vida de sus vasallos: sistematizó los impuestos; estandarizó los pesos, medidas y unidades monetarias para simplificar el intercambio comercial; mejoró y extendió la red de comunicaciones, incluyendo carreteras y una versión inicial del canal de Suez; desarrolló una marina real mercante; patrocinó la agricultura, que había de convertirse en la fundación de la economía interna persa; favoreció el desarrollo del sistema bancario, y promovió el comercio internacional. Los resultados no sólo contribuyeron a aumentar el nivel de las barras de oro en sus arcas, sino también el nivel de vida de todo el Próximo Oriente.

La reforma fiscal fue la primera de sus innovaciones y dio un fruto positivo. Cuando subió al trono, en el año 522 antes de nuestra era, el sistema de impuestos del Imperio era una estructura caótica. Los impuestos se recogían de forma irregular, se aplicaban de forma inconsciente de una comunidad a otra,

y se basaban en suposiciones de ingresos muchas veces no relacionadas con la riqueza real de quien pagaba los impuestos. Por ejemplo, en Mesopotamia, los asesores decidían qué debía pagar un campesino antes de haber recogido la cosecha. De esta forma, si la cosecha —dátiles, grano o lo que fuese— fallaba, igualmente tenía que pagar el impuesto prefijado.

Darío continuó la práctica de Ciro de no aplicar impuestos a los persas nativos, aunque se dedicó a acabar con las injusticias en las demás partes de su reino. Aproximadamente en el 520 a. de C., dio orden a sus oficiales de cada satrapía persa de que determinasen el área de tierras agrícolas y calculasen su valor medio por rendimientos anuales. Se utilizaron estos datos para determinar cuánto debía pagar cada terrateniente en producto o dinero a las oficinas de impuestos de la satrapía, y, por tanto, el importe que debía remitir cada satrapía al tesoro real.

Los impuestos de un producto agrícola en tiempo de Darío probablemente podían representar un 20 por ciento del valor de una determinada cosecha estatal. Las demás industrias —pesca, minería, textiles y manufactura de indumentaria— se evaluaban de forma similar. En cada satrapía, una parte del ingreso total pasaba al gobernador local; con este importe, una suma considerable, éste sostenía su propia corte virreinal; el resto se enviaba al tesoro de Susa, donde era contado, registrado y almacenado.

Según Herodoto, que reunió mucha información sobre el sistema de impuestos de los persas bajo Darío, las formas más corrientes de pago eran los metales preciosos divididos en porciones de unidades básicas de peso. La unidad mayor, el *talento*, había sido utilizado en todo el mundo antiguo durante más de 2.000 años, aunque variaba algo de un país a otro. El talento persa pesaba unas 66 libras; normalmente se fundía y recibía forma de disco u ovalada. Su poder adquisitivo era enorme, ya que un talento de plata equivaldría aproximadamente a unos 2.400 dóla-

En sus viajes de negocios, los nobles persas utilizaban carrozas parecidas a este modelo en oro del siglo V o IV antes de nuestra era. El pasajero se sentaba de espaldas al conductor, y éste, de pie, controlaba el tiro de 4 caballos. La miniatura mide menos de 10 cm de largo y es parte del Tesoro de Oxus, formado de objetos hallados en Afganistán.

res en moneda moderna, y con medio talento se podía pagar el coste mensual de un equipo de 200 hombres de un barco guerrero a remos. El talento de oro valía aproximadamente 13 veces más que el de plata.

El significado original de la palabra "talento" en lenguaje de los babilonios, que popularizaron su uso, era "carga", indicativo de que su peso se relacionaba con la carga que un hombre podía transportar en una larga distancia. Sin embargo, esta imagen se presta a una interpretación inexacta; de hecho, el talento era tan grande y el valor tan alto que sólo se usaba para transacciones importantes, tales como las que se efectuaban entre estados y satrapías. Por ello, las denominaciones menores, medidas también por peso, tenían una circulación más amplia. El talento se subdividía en 60 minas y la mina en 60 shekels o 100 dracmas, y cada dracma pesaba aproximadamente la séptima parte de una onza.

Los impuestos de los sátrapas se pagaban muchas veces —o por lo menos eran reconocidos— en talentos. Herodoto escribe que el mayor contribuyente anual de las arcas reales era la satrapía de la India. "Los indios, los más numerosos del mundo conocido", escribe el historiador griego, "pagaban la suma mayor: 360 talentos de polvo de oro." Todos aquellos talentos de oro, transformados en plata —el medio más corriente de pago en muchas satrapías— hubieran representado aproximadamente unos 5.000 talentos de plata o unas 330.000 libras en este metal. Babilonia, el segundo contribuyente en importancia, pagaba anualmente unos 1.000 talentos de plata; Egipto, 700 talentos; los medos, 450. En total, Darío recaudaba 15.000 talentos de plata al año.

Aparte de estos ingresos en metales preciosos, el tesoro del Imperio se acrecentaba con las evaluaciones por las mercancías y servicios. Por ejemplo, los árabes entregaban anualmente más de 6.600 libras de incienso, un fragante producto resinoso de los árboles tropicales y subtropicales. Los egipcios debían

proporcionar casi medio millón de kilogramos de grano; los cusitas 200 troncos de ébano y 20 colmillos de elefante, mientras que Babilonia pagaba un tributo anual de 500 varones castrados, que luego se enviaban a la corte persa para servir como eunucos en la casa real. Además de estos impuestos regulares, existían tarifas en mercados y puertos, impuestos de carreteras y de animales domésticos, así como otros diversos negocios altamente rentables.

Sin embargo, la circulación de las mercancías era difícil, ya que el transporte de grandes volúmenes de metales preciosos resultaba realmente arriesgado. Cualquier intercambio en talentos requería no sólo una balanza para determinar el valor de la suma que cambiaba de manos sino también, si se dudaba de la integridad del metal —como muchas veces sucedía—, la realización de una prueba de pureza. Para valorar el metal que se suponía oro, el lingote se fundía en un complejo proceso que revelaba que parte de él era puro; una prueba más rápida pero menos fiable era la de frotar el supuesto lingote de oro sobre una piedra negra —una piedra de roca muy dura, parecida al pedernal, que podía ser rayada por sustancias más blandas— y juzgar a continuación el color de la mancha producida sobre la piedra. Para todo ello se requería una gran experiencia y equipo a fin de garantizar una transacción honesta.

Por ello, una de las importantes contribuciones de Darío fue la de que los oficiales del gobierno —y, en grado menor, la población en general— disponían de una conveniente alternativa para la realización de importantes intercambios: una moneda estándar imperial. Lo que distinguía las monedas de las demás unidades de intercambio que se utilizaban más corrientemente en el Próximo Oriente entre las acciones comerciales era que la moneda en este caso procedía de una sola fuente: el gobierno, que garantizaba su valor. Anteriormente, cualquier ciudadano podía reunir diversas cantidades de metal precioso y fundirlas



Este dárlico de oro lleva el retrato de un rey aqueménida, idealizado como guerrero. La moneda mide menos de 3 cm de diámetro, y fue acuñada alrededor del año 330, antes de la derrota de Persia por los griegos. Irónicamente, la influencia griega queda bien reflejada en el estilo de la indumentaria del monarca.

en una unidad de peso —un talento, una mina o un shekel—; sin embargo, a partir de entonces sólo la corte podía emitir moneda. Además, el tesoro real supervisaba escrupulosamente su manufactura, asegurando no sólo su conformidad, sino también la pureza de su contenido metálico. Por todo ello, era lógico pensar que mientras un lingote fabricado sin tales controles quedaba siempre sujeto a dudas, ya que podía contener metales más baratos, o incluso piedras, bajo su exterior típico de metal precioso, una moneda podía ser aceptada en todo su valor. Las monedas podían falsificarse, pero la ley persa hacía desistir de tales intentos mediante la pena de muerte.

Sin embargo, los persas no inventaron la acuñación de moneda: este honor le pertenece a Creso, el opulento rey de Lidia. Pero los persas son acreedores de una gran parte de mérito por haber legitimado la utilización de monedas en la mayor parte del mundo antiguo, especialmente en Asia. El genio de Darío reconoció que el hallazgo de Creso contribuiría a ampliar su propio Imperio, ya que superando el obstáculo que los diferentes valores monetarios representaban para el comercio internacional, el nuevo sistema favorecía el comercio entre pueblos muy diversos; el comercio activo y convenientemente realizado contribuiría a su vez a una mejor comunicación, y toda esta actividad expansionista podría ser fácilmente vigilada por la propia corte real.

La nueva moneda era el dárlico, denominado así por el propio rey, o más probablemente en función

de la vieja palabra persa que significaba oro: *dari*. La moneda, de 18 milímetros de diámetro, pesaba alrededor de 9,5 gramos y tenía un 98 por ciento de oro puro; el otro 2 por ciento era una aleación de plata y otros metales para endurecerla. (Su valor unitario particular, según han indicado algunos historiadores, equivalía al valor generalmente aceptado de un buey adulto sano, que en tiempos anteriores había constituido un patrón conveniente mediante el cual los pueblos que se dedicaban al pastoreo podían evaluar otras mercancías.)

Darío puso también en circulación los *sigloi*, monedas menos valiosas, con un 90 por ciento de plata y un 10 por ciento de aleación. Medían 18 milímetros y pesaban 5,70 gramos aproximadamente. Veinte *sigloi* equivalían a un dárlico.

La acuñación del dárlico era un derecho exclusivo del trono, pero la del *sigloi* estaba permitida en las satrapías más alejadas. Los *sigloi* diferían de región en región, y con ello comprometían la uniformidad de la moneda imperial. Los recaudadores imperiales de impuestos ignoraban en general el valor de todos los *sigloi*, a excepción del *sigloi* real; aceptaban, sólo por su peso, los que habían sido acuñados en otras partes y muchas veces los devaluaban fuertemente, aunque sin razón. Mediante tales medidas, Darío y sus sucesores pudieron evitar una importante devaluación de su moneda hasta la caída del Imperio.

A pesar de esta idea innovadora de una acuñación uniforme, el mecanismo resultaba un tanto complicado. Las monedas no circulaban hasta que se gastaran: la vida media de un dárlico era probablemente muy corta. Muchos dárlicos, apenas salidos de la ceca, quedaban marcados para el pago de los impuestos de algún súbdito y eran devueltos a los tesoros reales, donde eran fundidos y vertidos en ollas de tierra. Cuando el metal se endurecía, se rompía la olla, con lo que se obtenían lingotes mucho más fáciles de almacenar que las monedas. Además, la re-

Este rugiente león de bronce era sin duda un peso estándar provisto de un asa y utilizado en el siglo V antes de nuestra era para controlar el peso del oro y la plata de los impuestos y tributos remitidos al tesoro real de Susa. La base mide casi 60 cm de longitud, y toda la pieza pesa 45 kg, aproximadamente.

caudación de impuestos del estado representaba sumas tan enormes que la parte de los ingresos que se precisaba para gastos representaba sólo un pequeño porcentaje. Sin embargo, siempre que debía llevarse a cabo una campaña, sobornar a un monarca extranjero o recoger fondos para obras públicas, se refundían los lingotes y se acuñaban nuevas monedas.

Algunos dárlicos se devolvían a la circulación para pagar a las cuadrillas de trabajadores que construían y mejoraban los caminos y canales del Imperio. Diseñados inicialmente para reforzar la efectividad militar del Imperio estos nexos de comunicación inevitablemente servían también a la causa del comercio, ya que permitían a los comerciantes, y a sus mercancías, cubrir largas distancias con mayor rapidez y seguridad que antes.

Ciro, iniciador del sistema de mensajeros reales montados para mantener el contacto con sus sátrapas y generales, fue también probablemente quien inició la construcción del sistema de carreteras que los mensajeros utilizaban. Sin embargo, fue Darío quien llevó a término este complejo proyecto. Antes de los aqueménidas, muchas rutas no eran más que ásperos senderos de caravanas entre una isla de vida civilizada y otra, que atravesaban grandes extensiones inhóspitas infestadas de ladrones, por lo que sólo un loco o un mercader especialmente valiente se atrevía a viajar sin una escolta bien armada.

Los ingenieros de Darío convirtieron aquellas rutas peligrosas en una proyección lineal de la civilización, las enderezaron y las alisaron, a la vez que las cubrieron con un rudimentario pavimento en las tierras pantanosas y, en algunos lugares, construyeron carriles de un ancho adecuado a la distancia estándar entre ejes de las carretas, lo que contribuía a asegurar los vehículos en la calzada.

La vía principal era la Ruta Real, de más de 2.560 km de longitud, que partía de la residencia real de Susa y llegaba hasta la vieja capital lidia de Sar-

des —en tiempo de Darío, el centro principal de la administración persa para el Asia Menor occidental—. La carretera de mayor tráfico de Darío, la Carretera Real, era mantenida por un pequeño ejército de personal civil y militar. En ella había, según indica Herodoto, cuatro intersecciones de embarcaderos, cuatro puntos de control muy bien guardados (por lo menos con dos puertas cada uno) y cientos de estaciones de relevo de mensajeros y un número de al menos 111 posadas que, a modo de una guía moderna en la que se utilizan estrellas o tenedores cruzados, el historiador griego calificaba de “excelentes”. Quienes viajaban a pie invertían aproximadamente unos noventa días en recorrer aquella distancia, y las posadas se hallaban situadas de forma que, descontando el mal tiempo o algún otro problema, podía cubrirse fácilmente sin fatiga la distancia de una posada a otra en un día. Los planificadores persas calcularon que, en terreno relativamente llano, una jornada cubriría aproximadamente 5 parasangs, el equivalente de 29 km. Cuando el terreno era más difícil, como en la parte del camino que va de Susa a Erbil, donde el sendero subía y bajaba por una zona montañosa, las posadas se hallaban menos alejadas entre sí —un promedio de 4 parasangs—.

Otras arterias principales atravesaban la meseta iraní —desde Ecbatana hasta Bactriana e India— y se extendían en dirección oeste, a través de Palestina, hasta Egipto. A pesar de que estas carreteras carecían de posadas, una de ellas —la ruta de Egipto— contaba con lugares para repostar agua a lo largo del tramo que cruzaba el desierto de Sinaí, con el fin de aliviar el problema de la sed, hasta entonces el mayor problema de los viajeros. Para ello, los constructores de la carretera habían hecho traer grandes cantidades de cántaros vacíos de los utilizados para guardar el vino griego y fenicio que se importaba a Egipto, los llenaban de agua y los colocaban enterrados a intervalos junto a la ruta del desierto.



Mientras los proyectos de comunicación de Darío resultaron tanto política como comercialmente prudentes, su desarrollo de nuevas rutas marítimas puede considerarse verdaderamente aventurado, ya que nunca antes las vías marítimas del Próximo Oriente se habían visto atravesadas por tantas balsas y navíos. Uno de sus éxitos más espectaculares en la expansión de la actividad marítima fue la construcción de una primera versión del canal de Suez, un canal que en dirección norte desde el Golfo de Suez daba a un punto en donde se unía con la rama pelusiaca del Nilo y conectaba con el Mediterráneo.

Un faraón egipcio había iniciado el trabajo en el canal un siglo antes, alrededor del año 600 antes de nuestra era, a fin de abrir un canal de comercio este-oeste hacia el Mar Rojo desde los importantes centros comerciales del valle del Nilo; sin embargo, el proyecto fue abandonado sin terminar después de

haber costado la vida de 120.000 trabajadores. En el año 500 antes de nuestra era, los ingenieros de Darío, con miles y miles de súbditos provistos de palas, reanudaron el esfuerzo. Para conseguir una salida al Mediterráneo, los persas alteraron el curso del canal, de forma que éste se dirigía aproximadamente en dirección norte-sur, y excavaron una vía marítima artificial de más de 144 km de longitud y 45 m de anchura, que incluía la vía natural a través de los lagos Amargos; resultaba un canal de unos 200 km.

Por supuesto, la inauguración del canal se realizó con un gran ceremonial que probablemente tuvo lugar poco después del año 500 antes de nuestra era. Como conmemoración de la magnífica obra de ingeniería se erigieron a lo largo de las orillas del canal cinco impresionantes mojones de granito. En uno de ellos una inscripción proclamaba: "Dice Darío el Rey: Yo soy persa... he dado la orden de excavar este ca-

nal desde un río denominado Nilo que fluye en Egipto, hasta el mar que llega a Persia." Otras inscripciones describen también que, entre los primeros navíos que atravesaron el canal, se contaban 24 barcos que iban de Menfis a Persia cargados con el tributo procedente de la satrapía egipcia.

Entre tanto, Darío trataba enérgicamente de promover viajes exploratorios por mar a regiones situadas más allá de los confines de su territorio. Uno de estos viajes tuvo como misión el reconocimiento de las costas griegas con miras a una invasión que Darío estaba planeando, y estaba compuesta por tres navíos bajo el mando de Democedes. Después de explorar parte de la costa e islas costeras, Democedes abandonó el barco, y aunque se perdieron los navíos persas, muchos sobrevivientes consiguieron regresar e informar al rey de cuanto habían visto.

Aquel viaje puede considerarse notable por dos razones: primera, porque, a pesar de que los aqueménidas tenían conocimiento de Grecia por los relatos de viajeros tales como Democedes, ningún persa había estado allí para poder dar una descripción de primera mano; segunda, porque el reconocimiento resultó efectivo para el asalto inicial persa, lanzado en el año 517 a. de C., sobre las islas griegas.

Otra expedición naval patrocinada por Darío fue dirigida por Scylax, un navegante de Jonia, de los territorios recién conquistados de la costa oeste del Asia Menor. El viaje se inició con una marcha a pie que atravesó la llanura iraní hasta alcanzar el nacimiento del río Indo en la India, para bajar luego por el río hasta el mar. Después se dirigió hacia el oeste por el Océano Indico, y en dirección noroeste a través del Mar Rojo. El navío llegó hasta Suez, puerta del canal, tras un viaje de dos años y medio. Scylax describió con mucho detalle los fabulosos tesoros de la India Occidental, que incluían las zonas al este de Bactriana, fuera del dominio persa. Por ello, y parcialmente gracias a la expedición de Scylax, Darío

decidió enviar un ejército a la conquista de las tierras existentes entre Bactriana y el Indo. A partir del año 500 antes de nuestra era, los navíos al servicio de los persas hacían viajes regulares a la parte noroccidental de la India y regresaban con perlas, conchas de tortuga y especias.

El rey Jerjes, sucesor de Darío, apoyó también la exploración, aunque con pocos beneficios. Para ello envió a su primo Sataspes con orden de circunnavegar Africa. Aun cuando Sataspes no recibió la orden con agrado, para él era la mejor de dos alternativas, ya que si se negaba a ir, Jerjes amenazaba con hacerlo ejecutar por haber violado a una mujer noble. Sataspes emprendió, pues, viaje desde Egipto dirigiéndose hacia el oeste a través del Mediterráneo; luego tomó rumbo sur por la costa atlántica de Africa, aunque nunca llegó a rodear el Cabo de Buena Esperanza. No se sabe con seguridad hasta dónde llegó, pero transcurridos algunos meses abandonó la idea de poder alcanzar nunca el Mar Rojo, porque, según él, la falta de viento impedía a su barco avanzar. Por ello reemprendió viaje hacia el norte y siguiendo el curso de la ida, regresó a la corte, donde dio cuenta de su fracaso al rey. Este, escéptico ante la débil excusa dada por su pariente y airado por haber sido desobedecido, hizo empalar a Sataspes.

En sus planes de construcción y adquisición de navíos para tales exploraciones, así como para el comercio, los persas siguieron la costumbre de tomar prestados o adaptar los diseños de otros países. Parece, pues, seguro que los persas construyeron sus barcos tomando por modelo los utilizados por los fenicios y los griegos. Los navíos mercantes de la flota persa, propulsados principalmente por una sola vela cuadrangular, se construyeron con dimensiones mayores en razón de su comercio marítimo de mercancías a larga distancia. Por ello, las embarcaciones de hasta 130 toneladas de carga formaban parte del paisaje típico de los puertos en toda la parte oriental

del Mediterráneo y en el Mar Rojo. También las había con una capacidad de carga de 250 toneladas.

Tales navíos, junto con una gran cantidad de caravanas terrestres, convirtieron el antiguo mundo en un mercado común. De esta forma las especias de la India, la púrpura de Fenicia, el cobre y la plata de las minas de Anatolia, el vidrio egipcio, la mirra de Arabia, la madera de Asia Menor, Creta y Líbano, así como piedras preciosas, armas y objetos de arte procedentes de todos estos lugares, llegaban a los consumidores después de atravesar miles de kilómetros. Incluso productos tan corrientes tales como el vino, el pescado seco, el aceite, la miel, los muebles, productos textiles baratos y granos producían suficientes beneficios para pagar los costes de transporte y dejar todavía un notable margen para los mercaderes, descontado lógicamente el impuesto real.

Al tiempo que florecía el comercio, la agricultura, cuidadosamente atendida, proporcionaba la base real del bienestar. El apoyo de la agricultura no constituía sólo una preocupación del gobierno, pues la agricultura, especialmente el cuidado del ganado, constituía una virtud moral de la religión persa.

Aunque se promovía la agricultura estandarizada, también se dedicaba atención a la experimentación. Alrededor del año 495 a. de C. Darío escribió a Gadates, un oficial de Jonia, para censurarle por su interferencia en la dirección local de un templo a Apolo, aunque el rey moderó su censura con elogios por los éxitos agrícolas del oficial: "Porque estás cultivando mi tierra, introduciendo cosechas más allá del Eufrates... apruebo tu política, y por ello se te concederá mucho crédito en la casa real."

Los innovadores como Gadates eran recompensados con tierras y otras riquezas. Mientras tanto, los agentes reales visitaban constantemente a los sátrapas portándoles nuevas semillas para que los granjeros locales las plantasen en sus campos. Así, la alfalfa, naturalmente abundante en Media, se plantó

con éxito en Grecia a fin de conseguir alimentos más nutritivos para los caballos del ejército persa; hasta entonces los animales tenían que conformarse con su ración de heno. Los persas introdujeron el arroz en Mesopotamia, las nueces de pistacho en Siria y el sésamo en Egipto. Y en Babilonia favorecieron el cultivo de lino para la manufactura de tela; a pesar de que esta planta se conocía desde hacía más de un milenio, sin duda había sido utilizada principalmente para obtener aceite, y no como fibra para tejidos.

Sin embargo, la experimentación con las cosechas por sí solas no era suficiente para elevar la productividad agrícola hasta los ambiciosos niveles exigidos por las necesidades de un Imperio en expansión. Particularmente en las tierras persas, donde la lluvia de la meseta iraní raras veces excedía de los 20 cm por año —y en algunos casos era tan escasa que apenas alcanzaba los 10 cm— la irrigación era esencial para el mantenimiento de casi cualquier forma de agricultura. Sin embargo, los persas dedicaron también grandes esfuerzos a extender los métodos de irrigación artificial a las zonas fértiles de la Mesopotamia conquistada, particularmente en Babilonia.

Los ingenieros agrícolas se enfrentaron con un problema difícil en el interior del Irán, ya que el agua superficial y próxima a la tierra potencialmente fértil resultaba inadecuada para la irrigación, y los persas carecían de la capacidad tecnológica para localizar agua subterránea profunda. Por ello no tuvieron otra solución que transportar agua a través de acueductos desde las montañas, donde abundaban los manantiales. Sin embargo, como el precioso líquido se hubiera evaporado fácilmente de haber sido transportado en canales abiertos bajo los cielos nítidos de Persia, los ingenieros tuvieron que adoptar un ambicioso y costoso sistema de irrigación subterránea denominado *qanat*.

El *qanat* consistía en un túnel ligeramente inclinado, a veces de varios kilómetros de longitud, que iba

desde un manantial hasta una comunidad agrícola situada a nivel inferior. A lo largo del *qanat*, y a intervalos regulares, se disponían pozos que bajaban hasta el túnel y se utilizaban durante la construcción para sacar la tierra y proporcionar ventilación a las cuadrillas de trabajadores; terminado el túnel, los pozos se utilizaban de entrada para los inspectores que supervisaban el mantenimiento del *qanat*.

La tecnología básica del sistema había sido desarrollada originalmente no para irrigación sino para minería, y el crédito de su invención no debe aplicarse a los persas sino a una comunidad algo más antigua —probablemente los urartianos—. Sin embargo, los persas contaban con la mano de obra y el incentivo para perfeccionar la utilización de túneles para irrigación, e introdujeron el *qanat* en todas las regiones secas de su Imperio, desde la India hasta Egipto. Incluso hoy día algunas de estas obras constituyen el principal suministro de agua para ciertas comunidades remotas.

Durante el siglo V antes de nuestra era, los persas expandieron también notablemente el viejo sistema de irrigación por canales, mediante el cual los babilonios habían utilizado los ríos Tigris y Eufrates desde el cuarto milenio antes de nuestra era. Toda Babilonia estaba cruzada por canales que enlazaban los dos grandes ríos y hacían llegar sus ricas aguas cenagosas a cada confín de la fértil llanura.

Este constante nivel de humedad en el suelo aluvial, ya de por sí rico, hizo de Babilonia el jardín del Imperio persa. Aquella tierra resultó tan productiva que Herodoto se moderó mucho al describirla por temor a que se llegase a dudar de sus afirmaciones. “Las hojas del trigo y del centeno tienen por lo menos 7 cm de anchura”, escribió. “En cuanto al mijo y sésamo, nada diré del sorprendente tamaño que alcanzan, a pesar de que lo sé muy bien; porque también sé que quienes no conocen Babilonia se niegan a creer lo que yo he descrito de su fertilidad.”

La palmera datilera constituía un ingreso monetario mucho mayor incluso que el grano para los granjeros babilonios —y, a través de los recaudadores de impuestos, para el tesoro real persa—. Los impuestos de un palmeral eran el doble que los de un campo de grano de las mismas dimensiones, debido a que, como indica Herodoto, la generosa fruta de la palmera “suministra comida, vino y miel”. Por otro lado, las hojas del árbol proporcionaban también materiales para la confección de cestas y combustibles; los tallos de la fruta, fibras para la confección de cuerdas, y cuando el árbol dejaba de ser productivo, se utilizaba su tronco para la construcción.

En teoría, toda la tierra pertenecía al monarca; los vasallos solamente la disfrutaban en alquiler. Bajo los reyes anteriores, este contrato feudal obligaba al usufructuario del feudo a apartar ingresos para el equipamiento de tropas, las cuales se mantenían siempre a punto para el servicio real. Así, durante el reino de Darío los feudos se dividieron en medidas proporcionales a las obligaciones militares de cada individuo: la “tierra de arquero” era una zona aproximada de 415 m², por la que se exigía el pago de los servicios de un arquero; un trecho mayor, la “tierra de caballo”, debía aportar suficiente cantidad de dinero para un soldado de caballería; mientras que la “tierra de carro de guerra” era una parcela de mayores dimensiones cuyo valor equivalía al de los gastos de manutención de un carro de guerra, de un conductor y de dos o cuatro caballos.

Sin embargo, este sistema resultaba un tanto inoperante, y con el tiempo, la corona, con creciente frecuencia, exigía rentas en moneda en lugar de manutención de tropas, fuera de casos de emergencia.

Los usufructuarios de dichos feudos eran oficiales militares o civiles, familias nobles y, a veces, instituciones de grupos importantes, tales como templos o guarniciones militares. Muchos de los estados abarcaban territorios enormes, de miles de hectáreas, y,

(Continúa en página 82.)

Escenas de la vida cotidiana en Persia



Esta impresión de un sello que lleva el nombre de Darío el Grande en lenguas persa, elamita y babilónica representa al rey en su carroza cazando leones bajo el símbolo alado de su dios Ahuramazda. El sello de ágata (izquierda) perteneció a uno de los altos oficiales de la corte de Darío.

Los oficiales del tesoro persa utilizaban sellos en forma de cilindro, normalmente de unos 3 cm de alto, para firmar los documentos redactados en tablillas de arcilla; dichos sellos representaban normalmente escenas como las ilustradas en esta y en las páginas siguientes. Las imágenes, obtenidas de los sellos realizados por los artistas de Persia y el Asia menor durante los siglos V o IV antes de nuestra era, proporcionan datos valiosos sobre las preocupaciones diarias de los persas —expresadas en estas escenas de dioses, reyes, nobles, guerreros y, ocasionalmente, el pueblo llano.

Los grabados en miniatura se tallaban sobre piezas tubulares de piedras semipreciosas —muchas veces ágata o calcedonia— las cuales se hacían girar sobre la tablilla húmeda para estampar las firmas. La alta calidad de los materiales utilizados indica que los sellos pudieron haber servido muy bien a sus dueños no simplemente como medios de autenticidad sino como piezas de joyería.



En las dos escenas de guerra —separadas por la línea vertical, en el centro hacia la izquierda— el mismo guerrero persa pisotea a sus enemigos vencidos. En ambos paneles del sello, el dios Ahuramazda aparece en las proximidades. Para grabar estos intrincados dibujos sobre la dura piedra se utilizaron herramientas de bronce.



La gente corriente de la época aqueménida aparece pocas veces en las estampillas. En el caso del hombre que está arando con sus bueyes, el hecho de que la religión de los persas santificase la agricultura puede contribuir a explicar la elección de este tema para el grabado.



En esta impresión, Ahuramazda extiende sus alas sobre el fuego sagrado vigilado por dos figuras reales. La difícil tarea de grabar un ritual como el que aquí se ilustra recaía en artesanos que habían pasado, según se cuenta, cinco años de profundo aprendizaje.



Dramatizando la caza, esta representación enfrenta a un cazador con un jabalí. En posición de proteger a su caballo, el hombre ataca con una lanza y sostiene también lo que parece ser una capa para distraer al enfurecido animal.



Para jactarse de su poderío, un rey persa, armado sólo con una daga, aparecía a veces, como en el grabado de la izquierda, combatiendo contra un monstruo alado. Un relieve con el mismo motivo aparece en el palacio de Darío I en Persépolis (página 30). La palmera junto a la luna creciente puede representar un emblema de la realeza, mientras que el íbex encabritado es un símbolo tradicional iranio que representa la vida y vigor.



En una rara representación de las mujeres persas, este grabado recoge un momento del quehacer en el harén real. Bajo la mirada de una dama coronada, una muchacha ofrece un pájaro a una reina o diosa entronizada

después de pagar los impuestos y alquileres de la corona en moneda, podían subsistir como economías cerradas e independientes. Sin embargo, para conseguir dinero vendían por lo menos parte de sus productos agrícolas o manufacturados fuera de sus fronteras, lo cual estimulaba la economía.

El trabajo necesario para la producción de tanta riqueza agrícola recayó, en la mayor parte del Imperio, sobre una clase inferior de obreros y artesanos: los peones u hombres a sueldo, y al final de la escala social, los siervos y los esclavos. En la tierra persa exenta de impuestos, el hombre libre trabajaba en su propio beneficio. Sin embargo, en otras partes del Imperio, el siervo era un trabajador ligado permanentemente a una parcela de tierra, que podía ser comprado y vendido como mercancía, mientras que un esclavo era propiedad de un individuo que podía emplearlo y disponer de él a su voluntad.

Los esclavos procedían de muchas regiones y estratos de la sociedad; podían ser prisioneros de guerra, esclavos adquiridos en mercados extranjeros, muchachos vendidos por parientes necesitados, u hombres libres cuyas deudas o crímenes los habían reducido a la servidumbre. Existía también un animado y provechoso comercio relacionado con la crianza de esclavos. Sin embargo, a pesar de que ni ellos ni sus mujeres podían mudar de sitio a su voluntad, y eran, en teoría, como objetos de sus dueños, no estaban totalmente desamparados. De hecho, en ciertas partes del reino, especialmente en Babilonia, la servidumbre podía constituir incluso una ventaja, ya que, por ejemplo, un agricultor babilonio, a pesar de su obligada dependencia de un señor feudal, podía ganar lo suficiente para mantener a sus esclavos con relativa comodidad, mientras que, por el contrario, la suerte de un hombre libre en Persia podía ser peor que la de un esclavo, ya que cabía la posibilidad de que no llegase a ganar más de un shekel al mes, pudiendo incluso hallarse sin trabajo por algún tiempo.

Por todo ello, ciertas clases de esclavos —hombres con cierta habilidad como constructores, panaderos y barrenderos— disfrutaban incluso de mayores ventajas que sus otros paisanos libres; incluso algunos habían llegado a obtener ciertas compensaciones por su trabajo y hasta a aventurarse en negocios propios. Los registros de los honorarios percibidos durante la construcción de Persépolis indican que los esclavos recibían mejores compensaciones que los demás hombres que trabajaban con ellos.

Puesto que los esclavos y siervos representaban una sección tan amplia de la sociedad, sus rangos incluían naturalmente hombres inteligentes y capaces, hecho que junto con el dramático desarrollo de la población de esclavos y siervos durante el siglo V a. de C. condujo a una mayor competencia entre ciudadanos libres y esclavos por los trabajos y posiciones disponibles no relacionadas con el esfuerzo manual. Por ello, a través de su talento y energía, los esclavos o siervos podían conseguir cierto grado de dignidad y en algunas partes del reino, como en Mesopotamia, incluso obtuvieron el derecho de disponer de propiedades y de sus propios esclavos.

Mientras que los grandes estados de las capitales reales y de sus alrededores parecen haber estado dirigidos por sus dueños con loable energía y eficacia, el absentismo de algunos terratenientes creaba un problema en las satrapías más distantes. El problema, al igual que en la actualidad, era mantener a un hombre ligado al campo cuando la atracción de los placeres urbanos era tan fuerte.

A pesar de la práctica de los aqueménidas de recompensar a los nobles persas favoritos con productivas extensiones de terreno en satrapías distantes, éstos muchas veces se mostraban renuentes a residir mucho tiempo en las tierras concedidas. De hecho, el sistema permitía que ciertos terratenientes amantes de la ciudad permaneciesen alejados de sus tierras por largos períodos de tiempo, dejando en su

lugar a superintendentes al frente de sus posesiones. Como resultado, lo que en teoría parecía una buena política, en la práctica no era así ni para la dirección de los estados en particular ni para la estabilidad del gobierno en general.

El transporte de monedas y mercancías desde sus alejadas propiedades hasta sus propietarios no residentes producía problemas de flujo de moneda así como otras dificultades financieras que proporcionaron negocio para el desarrollo de bancos privados, particularmente en Babilonia. Estas firmas actuaban también como agentes y gestores estatales.

Antes de la era de los aqueménidas, los templos y las tesorerías reales habían realizado ciertos servicios de banco, aceptando depósitos y prestando dinero. Sin embargo, los bancos privados —o, más exactamente, mercaderes opulentos que manipulaban el dinero de otras personas con ciertos beneficios— aparecieron hacia el final del siglo VII a. de C. y su importancia creció durante el Imperio persa.

En una tablilla de arcilla descubierta en las ruinas de Nippur se halla registrado que en el 537 a. de C. un hombre llamado Itti-Marduk-balatu, cabeza de una rica familia banquera de Babilonia, Egibi e hijos, acudió a la corte de Ciro en Ecbatana para realizar el tipo de negocios de alto nivel que siempre ha atraído a los bancos y a los empresarios poderosos. Se sabe que el babilonio se hallaba allí debido a que, por ironía e ignominia, el rico banquero se había visto obligado a pedir prestada una libra y media de plata a un hombre llamado Tadannu, y la tablilla constituye el registro de este insignificante contrato de préstamo. A lo que parece, el banquero y sus asociados se habían equivocado en su presupuesto para el viaje y necesitaban dinero para regresar.

Firmas tales como Egibi e hijos prestaban dinero incluso a clientes con dudoso crédito, manteniendo como garantía todo el ingreso de sus dominios, o los esclavos de una persona en deuda, hasta que ésta

era restablecida; los banqueros disfrutaban de la utilización del capital así como de la mano de obra durante el tiempo que duraba el préstamo. Y así adquirieron las técnicas de administración agrícola; por lo que a partir de entonces puede considerarse un paso natural el que ofreciesen programas de supervisión de las tierras a propietarios que no podían preocuparse de administrar sus posesiones. De esta forma, firmas como el banco Murashu, de Nippur, registrado entre los años 455 y 403 antes de nuestra era, proporcionan a los historiadores detalles sobre el mundo de los negocios de Mesopotamia referentes al control de una propiedad y al pago de las rentas estipuladas al noble persa que la poseía.

Tales servicios exigían una compleja organización, ya que además de pasantes, evaluadores, agentes de préstamos y otros especialistas monetarios, el equipo del banco de Murashu incluía horticultores, ganaderos, constructores, transportistas, expertos en irrigación y en producción agrícola. Los equipos de Murashu eran capaces de convertir cualquier propiedad descuidada en una provechosa operación que proporcionaba a los directores del banco fortunas anuales en rentas y alquileres, descontados los impuestos legales al tesoro real. En un ejemplo típico descrito en el registro bancario, la inversión de capital realizada por Murashu en una propiedad incluía 18 nuevas bombas de irrigación y 72 bueyes para hacerlas funcionar.

De hecho, la palabra “banco” es inadecuada para describir las transacciones comerciales de la casa Murashu. Su tipo de actividades comerciales rivalizaba en diversificación con las de algunas sociedades actuales. La firma era capaz de prestar casi cualquier cosa por un precio: dinero, tierras, dátiles, granos, materiales de construcción, ganado. Incluso tenía un equipo de prostitutas, que alquilaban a los burdeles. Por otro lado, tanto Murashu como otras compañías similares no se distinguían por el trato dado a sus

clientes, ya que, por ejemplo, su cuota corriente para cubrir un servicio de irrigación era una cuarta parte de la cosecha, y sus agentes adquirieron justa reputación de dureza o violencia en sus tratos.

Sin embargo, a pesar de todas estas duras prácticas —y quizás incluso debido a ellas—, la experiencia y facilidades de crédito de los bancos los mantuvo tanto a ellos como a sus clientes en excelentes condiciones, hasta que la economía persa sucumbió a una enfermedad que muchas veces se ha creído exclusivamente moderna: la inflación, de la cual los bancos deben asumir parte de la culpa. El mejor nivel de vida resultante de la mayor producción y comercio experimentado por la gente normal desapareció parcialmente debido al continuo aumento de los precios. Durante gran parte de la vida del Imperio, el costo de la comida, materias primas y productos manufacturados y de la propiedad experimentó un continuo incremento; e incluso algunos expertos suponen que la notable disminución del número de documentos relacionados con las ventas de casas en Babilonia a lo largo de este período refleja el hecho de que con el tiempo las casas se convirtieron simplemente en algo demasiado costoso e inasequible para la mayoría de los habitantes.

En Mesopotamia los intereses se desbocaron, ya que poco antes de la conquista persa de Babilonia el nivel del interés de un préstamo se cifraba en un 20 por ciento, mientras que, hacia el final del siglo V a. de C., bancos como el Murashu exigían entre un 40 y un 50 por ciento anual. En Egipto las condiciones eran iguales, e incluso peores.

Los reyes persas, responsables, en su mayor parte, del florecimiento económico del Imperio, deben también ser considerados responsables de gran parte de los problemas inflacionarios. La culpa ha sido adjudicada a los impuestos, que a lo largo de los años se hicieron cada vez más penosos, a medida que el gobierno hallaba nuevas formas de recoger benefi-

cios de las empresas de los ciudadanos. Sin embargo, los historiadores económicos nos dicen que la causa no reside tanto en el índice de impuestos como en el hecho de que los aqueménidas acumularon los ingresos estatales, reduciendo de esta forma el suministro de moneda. Con su práctica de amasar riquezas, fueron retirando cada vez más cantidad de moneda de la circulación, forzando con ello al público a volver al medio más primitivo y menos fluido de traficar. Si los tesoreros hubiesen devuelto a la circulación en forma de dinero acuñado una mayor cantidad de los ingresos procedentes de los impuestos, el mundo del comercio —y en último término el propio Imperio— hubiesen funcionado mejor.

Es una paradoja que la escasez de moneda pudiese haber provocado la inflación, ya que, según los módulos actuales, la mayor disponibilidad de dinero es lo que, en general, provoca la inflación. Sin embargo, en la primitiva economía de los persas, la escasez de moneda debida a la acumulación tenía un efecto contrario, forzando en su mayor parte un aumento de los intereses para quienes se veían forzados a pedir préstamos para hacer frente a sus obligaciones. Así, todo ciudadano obligado a pagar sus impuestos en moneda tenía que hipotecarse a un banco para conseguir el dinero. Entre los bancos, la escasez de dinero provocó el aumento del precio de los préstamos, aumentando así el costo de los demás productos.

Cuando Alejandro de Macedonia entró en Susa, en el año 331 a. de C., descubrió en el tesoro del rey persa 270 toneladas de monedas de oro y 1.200 toneladas de plata en lingotes —un enorme tesoro acumulado a expensas de los habitantes del Imperio—. Por doquier, los griegos encontraron un pueblo cuya lealtad al Imperio se hallaba debilitada por las deudas y el resentimiento. En este sentido, la mala utilización de las riquezas que habían llevado al Imperio a un nivel de poderío sin precedentes, había contribuido sustancialmente a su propia caída.



Este íbex alado —símbolo de la vida y del crecimiento— fue utilizado en algún tiempo como asa de una vasija para beber. A pesar de ser construido en Asia occidental, probablemente para un noble, la figura, de 28 cm de altura, muestra influencias de otras partes del Imperio persa. La gracia y vigor de esta escultura son típicamente griegos; la cabeza sobre la que descansa representa un demonio egipcio. El oro utilizado por los artífices aqueménidas procedía de Bactriana o Sardes; la plata, de Egipto, y ambos metales fueron combinados para formar esta figura.

El arte aristocrático

Para proclamar su riqueza, los reyes nobles y soldados de alto rango de Persia utilizaban la plata y el oro adquiridos en sus conquistas para la confección de objetos de lujo: ornamentos personales, utensilios de comedor y armas ornamentales. El historiador griego Herodoto describe que los generales persas acampaban con “muebles de oro y plata... vasijas, vasos y utensilios de oro”.

Los artesanos —en su mayor parte medos y egipcios— que confeccionaron estos tesoros durante los siglos V y IV antes de nuestra era se basaron libremente en las técnicas artísticas y temas de animales de muchos pueblos súbditos de los persas: asirios, babilonios, egipcios y griegos jónicos. Los artesanos mezclaron todos estos variados elementos con motivos tradicionales iraníes, para producir el estilo característico aqueménida, denominado así por la dinastía dirigente persa. Este estilo predominó en el arte persa hasta la caída del Imperio. Según algunos cronistas, en el siglo IV antes de nuestra era los invasores griegos dividieron los tesoros aqueménidas para distribuirlos entre las tropas. De las pocas piezas que se conservan, las que pueden verse en estas páginas constituyen todavía una sorprendente exhibición de opulencia y virtuosismo técnico.

Obras de arte para el lujo de la nobleza



Este pendiente de oro con esmalte de colores forma parte de un par que perteneció a una princesa persa. Encontrado en las ruinas de una tumba real en Susa, mide casi 5 cm de diámetro. El diseño está inspirado en las joyas de Egipto.



Dos monstruos —leones contorsionados con alas de águila, cuernos de cabra y melenas de caballo— aparecen equilibrados sobre los cinco discos decorativos de esta placa de 13 cm de altura. El noble persa que utilizó este adorno creía que las imágenes de las temibles bestias poseían el poder de ahuyentar al demonio. Esta pieza fue hallada en Hamadán, donde el conquistador griego Alejandro recogió una montaña de tesoros aqueménidas.



Estos grifos, anteriormente incrustados en piedras semipreciosas, se miran cara a cara en este brazalete que puede haber pertenecido a Ciro o a la reina. Esta pieza mide 13 cm de largo y pesa 340 g, y forma parte del tesoro hallado cerca del río Oxus, en una zona del Afganistán que formaba la satrapía persa de Bactriana. Los objetos habían sido llevados al templo por quienes buscaban el favor divino.

Esta fantástica pieza de oro representa un motivo persa corriente: un león con alas y cuernos de cabra, vuelto hacia atrás con la vista fija en un perseguidor imaginario. El orfebre que realizó esta obra de 13 cm de ancho colocó 16 aros sobre la cuerda que rodea el animal, de forma que el adorno pudiese ser cosido sobre la vestidura de un noble. Los grandes espacios vacíos servían para que pudiese entrecerse el color de la tela.



ORIGENES DEL HOMBRE

Títulos publicados

- 1 El Eslabón Perdido (I)
- 2 El Eslabón Perdido (II)
- 3 La Vida antes del Hombre (I)
- 4 La Vida antes del Hombre (II)
- 5 El Primer Hombre (I)
- 6 El Primer Hombre (II)
- 7 El Hombre de Neanderthal (I)
- 8 El Hombre de Neanderthal (II)
- 9 El Hombre de Cro-Magnon (I)
- 10 El Hombre de Cro-Magnon (II)
- 11 Los primeros Americanos (I)
- 12 Los primeros Americanos (II)
- 13 El Neolítico (I)
- 14 El Neolítico (II)
- 15 Los Constructores de Megalitos (I)
- 16 Los Constructores de Megalitos (II)
- 17 El Descubrimiento de los Metales (I)
- 18 El Descubrimiento de los Metales (II)
- 19 Los Celtas (I)
- 20 Los Celtas (II)
- 21 El Nacimiento de la Escritura (I)
- 22 El Nacimiento de la Escritura (II)
- 23 Los Fenicios (I)
- 24 Los Fenicios (II)
- 25 Los Hititas (I)
- 26 Los Hititas (II)
- 27 Las Primeras Ciudades (I)
- 28 Las Primeras Ciudades (II)
- 29 Las Primeras Culturas de Grecia (I)
- 30 Las Primeras Culturas de Grecia (II)
- 31 Los Israelitas (I)
- 32 Los Israelitas (II)
- 33 Los Etruscos (I)
- 34 Los Etruscos (II)
- 35 Los Persas (I)

Próximo volumen

- 36 Los Persas (II)
-

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

ORIGENES DEL HOMBRE

35

Los Persas (I)

TIME
LIFE

folio